



# FESTÍN DE BUITRES

---

ALFONSO LÓPEZ ARAUJO

ALFONSO LOPEZ ARAUJO

Festín de buitres

Novela

*Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con nombres de personas,  
hechos o circunstancias de la vida real no es más que  
una simple coincidencia.*

*“Los hombres son pervertidos no tanto por la riqueza como  
por el afán de riqueza”.*

Giordano Bruno (1548-1600)  
Filósofo, astrónomo y matemático italiano.

Para Rita

# Una grave decisión

Tomó un buen rato hasta que el muchacho del “valet parking” se hiciera cargo de su vehículo; y lo hizo justo a tiempo. El cielo brumoso que reinaba sobre el norte de Quito dejó de amenazar con lluvia para hacerla realidad. Una fuerte tormenta se desató en menos de lo que canta un gallo e hizo correr a los viandantes en busca de refugio. A pesar de que la puerta de acceso quedaba a pocos pasos de donde entregó su auto BMW, eso no impidió que ingresara al hotel con su fino traje azul bastante mojado.

El lobby, como de costumbre, estaba lleno de gente. Subió por las gradas al entresuelo y se dirigió directamente al bar, en donde inmediatamente localizó a su amigo, que se hallaba sentado, frente a una mesa del extremo, próximo a una ventana, con la mirada perdida en el horizonte y saboreando lentamente una cerveza negra. La mesa estaba convenientemente aislada aunque, por la hora, eran las cuatro de la tarde, apenas habían dos mesas más ocupadas: una, al otro extremo, con una joven pareja que conversaba quedamente tomados de la mano y mirándose a los ojos; la otra, un poco más cerca de la puerta que daba al restaurante de la planta baja, la ocupaba un hombre de apariencia europea o norteamericana, que tecleaba sin respiro en una *laptop* al tiempo de saborear una taza de café.

Tomó asiento, sin decir palabra. Su amigo, con sorna, le dijo:

—“Buenas tardes las tengas tú también”.

El mozo se acercó a preguntarle que deseaba tomar, y él, sin pensarlo dos veces, pidió un vodka doble con hielo. No cruzaron palabra hasta que la bebida fue servida y el mozo se alejó.

— ¡No me gusta! Te lo dije ayer y te lo repito ahora. No me gusta en lo más mínimo —dijo en voz baja, en un tono que denotaba, al mismo tiempo, nerviosismo y duda; —¿qué tal si algo falla y lo descubren? Terminamos jodidos, compadre. ¡Lo que se dice, jodidos!

—Yo te aseguro que sé cómo hacerlo sin que surjan dificultades después, hermano. Conozco a la gente apropiada; sé cuál es el precio a pagar para que todo quede en el más absoluto secreto ¡Pero este peligro hay que eliminarlo, ahora mismo! Caso contrario, todo se va a un carajo y olvídate de tus proyectos; de *nuestros* proyectos. Y no solamente eso; ... ¡deja que corra un poco tu imaginación! —contestó, también en voz baja y despacio su amigo, cuya complexión física era la de un hombre rechoncho, que hacía contraste con la de su interlocutor, que era más bien bastante alto y delgado.

—No creas que soy tan estúpido como para no darme cuenta de la situación. Sé en lo que estamos metidos. Sólo que... nunca pensé que en algún momento podríamos llegar a estos extremos.

—Lo sé, amigo mío, lo sé, pero tienes que darte cuenta de que cada hora que pasa, ¡cada minuto que pasa!, aumenta el riesgo de que todo lo que hemos construido, todo lo que *tú y yo* hemos construido, explote y se vaya al carajo, con nosotros incluidos —respondió el hombre rechoncho, acentuando lo repetitivo de sus afirmaciones, pero con un tono suave y persuasivo.

Un silencio largo y pesado se produjo. Parecía como si el ruido habitual que procedía del lobby, así como la música del propio bar en el que estaban los dos consumiendo sus bebidas, se

hubiera apagado, en homenaje a la gravedad de la decisión que juntos iban pronto a adoptar.

— ¿Me aseguras que sabrás cómo hacerlo sin que nosotros pagemos las consecuencias?

—Tranquilo hermano. Sé cómo hacerlo y tú y yo quedaremos tan limpios como bebés a los que se les acaba de dar un baño.

—Si es así, entonces,... adelante y...que Dios nos perdone. Dicho esto, el hombre alto apuró su vaso de vodka y se levantó de la mesa. —Tú pagas, le dijo a su compañero, con un tono un tanto ríspido.

—Así es. Anda tranquilo.

Luego de un largo rato de tomar lentamente su cerveza y apagar la pequeña grabadora digital que llevaba siempre en el bolsillo de pecho de su chaqueta, el hombre rechoncho pidió la cuenta, pagó y se marchó.

Siempre supo que la decisión que acababan de tomar era en extremo seria y que podría traer consecuencias de ser mal ejecutada. Habría entonces que evitar cualquier error. Si quieres con todas tus fuerzas tener algo que has ambicionado toda tu vida, puedes verte obligado a hacer cosas que nunca pensaste que serías capaz de hacerlas, filosofó, mientras suspiraba profundamente. Efectivamente, los dos fueron totalmente conscientes de la decisión que adoptaron tres meses antes, cuando tras reunirse en Mazatlán, en el estado de Sinaloa, en México, con un tal Gumersindo Fernández -vaya uno a saber si ese era su verdadero nombre-, representante del famoso José Concepción Hernández, líder del cártel de Los caballeros de la mesa redonda, aceptaron blanquear dinero del Cártel en caso de acceder al poder en el Ecuador, lo que se sentían seguros de lograrlo, a cambio de una generosa paga (la cual estaba causando problemas) y de utilidades futuras. Esa decisión consciente les había llevado a tomar esta otra decisión consciente. ¡No podrían ante un juez alegar atenuantes! Por ello, el peligro tendría que desaparecer, rápida y limpiamente, sin dejar posible rastro que los vinculara. Vamos, ya se encargarían de hacer algo positivo por el país y de esa forma tranquilizar la conciencia. Al fin y al cabo, se dijo, hay que ser honestos con nosotros mismos. ¿Para qué carajo sirve el poder político si no podemos beneficiarnos en algo? Recordó, con una sonrisa, aquella famosa frase de un connotado y ya fallecido político mexicano: “Un político pobre es un pobre político”. Y él, por supuesto, no sería un pobre político.

Tres meses antes, llegaron los dos a Mazatlán, se podría decir que de incógnitos, puesto que luego de arribar a la ciudad de México, pasada la media noche, y de registrarse en un hotel cinco estrellas, de los varios que hay en Paseo de la Reforma, en el que pudieron descansar apenas unas cuatro horas, el “amigo” que los recibió en el aeropuerto les hizo subir a una flamante camioneta Mercedes Benz y, luego de larguísimas horas de carretera, llegaron a esa hermosa y tranquila ciudad del estado de Sinaloa a la que bañan dos ríos, a más del océano Pacífico, tierra del legendario Pedro Infante. ¿Por qué los llevaron por tierra en vez de hacerlo por aire? no lo sabían. Tal vez para que sus nombres no consten en ningún registro de pasajeros. Llegaron de noche a la ciudad y sin que medie descanso alguno fueron llevados directamente a un reservado de un restaurante muy lujoso, cuyo nombre no memorizaron -mientras menos recuerdos haya, mejor-, pensaron los dos. Luego de la reunión-cena, que duró apenas unos treinta minutos, y en la que se ultimaron los detalles de su cooperación, fueron llevados a un hotel, al que ingresaron por la parte de atrás y se les asignó, directamente, sin pasar por la recepción, una suite grande de dos

habitaciones con vista al mar. El mini bar estaba muy surtido y se les indicó que hicieran uso libre de él, indicación que siguieron al pie de la letra cuando se dieron cuenta de que era inútil tratar de conciliar el sueño. Sin que mediara diálogo alguno, se dieron cuenta de que sus destinos estaban ahora unidos y de que la suerte del uno dependería, inexorablemente, de la suerte del otro. A primeras horas de la tarde fueron embarcados en un avión comercial rumbo al Distrito Federal, en donde conectarían con su vuelo de retorno a Quito.

# 1

## Cita en Bogotá

El salón en el que se reunieron era amplio y muy luminoso, situado en el décimo piso de un elegante edificio de apartamentos en la zona norte de Bogotá. El anfitrión, a quien le gustaba que lo llamaran solamente Don José, debía de ser un hombre de mucho dinero y gozar de relativo buen gusto, a juzgar por los muebles y adornos que en su apartamento había. En realidad, el hombre rechoncho no conocía su verdadera identidad, aunque le habían dicho que se trataba de un individuo en quien se podía confiar al cien por ciento, si uno acataba sus reglas, por supuesto.

Don José mostró una simpatía y don de gentes envidiables. Lo único que tornaba medio fastidioso al ambiente era el volumen exageradamente alto de la música de vallenato que inundaba la habitación desde un equipo de sonido Bose de última generación. Más tarde, el hombre rechoncho reflexionó que seguramente ese detalle no se debía a que Don José fuese un amante de la música o que tuviera los oídos defectuosos, sino que más bien se trataba de una precaución elemental, para el caso de que alguien le hubiera plantado micrófonos.

—A ver, mi doctor. Conozco de buena fuente que usted ha tomado todas las precauciones necesarias para que su visita a Bogotá, y a éste, su humilde servidor, pase totalmente desapercibida, lo cual me agrada sobremanera. Pero dígame, mi querido amigo, ¿en qué mismo le puedo ser útil?—, preguntó Don José en un tono de voz bajo, mientras servía a su interlocutor una generosa porción de Johnnie Walker, etiqueta azul, en las rocas, en un vaso de cristal bohemia.

Hablaron largo y tendido. El hombre rechoncho explicó a Don José, con lujo de detalle, la enormidad de su problema y cómo, desde su punto de vista, no existía una solución que no fuera la radical. Como si le hubieran detectado un cáncer incipiente y resultara obvio que no hay forma de evadir el quirófano, a no ser que se tenga inclinaciones suicidas. Y ni él ni su amigo eran suicidas, ¿no señor!

De allí la necesidad que tuvo, siguiendo el consejo de unos amigos comunes, de visitarlo en Bogotá y pedirle su asistencia. Y lo hacía, porque había llegado a conocer de su integridad y de que, cuando se compromete a algo, lo cumple, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. En definitiva, sabía que era un hombre de honor y a él le gustaba hacer tratos con hombres de honor.

Efectivamente, Don José era un hombre de palabra, como los hay pocos. Cuando la daba, nada en el mundo lo hacía cambiar, aunque en ocasiones llegase a la conclusión de que pudiera estar cometiendo un error. Pero si había dado su palabra, lo que se había comprometido a hacer lo hacía, sin tomar en cuenta posibles consecuencias. Su fama de hombre serio y cumplidor le había permitido gozar de la confianza de políticos, autoridades y jefes de cárteles que, en ocasiones, confundían sus papeles y uno no podía saber quién era quién. Bien se podría decir que la palabra de Don José tenía más crédito que un cheque bancario de gerencia, así de simple.

El hombre rechoncho entregó al dueño de la casa toda la información que éste le requirió, al tiempo de aceptar, sin vacilar, las condiciones que su anfitrión le planteó.

Con un brindis hecho con ese delicioso whisky de hasta cincuenta años de añejamiento quedó

marcado el compromiso. Luego de lo cual el hombre rechoncho se dirigió al aeropuerto para tomar su vuelo de regreso a la capital del Ecuador.

Cierto es que Don José era un hombre de palabra. Pero eso no era todo. Don José era también un gran jugador de ajedrez y sabía cuándo y en qué momento se debía sacrificar un alfil o una torre, con tal de llegar al jaque mate. Y tenía toda la impresión de que la oportunidad se le estaba presentando. Resultaba imprescindible sacrificar una pieza valiosísima de su maquinaria, que había empezado a sobrevalorarse y que, además, poseía cierta información que no debía estar en sus manos ni en las de nadie, y que, de no satisfacer sus ambiciones y requerimientos futuros, podría convertirse en un peligro para su organización; es decir, para él mismo. Bueno, si ese “sacrificio” se compensaba con un ingreso interesante, no todo era pérdida. Al fin y al cabo, se dijo, es muy difícil tener lo mejor de los dos mundos. Si hay que sacrificar ese alfil, ¿qué se le va a hacer? Siempre existen piezas de repuesto.

Dos meses antes, su hermano Francisco, mano derecha y único socio de su organización, se había entrevistado en un bar de Medellín con uno de los mejores sicarios de los que disponía su “empresa”, con el objeto de asignarle un trabajo, el mismo que cumplió a la perfección.

En dicha ocasión, ese matón, involuntariamente había dejado caer de su bolsillo un papelito que, cuando se dirigió al baño, fue recogido por Francisco para ver de qué se trataba. Cuando lo leyó, se puso pálido. En el papelito estaba escrito, con muy buena caligrafía, lo siguiente:

*Diego Ernesto Pizano Vélez  
Carrera 68, #18276 PH 1402,  
Bogotá*

Con sumo cuidado lo dobló y volvió a colocarlo en el mismo sitio en donde lo encontró. Cuando el joven sicario regresó del baño, Francisco se levantó diciendo:

—Mi turno.

Y con un imperceptible movimiento de su mano botó al suelo su servilleta. Agachándose a recogerla, “se percató” del papel y le dijo a su acompañante que, al parecer, algo se le había caído de su bolsillo. Éste, con un rápido movimiento, recogió el papel y lo regresó al bolsillo de su chaqueta.

A su regreso a Bogotá, Francisco se reunió de inmediato con su hermano y le informó que Mortiño, con ese apodo era conocido el joven sicario, conocía su identidad, algo que significaba un riesgo extraordinariamente grande para los dos, que habían invertido enormes esfuerzos y no poca cantidad de dinero en montar su empresa de la muerte con identidades falsas. Nadie podía saber que Don José era en realidad Diego Ernesto Pizano Vélez y que Don Manuel, su único socio, era en la vida real Francisco de las Mercedes Pizano Vélez; ambos procedentes de Pasto, hijos de padres de clase media, que llegaron a Bogotá con un poco de dinero ahorrado para hacer su vida y, aprovechando el clima de violencia instaurado por Pablo Escobar Gaviria, el más grande narcotraficante en la historia de Colombia, decidieron, con ausencia total de escrúpulos, crear una agencia de sicarios de alto nivel. Su trabajo consistía en satisfacer el pedido de sus clientes. Personalmente, jamás habían matado a nadie, ni lo harían. Ellos eran simplemente los ejecutivos de su empresa.

El potencial peligro que encarnaba Mortiño había que eliminarlo antes de que se convirtiera en un peligro real. Era una lástima, pues se trataba de un especialista de primera. Pero sus identidades tenían que seguir siendo, a toda costa, un secreto.

## 2

### Un encuentro inesperado

Como era viernes -nueve de la noche- la cafetería del hotel estaba realmente llena, con todas las mesas ocupadas por parejas o grupos de amigos que, al parecer, iban a empezar los festejos de fin de semana con una opípara cena, antes de dirigirse a alguna de las discotecas que abundan en ese sector de la ciudad. Emir Barro estaba comenzando a aburrirse y pensaba si, en vez de cubrir tanto las apariencias, no debía dirigirse directamente al bar gay que estaba a pocas cuerdas del lugar, en donde tendría muchas posibilidades de hacer “un ligue” con alguno de los parroquianos. Pero él sabía que ese bar estaba en un sitio muy visible; era todavía muy temprano y cualquiera de los clientes del banco o, simplemente, alguien que lo conozca lo podría ver entrar. Y él prefería que tal cosa no ocurriera. Seguía en el “closet” y no tenía intención, al menos por ahora, de salir de él. Además, ya había conseguido antes armar ligues en esta misma cafetería y..., total,... ¡paciencia!,... apenas si eran las nueve de la noche.

Emir era un hombre de decisiones rápidas pero, al mismo tiempo, sabía medir riesgos. Y hoy se daba cuenta de que su rutina de vida debía cambiar. Había hecho algo temerario y, por lo tanto, debía tomar precauciones. Chantajear a una persona que estaba lavando dinero de un cártel de droga no era ningún chiste, y él lo sabía. Esa gente maneja sicarios con la misma habilidad con la que él manejaba los cubiertos en la comida. ¿Qué tal si había, ahora mismo, alguien siguiéndolo para eliminarlo? Bueno, tampoco era cuestión de ponerse paranoico pero sí de no tomar decisiones apresuradas; por ejemplo, esa noche, él había salido de “cacería”: debía ser consciente de su situación y no enredarse con el primero que apareciera, que bien podría ser alguien que atentara contra su vida. Su próximo “ligue” debía ser con alguien que él conociera o, si se tratara de un extraño, no debía hacerlo sino luego de analizar lo más concienzudamente el perfil y actitudes de ese extraño.

Saboreó lentamente el Martini que había ordenado momentos antes de sentarse ante la barra, cuando lo vio entrar. ¡Diablos, ese hombre es endiabladamente guapo!, pensó. Debía de ser un joven ejecutivo que trabajaba en alguna oficina cercana y que recién se desocupaba de su trabajo. Sí, era muy bien parecido. No debía tener más de veinticinco a treinta años; rubio, de pelo encrespado; de ojos, al parecer, verdes, aunque no podía asegurarlo; de cuerpo atlético y vestido elegantemente.

Ese joven, al descubrir con una rápida mirada que no había mesas libres, se dirigió a la barra y con voz varonil le pidió al cantinero:

—Un martini, por favor, que sea muy seco.

Puso su maletín en el suelo y se sentó, a una banqueta de distancia de donde estaba sentado Emir.

—Disculpe —le dijo a Emir en tono amable; —supongo que no hay cómo fumar aquí, ¿no es verdad? ¡En todo lado nos han convertido a los fumadores en parias!

Emir, maravillado de que ese joven tan atractivo le dirigiera la palabra al segundo de llegar, le respondió con una sonrisa:

—Efectivamente, no hay cómo fumar. Yo solía salir para hacerlo afuera, cuando ya no

soportaba las ganas, pero, felizmente, hace dos años logré dejar el vicio; —extendiéndole la mano, se presentó: —mi nombre es Emir Barro, Subgerente de Inversiones del Banco Americano. —Un placer. Yo me llamo Juan Ponce, soy colombiano, ejecutivo de la empresa Transparts y acabo de llegar de Bogotá. Es mi primera visita a esta ciudad y a esta cafetería. Me alegra encontrarme contigo Emir. Tal vez tú me puedas dar algunas indicaciones de cómo pasarla bien en esta ciudad; voy a estar aquí toda una semana —le contestó el recién llegado con una sonrisa y en un tono de voz suave y melodioso.

Por supuesto que sabría cómo hacerlo, pensó Emir; especialmente si su sexto sentido no le fallaba. Él tenía un don especial para descubrir cuando una persona era gay y algo le decía que estaba frente a una de ellas.

—Mira, me alegrará enormemente hacerlo —le dijo mientras se cambiaba de puesto para sentarse a su lado. Al hacerlo, rozó casualmente con su mano la pierna de Juan sin que éste hiciera gesto de rechazo alguno.

Habían transcurrido casi dos horas desde que se inició el encuentro y habiendo consumido cuatro martinis cada uno, encantado de esta nueva situación, con súbita inspiración y sin acordarse de las disquisiciones en las que estuvo sumido antes de la llegada de su novel amigo, Emir le dijo:

—Oye Juan; ¿qué te parece si vamos a mi apartamento a conocernos mejor? Tengo en la refrigeradora un excelente vino blanco chileno que de seguro te va a gustar. Aquí, ya hemos picado algo y yo, francamente, ya no tengo hambre.

—Me parece fantástico. Seguro que vamos a iniciar una sólida amistad. De verdad, estoy muy contento con este encuentro —replicó el joven colombiano.

Sin mayor preámbulo, abandonaron la cafetería del hotel y, al poco rato, los dos se encontraron instalados en el automóvil deportivo de Emir quien, con gestos seguros y una marcada sonrisa en su cara, enfiló el vehículo con dirección a su apartamento. Al entrar en el edificio, saludaron cordialmente al conserje, quien estaba muy entretenido mirando el capítulo del día de una serie muy exitosa sobre la vida del famoso narcotraficante al que llamaban “El señor de los cielos”, en una pequeña televisión colocada en una mesa, al lado de su mostrador, por lo que poca atención les prestó a su llegada.

Habían acabado dos botellas de vino e intercambiado miradas tiernas, aunque no habían hablado de sexo, cuando Emir dijo:

-Deben ser los traguitos consumidos, pero estoy acalorado. Creo que me sentaría muy bien una ducha.

—Yo estoy igual—, dijo Juan, —me gustaría también tomar una ducha, si me lo permites.

—Ahora que somos amigos y queremos conocernos mejor, ¿qué tal si la tomamos juntos? —murmuró despacio Emir, a lo que Juan respondió, dándole un beso en la mejilla.

—Me encanta la idea. Hagámoslo.

Juan abrió su maletín y ostensiblemente dejó allí su reloj y su billetera, mientras se despojaba lentamente de su ropa. Emir, apresurado, se había quitado ya la suya y se encaminó hacia el cuarto

del baño tarareando una canción de amor.

Tuvieron relaciones bajo el agua. Cuando se secaban con las toallas, Emir pensaba que pocas veces se había encontrado con un amante tan fogoso como Juan. Su excitación había sido tal que ni siquiera se preocupó por asegurarse de que su compañero estuviera usando preservativo; ¡algo que siempre cuidaba! Entusiasmado por lo que había sucedido y por lo que podía suceder mientras durase la estadía de Juan en Quito, y dado que el vapor empañaba totalmente el vidrio del baño, no vio a Juan extraer de su maletín un delgado cordón de nylon. Mientras secaba con fuerza su cabello recibió un beso en la nuca y, súbitamente, sintió que algo le estaba apretando el cuello con tal fuerza que no podía respirar. Su visión se puso borrosa y, de pronto, sintió que la vida se escapaba de su cuerpo, al tiempo que su esfínter dejaba escapar orina.

### 3

## *Dos errores irrepetibles*

Gustavo Camposano había salido del edificio de apartamentos situado en la avenida González Suárez, al norte del centro de Quito, donde habitaba Emir Barro, sin ningún problema. Luego de calzarse guantes de cirujano y limpiar el apartamento de huellas dactilares, del guardarropa de Barro tomó prestadas una chaqueta y una gorra, para que, si el conserje todavía estaba despierto, piense que quien salía era Emir; si bien, cuando entraron, en realidad, apenas si les había prestado atención. Pero esa precaución fue innecesaria ya que al viejo huevón no sólo lo encontró durmiendo sino que, además, roncaba sonoramente al ritmo de un tango que surgía, ya no del televisor sino de una radio de mesa. ¡Vaya vigilante!, se dijo.

Gustavo, alias “Juan Ponce”, alias “Leonardo Bedoya”, alias “Ramón Barco” o, simplemente, “Mortiño”, era hijo de una familia desestructurada de clase media baja de Medellín, y que a los doce años inició su carrera como asesino a sueldo de narcotraficantes. A diferencia de muchos niños sicarios que mueren todavía siendo menores a manos de otros sicarios o de la policía, Gustavo logró llegar a la vida adulta y, gracias a su habilidad e inteligencia, pudo hacerse de un puesto propio en este submundo aterrador. Violado por un gánster de medio pelo, cuando apenas había cumplido catorce años, planificó su muerte al detalle, como el mejor de los profesionales lo hubiera hecho, tanto así que el deceso de esa escoria humana todavía era un caso irresoluto para la Policía colombiana. Para él, matar era un simple trabajo por el que recibía una paga, mayor o menor de acuerdo con la valía de la víctima. No había remordimientos, excepto ante un trabajo mal hecho. Si mataba a alguien, era porque lo merecía, pensaba, ya que nadie querría matar a un inocente. Él era un perfeccionista. Cuando lograba su objetivo, el sentimiento que lo albergaba era el de poder, el de saberse un gran especialista en su campo. ¡Quería ser el mejor sicario de Colombia! Y, ¿por qué no?, que lo reconocieran y, obviamente, que lo contrataran a nivel internacional. La única manera de contactarlo era a través de Don José, el mayorista de la muerte que tenía a su servicio numerosos sicarios y que era dueño de una serie de contactos políticos y policiales que le aseguraban impunidad a Gustavo. Sin embargo, él no era un asalariado de Don José. No, señor. Era un “free lance”, un trabajador autónomo que garantizaba perfección en su trabajo. Don José, por su lado, le aseguraba protección ante cualquier eventualidad. Por lo demás, era un solitario y lo sabía. Homosexual activo, aun así sabía que mientras ejerciera esta profesión, él no podía darse el lujo de tener una compañía sentimental estable. Lo haría cuando hubiese reunido suficiente cantidad de dinero que le permitiera abandonar su país e iniciar una nueva vida en otro lado; Europa de preferencia. Tal vez, antes de cumplir los cuarenta. ¡Si es que vivía hasta alcanzar esa edad! Pues es que había un código no escrito, común en el medio, que Don José aplicaba y que consistía en que, si alguno de los muchachos quería pasarse de listo, otro le “quebraba”. Había, pues, que andarse con cuidado. De todas maneras, si a él algo le llegara a pasar, por supuesto que Don José no quedaría impune. Por ello, siempre tomaba sus medidas. Pero, vamos. ¡Había que ser positivo! La Virgencita, a la que invocaba con frecuencia y de la que

él era tan devoto, le ayudaría a alcanzar la vejez, y con alguien que lo acompañara en el otoño de su vida.

Al llegar a la esquina del edificio, Gustavo se sacó las dos prendas y las dejó arrimadas a un poste. Estaba seguro de que, más temprano que tarde, alguien se haría cargo de las mismas y desaparecerían del lugar.

Ya era hora de dirigirse al hotel en el que estaba alojado y descansar, dado que al día siguiente tomaría un bus que lo llevaría a la frontera, y ya en territorio colombiano se las arreglaría para llegar a Medellín, su lugar habitual de residencia, sin que nadie se enterara. Pero antes debía informar a Don José de que su parte en el contrato estaba cumplida.

Tomó su teléfono celular y marcó el número de otro celular. Ambos teléfonos funcionaba con una pastilla, o chip, que sólo serían utilizados para hacer y recibir esa llamada y ninguna otra más, luego de lo cual serían destruidos. Ese era el procedimiento rutinario. Al tercer timbrado, una voz ronca contestó la llamada con un monosílabo:

— ¿Si?

—El paquete ya fue enviado —fue su respuesta.

—Perfecto. Ya hablaremos —contestó la voz, luego de lo cual, la comunicación se cortó.

Caminó despreocupadamente por la calzada de la amplia avenida. Estaba sorprendido de lo fácil que le había resultado el trabajo. Luego de asfixiarlo, había trasladado a Emir a la tina y, con toda meticulosidad, había procedido a apuñalar el cadáver para que se pensara que se trataba de un crimen pasional. Diecisiete puñaladas. Para este tipo de casos, era un poco su firma personal. Ni una más ni una menos. Continuó desnudo mientras lo acuchillaba para evitar que una gota de sangre manchara su ropa. El cuchillo que utilizó, luego de haberlo lavado, lo regresó a un compartimento secreto en su maletín. Había, cierto era, tomado más alcohol de lo aconsejable, pero pese a todo, no podía quejarse. Todo había salido bien. Siete mil dólares por un poco de diversión no estaba mal, aunque tampoco estaba bien. Creo que Don José, definitivamente, debe pensar en subir mis honorarios, pensó, sonriendo ante la perspectiva. No veía difícil que el viejo aceptase pagarle más. Él busca perfección en el trabajo, y vaya si este servidor no le asegura siempre alta calidad en el mismo, se dijo a sí mismo con autocomplacencia. Para la próxima. ¡Es que hay que hacerse valorar! Además, si él se pone tacaño, lo que yo sé del viejo me permitirá apretarle las clavijas, de ser necesario. Eso sí, **sólo** de ser estrictamente necesario le haré saber que yo conozco su identidad.

Él gustaba de practicar el secretismo. Para su “profesión” el secreto era indispensable. Pero no le gustaba que le guardaran secretos. Por eso, cuando el contratista le contactó por primera vez y acordaron que para él sería simplemente “Don José”, y que, por su propia seguridad, no debía conocer su verdadera identidad, permaneció en la cercanía del parque en donde el primero lo citó y, sin que nadie se diera cuenta -en esto, Gustavo era insuperable desde pequeño- lo siguió hasta donde Don José vivía. Lo demás fue juego de niños. Averiguó sin dificultad en qué piso vivía y cómo se llamaba y guardó esa información bajo siete llaves, para sacarla cuando fuera rigurosamente indispensable.

Gustavo notó que el alcohol estaba haciendo más efecto que el deseado cuando casi cae al tropezar con un desnivel de la calzada. “*Virgencita María, voy a hacer un papelón si me ven en*

*este estado*”, musitó. Esto era algo que no constaba en el libreto. Fue imprudente de su parte, pensó, tomar al mismo ritmo que lo hizo Emir. Esa noche, en realidad, ahora que lo pensaba, había cometido dos errores que no podían repetirse: exceso de alcohol y tener relaciones sin preservativo. Espero que este tipo haya estado sano y que el agua haya lavado todo, se dijo. Él, que no incurría en ese tipo de errores, cometió esa irresponsabilidad para ganarse la confianza de su víctima. Y sí, lo logró. Ya estaba cerca del hotel en el que pasaría la noche. Por ello, y como la avenida estaba desierta, decidió incurrir en otra irresponsabilidad para solucionar la primera, pero que en esta ocasión no traería ninguna consecuencia: apoyándose en la pared, abrió su maletín y extrajo una pequeña caja que contenía el polvo blanco mágico: clorhidrato de cocaína; y asegurándose una vez más de que nadie lo viera, inhaló una buena cantidad. El efecto fue casi instantáneo. Sintió que la embriaguez pasaba y que, en su reemplazo, una gran euforia lo embargaba. Cruzó alegremente la calle, sin percatarse de que un automóvil negro, sin placas, que lo había estado siguiendo de lejos desde que abandonara el edificio donde vivía Emir, al ver su movimiento, aceleró bruscamente y lo embistió, acabando con su vida al instante.

Un individuo salió apresurado del vehículo negro y tomó el maletín que había volado varios metros, a causa del impacto, luego de lo cual volvió a embarcarse y el automóvil desapareció de la escena del crimen en cuestión de segundos.

## 4

### *Pedido de ayuda*

Tenía la mirada un tanto perdida, parado frente a la ventana de su oficina. Había pasado la noche en vela, en la improductiva tarea de poner las piezas del rompecabezas en su sitio. Y no lo había logrado. De rato en rato se pellizcaba la mejilla en un gesto inconsciente, como si aquello le ayudara en su análisis. Pero tampoco eso le servía. ¿Qué diablos podía unir los dos casos? A no ser....

Se acercó a su escritorio y alzó el auricular para luego marcar una extensión interna.

— ¿Pepe? ¿Cómo vas, hermano? —dijo al teléfono el Teniente de policía Oswaldo Tena, de la División de Homicidios, a su colega y amigo, el teniente José Rafael Estévez, asistente y mano derecha del Mayor Ramiro Recabarren, Jefe de la Unidad Especial de Lucha Contra el Crimen Organizado.

—Bien, gracias, Oswaldo. ¿Y tú? Hace ya largo rato que no nos vemos.

—Tienes razón. Tenemos que programar algo. Pepe, te llamo porque quisiera comentar contigo un caso que tengo entre manos, y tengo el pálpito de que te va a interesar. ¿Cuándo puedes pasar por mi oficina?

—En cinco minutos, si estás libre. En este momento, yo lo estoy.

—De acuerdo. Te espera una taza de café caliente.

—Ahora mismo llego.

Menos de cinco minutos más tarde, el Teniente José Rafael Estévez hizo su entrada en la oficina de su colega y amigo. Luego de un afectuoso abrazo y de un poco de charla insustancial, el Teniente Tena le dijo:

—Mira, hermano, te llamé porque necesito tu opinión. Te voy a contar algo de lo que tú debes haber oído o leído, ya que lo publicaron los diarios de la ciudad y lo pasaron también por los noticieros de la radio y de la televisión. Lo que seguramente no sabes son aquellos detalles y deducciones a los que vamos llegando, que son los que me interesan que examines y sobre los cuales me gustaría que me brindaras tu criterio.

—Te escucho. Soy todo oídos —le contestó Estévez.

—Hace un par de semanas sucedieron dos hechos, al parecer sin conexión entre ellos. El primero, un lunes, la mucama de un ejecutivo bancario de treinta y siete años de edad, encontró el cadáver de su empleador en la tina de su baño; desnudo, con diecisiete puñaladas producidas, al parecer, con un cuchillo de hoja ancha y larga, como los cuchillos de cocina. El difunto se llamaba Emir Barro McAnthony; hijo de padre ecuatoriano y madre irlandesa; soltero, gay. Hay saña manifiesta, lo que llevaría a pensar que estaríamos frente a un caso de crimen pasional. Sin embargo, hay detalles, por decir algo, medio raros. Por ejemplo: no hay huellas de violencia en el apartamento de Barro, hay sangre exclusivamente en la tina de baño, no hay arma homicida y no falta ninguna pieza en la cuchillería de la cocina. Pero hay más aún: de acuerdo con el informe del forense, Barro murió como consecuencia de asfixia por estrangulación; es decir, no murió por la

primera puñalada, que le destrozó el corazón. Las otras dieciséis las recibió también cuando ya era cadáver. Día de la muerte: el viernes anterior. Hora aproximada: entre once de la noche y una de la mañana. Huellas dactilares: exclusivamente las de la mucama, de ese día. Al parecer, el apartamento fue debida, selectiva y concienzudamente limpiado. Obra, en consecuencia, de un profesional. El conserje que, entre paréntesis, ha sido debidamente investigado e interrogado, vio que el viernes, día del crimen, Barro llegó, aproximadamente a las once de la noche, acompañado de un joven muy bien vestido, que en este momento estamos en capacidad de definir quién es. Tuvieron relaciones sexuales y había restos de semen en el tubo rectal de Barro, que no se fueron con el agua de la ducha y sobre el que se hizo el correspondiente examen de ADN.

—Es decir, el asesino era alguien conocido de Barro.

—Eso suponemos. Aquí, un dato adicional: el conserje nos cuenta que, si bien Barro era un vecino muy educado y tranquilo, con frecuencia venía acompañado, o le llegaban a visitar, jóvenes un poco “sospechosos”; así, entre comillas, que él piensa podrían tratarse de prostitutas, “taxi boys” o como quieras llamarlos. Claro que nunca hubo ninguna clase de problema con ellos.

—Bueno, la saña que me cuentas que se empleó en el asesinato, me hace coincidir contigo: debería tratarse de un crimen pasional. El hecho de que se apuñale un cuerpo que está ya sin vida te demuestra más que saña: rabia incontenible; algo que apuntalaría la versión de crimen pasional. Sin embargo, un amante enloquecido por los celos no cuida tanto de los detalles como tú me indicas: la falta de huellas, la inexistencia del arma homicida, etc. Sí, efectivamente, no puede descartarse que sea obra de un profesional, de alguien que quería que la Policía pensara que se trata de un crimen pasional.

— ¡Exactamente! Por ello, pedí a los muchachos que no llegaran tan rápido a esa conclusión; que, a primera vista, parecería la obvia. Aquí hay otro detalle que te va a interesar: Emir Barro, con una maestría en Economía y Finanzas, era el Subgerente de Inversiones del Banco Americano. De lo que hemos llegado a saber, era un ejecutivo de carácter sumamente agradable, meticuloso y reservado en su trabajo; muy estimado por sus superiores; con contactos y amistades en todos los círculos sociales. Muy amigo de varios connotados hombres públicos, entre ellos el político de moda: Alejandro Capdevila. Él, personalmente, llevaba la cuenta de la campaña de Capdevila, así como de otros personajes importantes, incluida la del radical Arístides Zambrano; que, tal parece, va a ser el rival de Capdevila. Como ves, manejaba cuentas de gente muy importante.

— ¿Y hay algo sospechoso en esas cuentas que mencionas?

—No lo sabemos. Necesitaríamos orden del juez para investigarlas, y, lógicamente, sin algo sólido que justifique nuestro pedido, el juez no nos la daría ni mi jefe me permitiría solicitarla.

—Bueno, pero tú me hablaste de dos hechos. ¿Cuál es el segundo?

—La misma noche del crimen y, de conformidad con el forense, aproximadamente un par de horas más tarde, murió atropellado un joven sicario colombiano, de gran fama en el medio por la precisión y eficacia de su “trabajo”. De este joven sicario, de veinte y cinco años de edad, conocido vulgarmente por el apodo de “Mortiño”, o alias “Juan Ponce”, o alias “Ramón Barco”, o alias “Leonardo Bedoya” -y anda tú a saber que otros seudónimos utilizaba-, y cuyo verdadero nombre era Gustavo Campusano, sólo te puedo decir que era muy bien parecido, rubio, de pelo crespo y ojos verdes; que se sabe utilizaba su encanto personal para encandilar a algunas de sus víctimas, fueran estos hombres o mujeres. La policía colombiana, pese a que lo tenía en su mira, jamás pudo probar su participación en ningún asesinato; pero están seguros de que participó en

muchos.

—O sea, ¡lo que tú me quieres decir es que este “Mortiño” puede haber sido el asesino! Entre paréntesis, mira tú, ¡qué buen nombre para un sicario!

—Puede que sí. Yo diría, más bien, que es prácticamente seguro que fue el asesino. Lo primero que hicimos en el caso Barro, fue analizar su rutina. Por ejemplo, todos los viernes iba sin compañía a cenar y a tomar un trago a la cafetería del Hotel Colón; en donde ya era un parroquiano conocido. Esa noche se le juntó un joven guapo y muy bien vestido, cuya descripción calza con la de “Mortiño”. Una vez que presentamos su fotografía al personal de la cafetería, todos lo reconocieron de inmediato. Y el conserje del edificio reconoció, casi con certeza, su foto como el joven con el que llegó Barro acompañado la noche del viernes. Y te digo, “casi con certeza”, ya que confesó que cuando llegaron Barro y su acompañante, él estaba bastante distraído mirando una telenovela. Eso sí, no recuerda haberlo visto salir del edificio. Por ello te insisto, “puede” ser el asesino. Sin embargo, no lo podremos saber con certeza ya que, como te decía, la noche del crimen murió atropellado por un automóvil que se debió haber dado inmediatamente a la fuga y que, hasta este preciso momento, no ha sido localizado y, dado los días transcurridos, dudo que se le localice. Debe estar deshuesado y sus piezas vendidas en algún almacén de repuestos usados. La autopsia, sin embargo, nos reveló que este joven sicario se había o lo habían drogado antes de morir. Demás está decirte que no portaba ningún documento de identidad. Sobre lo único que tenemos certeza es que Barro y “Mortiño” tuvieron esa noche relaciones sexuales. La prueba de ADN a la que me referí antes lo confirma. ¿Qué te parece todo esto?

Oswaldo se acomodó en su asiento y, luego de soplar el pocillo de café para enfriar el líquido, le dijo a su amigo:

—Vaya, vaya. Esto se torna interesante. Ya me está costando trabajo digerir toda esta información.

—Lo dudo, mi amigo. ¡Aquí se está volviendo proverbial tu gran capacidad de análisis, así como el trabajo de tu Unidad!

Acompañada por una amplia sonrisa llegó la respuesta:

—Jeje, parecería que estás tratando de conquistarme para que te ayude.

—En realidad, no puedo negar que tu ayuda me vendría de lo más bien — respondió muy serio su colega.

—Dime: ¿se cotejaron sus huellas dactilares con la policía colombiana?

—Sí, lo hicimos de inmediato. Ellos lo habían identificado por las fotografías que les enviamos, ya que al parecer tienen toda una colección de fotos de este sujeto. Pero esas huellas no constan en ningún registro de la Policía, sólo en la Registraduría Nacional del Estado Civil de Colombia; como es natural. Es el caso, me parece a mí, del asesino por encargo que existía y a la vez no existía. Te repito: la policía colombiana conocía la fama de “Mortiño” sólo de oídas, dado que jamás estuvo detenido y nunca pudieron obtener alguna prueba en su contra. Su cuenta de ahorros en un banco colombiano es de apenas cuatro cifras bajas en dólares. Su apartamento parece que es pequeño y modestamente amoblado. Pero, en realidad, debió tener mucho dinero. ¿En dónde? Nadie lo sabe. Es increíble cómo este hombre logró convertirse en alguien inexistente, como una manera de protegerse para cumplir mejor su nefasto oficio.

—Esto que acabas de decir parece claro, pero...., si era un sicario afamado, habría alguna manera de contactarle para que haga un “trabajo”. Debe de haber cobrado caro, como tú dices; su

dinero tiene que estar en algún lado, bajo algún nombre. ¡No es tan fácil ser un sicario fantasma!

— ¡No, no lo es! La Policía colombiana cree que la forma de contactarlo era a través de un “tercerizador”, vía internet. Para ello, el interesado dejaba un mensaje cifrado en la Sección Clasificados de un diario pequeño de Medellín, en el que debía constar una dirección de correo electrónico; y ese mensaje recibía una respuesta proveniente de un computador que no revelaba su dirección IP, mediante un servicio VPN. Desconocemos el nombre de ese “tercerizador” aunque a mí no me extrañaría que haya sido él mismo. En lo que respecta al dinero, al no conocer bajo que identidad lo guardaba ni en qué lugar, resulta imposible localizarlo; al menos con la información que contamos hasta la presente fecha. Esta figura extraña y su vinculación con Barro torna el caso inquietante, y da para pensar que la muerte de este último responde a otro tipo de intereses, en los que, eventualmente, puede entrar tu Unidad.

—A ver, explícame un poco qué es esto de un servicio VPN. Sabrás disculpar mi ignorancia.

—Son servicios en internet que te dan una dirección IP diferente a la que corresponde a tu computador; y si tienes presupuesto suficiente, puede ser una dirección no compartida sino única y diferente para cada momento en que te conectas. Dicha dirección estará disponible no sólo para el navegador, sino también para aplicaciones de mensajería, clientes de email, etc. Es la mejor forma de navegar en la red de forma totalmente anónima.

—Mira, Oswaldo, no te escondo que me ha interesado tu caso. Y mucho. Déjame comentar el tema con mi Mayor Recabarren, y a ver qué podemos hacer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mi hermano, y desde ya te lo agradezco.

## 5

### *Una buena noticia*

Gabriel Tomás Sánchez, “Gato”, por las dos primeras sílabas de sus nombres y como es conocido por sus amigos, es un joven y brillante intelectual de treinta y seis años, profesor titular en la cátedra de Sociología en la Universidad de los Valles, que disfruta trabajando como periodista de investigación, para el diario El Tiempo.

Gabriel Tomás, hombre de sonrisa fácil y de risa sonora, de personalidad cristalina y sensible, seguía soltero; luego de la decepción sentimental que sufrió con María Esther Cárdenas, a quien visitaba una vez al mes en la cárcel y a la que no había podido quitar de su vida.

No hay noche en la que, hasta la fecha, no hiciera un repaso de su relación con María Esther y de lo que pasó, hace ya dos años. No cesaba de evocar el momento en que la conoció, en la cafetería de la Facultad de Economía en donde ella se estaba iniciando como profesora; cómo lo suyo fue un auténtico flechazo. Ella inicialmente lo aceptó, sólo como amigo, porque estaba aún enamorada de un ingeniero belga al que conoció en Madrid, pese a que su relación estaba rota. Pero luego se entregó a él apasionadamente. Recordaba, como si fuera ayer, cómo la presentó a sus padres, a quienes encantó con su dulzura, inteligencia y belleza. Lo que pasó con el padre de María Esther, un prohombre de la sociedad quiteña, que mantenía una financiera ilegal que funcionaba como una simple pirámide financiera, y cómo el viejo murió en brazos de una joven prostituta, luego de haber ingerido un mortífero cóctel de cocaína, Viagra y alcohol, con lo cual la financiera se fue al diablo. Recapitulaba el drama que se produjo cuando fueron secuestrados los hermanos de María Esther por el cártel de la mafia colombiana que se sintió perjudicado por la desaparición de la financiera y cómo sus cuerpos sin vida fueron luego hallados por la Policía de ese país. Cómo olvidar que ella, ayudada por su amante belga, fingió su secuestro y muerte a manos de esa misma mafia, ¡cuando en realidad se fugaban a Suiza! Su amante era quien manejaba en la práctica dicho cártel y planeó todo un complot para acabar con los jefes del mismo y quedarse con su dinero. La historia terminaba cuando, descubierta la pareja por la INTERPOL, André, el ingeniero belga, murió enfrentando a la Policía francesa y ella terminó extraditada al Ecuador y convicta a dos años de cárcel, por encubridora de una larga serie de crímenes cometidos por su amante. ¡Todo esto pasó con la única mujer de la que verdaderamente se había enamorado en su vida! ¡Mujer a la que, maldita sea, no podía olvidar!

Hoy, Gabriel estaba cumpliendo con la rutina que se impuso desde hace un año y medio: visitar una vez al mes a María Esther, en la Cárcel de Mujeres, para brindarle un poco de compañía. Él era muy consciente de que no se trataba de un simple acto de “caridad cristiana”. “Estuve preso y me visitaste” dijo Jesús. No. No se trataba de ser un mejor cristiano. ¡El caso es que continuaba locamente enamorado de ella!, así de simple. Y el calificativo de “loco” no caía mal, dados los antecedentes. Si no la visitaba con más frecuencia era, precisamente, porque se había obligado a guardar las apariencias, especialmente ante ella. María Esther no podía ni siquiera sospechar acerca de sus sentimientos. Jamás podría llegar a saber que él seguía

amándola; no, después de lo que hizo. Ojalá Dios me dé fuerzas para no confesarle mi amor, se decía con frecuencia.

Luego de entregar en custodia su teléfono celular, su reloj, llaves y monedero y de pasar sin contratiempos bajo un arco detector de metales, Gabriel Tomás fue conducido a la sala de visitas. Este local, lúgubre y frío, como el gris de sus paredes, como la mesa y las sillas metálicas despintadas y en parte herrumbradas, le recordó el destino que forjó la locura de su amada. Siempre que llegaba a este lugar sentía que le invadía una gran rabia y, al mismo tiempo, una profunda tristeza, así como el incontenible deseo de abrazarla, besarla y consolarla, ya que le era imposible liberarla, lanza en ristre, como si fuera un caballero andante. Luego de unos diez minutos de espera, apareció ante él María Esther, en su uniforme de reclusa, luciendo una tenue sonrisa en su cara.

—Hola Gato. ¡Qué bueno poderte ver! —dijo ella con su típica dulce voz, a la vez que le dio un suave beso en la mejilla.

—Hola, María Esther. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, contenta por dos razones: la primera, me cuenta la Jefa de Vigilantes (que se porta siempre muy bien conmigo) que probablemente en unas tres semanas podré salir en libertad. Que están esperando mi boleta de excarcelación en cualquier momento; y la segunda, porque la obra de teatro que montamos, se la dará al público el próximo viernes. ¡Si supieras lo contentas e ilusionadas que andan todas!

María Esther era hermosa, tenía un carácter dulce pero era muy determinada y decidida; inteligente, causaba placer el conversar con ella. En la Cárcel de Mujeres, luego de sus primeros meses de profunda depresión y tratamiento con Prozac, decidió hacer de su estadía en ella algo positivo y leía mucho; trabajaba educando a sus compañeras, montó un taller de teatro y produjo con las demás internas dos comedias divertidas. Las autoridades de la Cárcel la trataban con deferencia, logró que sus compañeras de prisión la respetaran y, por último, Gabriel Tomás cuidaba de que no le faltara nada.

Una vez que serenó su espíritu, se dio cuenta de que la enorme pasión que sentía por André no era el tipo de sentimiento que hubiera durado toda la vida. Y es que, aunque tarde, llegó a comprender que era eso, pasión, más no amor, lo que sintió por André. No ese sentimiento profundo que en realidad tuvo -y sabía que lo seguía teniendo- por Gabriel. ¡La pasión, en cambio, se agota, como una fogata en el campo! Ella sabía ahora que, apagada esa llama y asumida la culpa de su traición, lo que había quedado era ese sentimiento más noble; ese permanente deseo de buscar el bien del otro, de querer la felicidad del otro, de tenerle al otro en sus pensamientos diarios, de contar los días que faltaban para su visita. Pero estaba segura -no podía ser ingenua- que las visitas mensuales de Gabriel no eran un indicativo de que él seguía amándola sino, más bien, una nueva demostración del caballero y del amigo que todo lo perdona. ¿Cómo podría él seguir enamorado de ella después de la canallada que le hizo? Por lo tanto, lo que sentía hacia Gabriel era un amor sin futuro al que, por su propio bien, debía acallararlo y tratar, más bien, de que muriera.

—Oye, lo que me cuentas es genial —dijo él. —O sea que en pocos días te veremos libre. Me

alegro sinceramente. ¿Ya has pensado a que te vas a dedicar?

—Me encantaría poder retomar mis clases, pero sé que eso es casi imposible. No creo que las autoridades de la Universidad me dejen regresar, con mis antecedentes —dijo ella con tono triste; —en realidad, no lo sé. Tengo un poco de dinero guardado y viviré de él hasta que se acabe o hasta que encuentre algún trabajo.

Cambiando de tono de voz le dijo:

—Dime, ¿vendrás a ver nuestra obra? Es súper divertida.

—No me la perdería por nada del mundo. Respecto de lo otro, ya hablaremos cuando llegue el momento, algo se me ocurrirá.

—Gracias, mi amigo. Pero, cuéntame, ¿qué ha sido de ti?

—Mira, sigo estudiando a un personaje que me fascina. Tú me conoces. Sabes que en mi labor periodística trato de luchar permanente en contra de la corrupción, especialmente de la corrupción que se da en la política. Es por esto, sin duda, que sigo con interés, cada vez mayor, a la figura de Alejandro Capdevila. Creo que te he hablado de él. Se trata de un político joven con enorme futuro. Actual candidato presidencial, que está haciendo de la lucha contra la corrupción su bandera de batalla. Aunque todavía no lo acepto abiertamente, a ti te puedo confesar que me estoy convirtiendo en un ferviente seguidor suyo. Me asusta, eso sí, que eso me haga perder mi capacidad de crítica.

—Dudo que por más ferviente partidario de él que te hagas, si llegara el momento y tuvieras la razón, te abstendrías de criticarle. Sí, creo que te conozco, y si Capdevila te entusiasma es porque debe ser un líder positivo para el país.

—Ojalá lo sea. Este país necesita alguien con la suficiente autoridad moral para que lo guíe; que no utilice la política como instrumento para enriquecerse él o su entorno; algo a lo que deplorablemente nos hemos acostumbrado. Que sirva al país, en lugar de servirse del país. Acuérdate de ese dicho que la gente lo acepta y que, por lo mismo, causa vergüenza: “*No importa que robe con tal de que haga obra*”. Y por eso, todos hacen un puentecito y se roban el valor de dos...

—Pero dime, ¿cómo es este famoso señor? Porque, seguro que tú lo has investigado.

—Efectivamente, lo he investigado —,respondió riendo. —Mira, Alejandro Capdevila -más conocido como “Cap” por sus amigos y seguidores-, es nieto de un catalán, procedente de Mérida; que por sus antecedentes de joven activista republicano, en enero de 1939, luego de la caída de Barcelona y del triunfo de Francisco Franco, se vio obligado a subir a un barco, en calidad de polizone, prácticamente sin dinero en el bolsillo, y a abandonar su país con el objetivo de buscar refugio en América y empezar una nueva vida. Llegó, específicamente a la ciudad de Guayaquil en donde, al poco rato, logró conseguir empleo como ayudante de cocinero en un restaurante de la ciudad. El joven catalán, con enorme esfuerzo, logró continuar con sus estudios de contabilidad que los había iniciado en Barcelona. Más tarde, un amigo le consiguió un trabajo en Riobamba como ayudante de contabilidad, ciudad en la que se asentó y en la que terminó, finalmente, como propietario de una pequeña empresa de servicios contables. Se casó, muy joven, con una dama de clase media y, cuando sus dos hijos crecieron -Alejandro José e Hipólito- se trasladó con toda su familia a Quito, en busca de mejores colegios y mejor futuro para sus hijos.

—Algo que generalmente pasaba, tengo entendido, en aquellas épocas con la gente pudiente de las provincias —interrumpió ella.

—Efectivamente, aunque no se trataba de una familia pudiente. “Cap” es hijo del hermano mayor, de Alejandro José, y desde niño demostró una preclara inteligencia. Su madre, Carmen, mujer trabajadora de clase media, en vista de su precoz capacidad intelectual, mostró hacia él una evidente preferencia, lo que afectó enormemente la relación con su hermano mayor Bernardo, y cuyo resultado, en última instancia, fue que este último no hizo esfuerzo alguno en su vida estudiantil; nunca llegó a la Universidad y se ha convertido en un solterón “bueno para nada”; jugador de naipes empedernido y casi “hijo de mamita”, pese a sus cuarenta y tres años de edad. Hombre pequeño de estatura y más bien gordo, tiene un amigo inseparable y casi tan inútil como él: Raymundo Granizo, físicamente, la otra cara de la medalla ya que se trata de un señor alto y delgado; tanto, que en los comederos sociales se los conoce como Laurel y Hardy, el Gordo y el Flaco; ¿recuerdas a esos personajes tan chistosos que se los veía en la tele? Son dos tipos poco escrupulosos, con el agravante de que, como Granizo tiene mucho dinero, se creen autorizados a hacer lo que les apetezca. Aparte de estos detalles de su vida privada que, obviamente, son contados por allegados a la familia, te puedo decir que “Cap” es joven aún, tiene cuarenta y uno, y es un brillante político que, en cuestión de poquísimos años, apenas tres, ha logrado convertirse en el líder indiscutible del movimiento de centro-izquierda “Unidos por el Cambio”, que engloba a diversos sectores de ese espectro político nacional. Posee un indudable carisma, un encanto natural que conquista a sus interlocutores. Es un gran orador, conocedor de los problemas de la gente, al que los analistas políticos sitúan como el “casi seguro” nuevo Jefe de Estado. Con su actividad y presencia, el movimiento “Unidos por el Cambio”, se está convirtiendo en la agrupación política más importante del país.

—Vaya, por la descripción que haces de él, salta a la vista que vas a participar activamente en su campaña —le dijo ella, en tono burlón, —y seguro serás Ministro.

—No, no lo creo □ contestó él con una amplia sonrisa, —pero tal vez sí lo ayude con uno que otro artículo en El Tiempo.

— ¿Y esta maravilla está casada?

—Así es. Está casado con Beatriz Ontaneda, es padre de tres hijos, María Emilia, de 14 años; Alejandro José, de 12 años; y Marco Antonio, de 9 años.

—Horror. ¡Qué noticia tan mala! —dijo ella, riéndose. —Hombres así deberían estar siempre solteros y disponibles. ¿Que más me cuentas del futuro presidente?

—Mira, siguen los detalles interesantes. Si bien, los escasos recursos de su familia no le permitieron educarse en escuelas y colegios privados, ingresó con una beca parcial a la Universidad Católica en donde culminó con brillantez, dados su natural inteligencia y dedicación a los estudios, la carrera de abogado. Posteriormente viajó a Buenos Aires, en donde obtuvo, en la Universidad de Belgrano, una Maestría en Finanzas y Derecho Tributario y una Especialización en Derecho Administrativo. A más de liderar en la actualidad un prestigioso bufete de abogados, ha servido como consultor de organismos nacionales e internacionales. Actualmente, como es obvio, su posición económica es muy holgada.

— ¡Uf! Seguro que sabes más de él que su propia madre.

— ¡Qué va! Es cierto que he investigado bastante acerca de él y te puedo decir que no todo es color rosa.

— ¿Por ejemplo?

—He entrevistado a mucha gente que lo conoce desde niño. Varios de ellos me han comentado

que, por ejemplo, ha tratado siempre de ocultar su origen modesto, del que al parecer se avergüenza, lo cual es una absoluta tontería y él, como buen político, debería saber que eso más bien es un “plus” para su persona, que debería explotar. Alguno que otro “amigo”, así, entre comillas, me ha comentado que “Cap” tiene un evidente y, al mismo tiempo, escondido complejo de inferioridad disfrazado como de superioridad y que persigue, como meta final, el lograr la admiración y el respeto de todos. Me dicen, no sé si será cierto, que esta faceta de su personalidad no la conoce ni su esposa. Te repito, estos son decires, nada que yo haya podido verificar. Y en una sociedad como la nuestra en donde el deporte nacional no es el fútbol sino el palo encebado, en el cual al que sube hay que bajarlo; pues, hasta no comprobar esa información de alguna fuente certera, no quiero dar mayor crédito.

—Un hombre con complejo de inferioridad disfrazado como de superioridad, como tú dices, y que persigue, como meta final, el lograr la admiración y el respeto de todos, puede ser también un individuo sin escrúpulos. ¿Podrá él combatir la corrupción?

—Lo que pasa es que se puede confundir determinación con falta de escrúpulos. Y él está totalmente decidido a llegar a la Presidencia. Claro que esto que te digo puede ser también una inmensa ingenuidad de mi parte. ¡Y tú sabes que a veces soy ingenuo!

Esta última frase pareció golpear a María Esther. Claro, ¡él había sido inmensamente ingenuo con ella! Soy una estúpida. Jamás debí proceder con Gabriel como lo hice, se dijo. Fingió no darse cuenta de la indirecta y cambió de tema.

—Y su mujer, ¿quién es? ¿Es ella de la alta sociedad? Su nombre no me es familiar.

—Proviene de una familia de clase media alta. Es una mujer hermosa, de facciones suaves, voz y trato dulce. Conoció a “Cap” en la Universidad y, pese a la evidente desigualdad socio-económica que existía entre ambos, se enamoró perdidamente de él. Sus padres, que siempre habían hecho gala de ser personas de amplio criterio y de pensamiento liberal, nunca pusieron obstáculos a su romance. Cuando Alejandro empezó a visitarla formalmente en su casa, el encanto natural de “Cap” hizo que sus futuros suegros le abrieran de par en par las puertas de su hogar.

—Y tú, ¿ya te has reunido con él?

—Tengo en agenda una entrevista que me la dará en su casa el próximo martes. No te oculto que estoy ansioso de efectuarla porque creo que, viéndole a los ojos, sabré exactamente con qué tipo de persona me estoy topando y si honestamente quiere servir al país y no “servirse del país”.

María Esther se quedó en silencio. Cuantas veces me miraste a los ojos, mi amor, y no te diste cuenta la clase de víbora que yo era, pensé, y, al mismo tiempo, sintió que sus ojos se le humedecían.

Siguieron conversando de otros temas hasta que el tiempo de visita transcurrió. Un corto beso en la mejilla selló la despedida de estos dos personajes, cada uno comprometido en ocultar su amor al otro.

## 6

$$C=M+D-T$$

En el exterior llovía a cántaros. A ratos parecía que en realidad no llovía, sino que el cielo se había desplomado. Gruesas pepas de granizo golpeaban con rudeza los techos de zinc y se estaba formando un ligero tapiz blanco en el exterior. De seguro, sería noticia en los diarios de mañana. Pues que una tormenta tan fuerte y una granizada que blanquee una ciudad situada en la mitad del mundo no son cosa de todos los días.

El ruido que producía el granizo en el techo a ratos impedía oír con claridad la voz de Gabriel que se alistaba a dar por concluida su clase.

—Robert Klitgaard, profesor de Desarrollo y Seguridad Internacionales en la Escuela de Postgrado RAND, en Santa Mónica, California, y catedrático de la Escuela de Gobierno de la Universidad de Harvard, es uno de los estudiosos más notables del tema de la corrupción y ha escrito mucho sobre este tema. Klitgaard diseñó una simple fórmula matemática para representar a la corrupción:  $C=M+D-T$ , en donde C representa a la corrupción, M representa al monopolio, D a la discrecionalidad y T a la transparencia. Me gustaría, señores, que profundicen un poco este tema; busquen en internet artículos de Klitgaard y empápense de su pensamiento. En la próxima clase analizaremos esta fórmula y veremos si la misma es aplicable o no en el país. Quiero que me traigan ejemplos concretos.

Gabriel, como de costumbre, había logrado transmitir a la audiencia sus conocimientos, que cada vez eran mayores, de esa ciencia hermosa que es la Sociología. Estudiar a los seres humanos y sus relaciones sociales; tratar de comprender los procesos que ellos han emprendido y emprenden en el seno de la sociedad, los diversos enfoques que los sociólogos han dado respecto a la sempiterna búsqueda del bienestar; el adentrarse en valores o en realidades materiales, en el comportamiento del mercado o en el accionar político; todo esto le produce un gran entusiasmo que, al ser transmitido a sus alumnos, hacía de él un verdadero pedagogo y el profesor estrella de la Facultad. Una íntima satisfacción que produce el deber cumplido lo invadió al terminar su clase.

—No lo olviden:  $C=M+D-T$

Los alumnos no hicieron mayor esfuerzo por salir de clase. ¡La lluvia que caía era torrencial!

Mientras Gabriel guardaba su computadora portátil y una libreta de notas en su maletín, y pensaba —como siempre, en María Esther y lo interminables que le parecían los días en los que ella debía seguir en el centro de detención— cuando uno de sus alumnos, Carlos Maldonado, se le acercó y le preguntó:

— ¿Tiene tiempo, profe?

—En este momento, todo el tiempo del mundo. ¡Ni loco salgo con esta lluvia! ¿Qué me cuentas, Maldonado?

—Nada especial. A propósito de sus artículos sobre Alejandro Capdevila... quería contarle que estoy haciendo desde ayer una pasantía, que pienso será interesantísima. Estoy trabajando con la gente de la campaña; mejor aún, me asignaron a que sea el asistente del doctor Oswaldo Rojas quien, en realidad, es el Jefe de Campaña de “Cap”. ¿Qué le parece?

—Felicitaciones, Carlos. Creo que va a ser una experiencia muy valiosa para ti.

—De eso estoy seguro. Basta ver lo que sabe del manejo político el doctor Rojas como para tener la certeza de que uno puede aprender maravillas.

—Pero me aprendes sólo de las buenas, ¿eh!

—Seguro— dijo riendo. —Además, se respira allá adentro un aire limpio. Creo que esa gente odia todo lo que es corrupción y eso me encanta.

—Si es así, eso debería encantarnos a todos. Te cuento que el próximo martes voy a entrevistar a “Cap” y la entrevista saldrá publicada en El Tiempo. A lo mejor, tú apareces por el lugar.

—¿Seguro?. ¿En dónde va a ser?, para ver si me cuento.

—En la casa de “Cap”, a las siete de la mañana.

—¡Uh, qué pena! Allá no creo que entre. Pero, bueno, estaré atento a la publicación en el diario.

—Yo les comentaré en clase, de todas maneras. Desinformado no estarás.

—O.K., profe; parece que la lluvia amaina y creo que ahora sí me voy. Que tenga una buena noche.

—Lo mismo tú, muchacho.

Gabriel pensó en la suerte de tener alumnos como Carlos Maldonado. Este era un joven de clara inteligencia y, de lo que sabía, de una sólida formación moral. Sus padres habían sido miembros fundadores de una organización dedicada a velar por los niños huérfanos rescatados de la calle, y él, desde los quince años, estaba también dedicado a esa actividad. Su padre había fallecido hace tres años, luego de ser víctima de un asalto cruento, mientras compraba una torta en una panadería y, desde ese entonces, una de sus preocupaciones principales había sido la de velar por su madre. De físico atractivo: alto, con su metro ochenta de estatura; pelo rubio encrespado y ojos azules; su presencia no pasaba desapercibida para las jóvenes de la universidad. Pero él no les brindaba esperanza. Estaba muy enamorado de Elizabeth Domínguez, con quien salía desde hace tres años, y a quien pensaba hacerla su esposa tan pronto como lograra estabilidad económica y laboral. Por supuesto, y eso Elizabeth lo sabía, sin descuidar el bienestar de su madre. A sus veinticuatro años, Carlos Maldonado era un joven que prometía mucho a la sociedad.

Efectivamente, como Carlos lo mencionó, la lluvia se fue tan súbitamente como llegó; dando paso a un cielo nocturno despejado y con estrellas.

Gabriel Tomás se dirigió a su automóvil y empezó a pensar en cuáles serían las preguntas idóneas para formular a Capdevila en su próxima entrevista. Éstas deberían ser muy bien concebidas, a fin de que la audiencia que leyera sus respuestas pudiera hacerse un retrato claro del candidato. Fundamentalmente, las respuestas debían reflejar la personalidad y el carácter del personaje. En este caso, su aspiración fue que la entrevista pudiera servir para que el público supiera si es, o no, el hombre adecuado para la situación que vive el país. Creo que ahora, o me gradúo de periodista, o me daré cuenta de que soy un fiasco en este oficio, se dijo sonriendo para sus adentros.

## 7

### *En búsqueda de luces*

Había mucha actividad en las oficinas de la Unidad de Lucha contra el Crimen Organizado. Varios oficiales estaban literalmente pegados a la pantalla de sus computadoras y tomaban notas, de vez en cuando, en libretas amarillas con el logotipo de la Unidad. No eran oficinas muy grandes, pero el visitante ocasional no podía dejar de percibir un agudo ambiente de profesionalismo. Se trata de funcionarios policiales con un alto nivel de integridad personal comprobada (las pruebas de idoneidad y confianza se las hacía cada seis meses, incluido el uso del polígrafo) y con muy buena preparación intelectual; especialistas en Inteligencia, dedicados a pescar, literalmente, pequeños trozos de información que les permitiera combatir a un monstruo de múltiples tentáculos: el tráfico de drogas, la trata de personas y el tráfico ilícito de migrantes, el tráfico de armas, el terrorismo; y para golpear a los cárteles en donde más les duele: el blanqueo de dinero. Todo esto, sin olvidar la infiltración que el delito organizado trataba de hacer continuamente en las instituciones democráticas, a fin de debilitarlas. Su capacidad era reconocida en otros países en donde brindaban, con frecuencia, asistencia técnica.

El área que ocupaba la Unidad tenía divisiones modulares. Al final del pasillo central se encontraba la oficina del jefe de la misma; relativamente amplia, la cual, aparte de su escritorio y dos computadoras grandes, albergaba una mesa de reuniones con cabida para ocho personas. En la pared del fondo estaba instalada una pantalla en la que se podían hacer proyecciones.

Alrededor de la mesa de reuniones estaban sentadas tres personas: el Mayor Ramiro Recabarren, Jefe de la Unidad; su mano derecha, el Teniente José Rafael Estévez y el Teniente Oswaldo Tena, de la División de Homicidios de la Policía Nacional.

A pedido de José Rafael, el Teniente Tena informó al Mayor Recabarren sobre los detalles e inquietudes que surgieron, a raíz del asesinato de Emir Barro y de la posterior eliminación de alias “Mortiño”.

Ramiro, que escuchó atentamente, no dejó de interesarse en la historia. Su olfato le dijo que había algo gordo oculto detrás de ella. De vez en cuando, tomaba pequeñas notas en una libreta que sacó del bolsillo interior de su saco.

— ¿Puedo suponer que han rastreado las llamadas hechas o recibidas por Emir Barro en los últimos días? —preguntó.

—Así es —contestó el Teniente Tena. —Todas las llamadas efectuadas desde el teléfono de su oficina constan en el registro que mantiene la central del Banco. El número al que se llama queda registrado automáticamente.

— ¿Y de su celular?, —inquirió José Rafael.

—Igual. Ese registro lo mantiene la operadora de telefonía celular. El problema es que, obviamente, al no haberse instalado un programa de escuchas, se puede saber a qué números telefónicos llamó, pero no en específico con quien o de qué habló. Pero sí, tenemos los registros del último mes.

—Bueno. Por algo se empieza. ¿Algún número interesante?

—Muchos. Pero que no nos dicen nada concreto.

—Todavía, teniente. Todavía. Las investigaciones importantes toman tiempo, —dijo en tono filosófico, Ramiro.

—Lo que pasa es que algo me dice que este caso puede ser muy importante. Tratándose de la muerte de un ejecutivo bancario, en un escenario que me parece un tanto elaborado, no sé por qué, pero creo que puede haber detrás un problema irresuelto de lavado de dinero.

—Es probable que tengas razón, Oswaldo. Eso precisamente le dije a mi Mayor cuando le conté de tu caso, —dijo José Rafael. —Puede ser que estemos frente a un caso de lavado y probable estafa al dueño de ese dinero, quien decidió sentar un precedente para que no se vuelva a repetir.

—A ver, a ver. Como dice el viejo dicho: “El que camina despacio avanza lejos”. Del rastreo de llamadas ¿hay alguna o algunas que nos induzcan a pensar en algo como lo que ustedes empiezan a señalar como motivo del asesinato de Barro o de los dos crímenes?

—Hoy por hoy, no lo podría decir. Las efectuadas y recibidas en la oficina son llamadas estrictamente profesionales, con dueños o apoderados de las cuentas que Barro manejaba. Las efectuadas desde su teléfono móvil son ya más personales: con su madre, con sus amigos y conocidos, etc.

—De las llamadas, llamémoslas así, “profesionales”: ¿hay alguna que les haya llamado la atención?

—Bueno, hay en realidad dos que no entran en ninguna categoría, pero que fueron hechas y recibidas desde el teléfono fijo privado de la oficina: la primera llamada está dirigida a un número que corresponde a una cabina telefónica situada en el centro comercial Los Cipreses, al norte de la ciudad, hecha exactamente a las once horas y cincuenta y dos minutos; y la segunda llamada es recibida desde una cabina pública de otro centro comercial, esta vez en el sur, el Mall La Tolita, a las trece horas con cincuenta. Ambas, como vemos, con dos horas de diferencia, el miércoles, tres semanas antes del crimen. Es extraño. ¡Ya casi nadie, con el auge de los teléfonos celulares, usa una cabina telefónica! Y en este caso tenemos dos llamadas que utilizan cabinas telefónicas. A no ser que se quiera que dichas llamadas pasen desapercibidas,... Digo yo.

—Interesante. ¿Qué me dicen de la agenda de Barro? ¿Qué hizo el día de su muerte? —insistió Ramiro.

—Bueno —dijo Oswaldo mirando la carpeta que tenía a la mano, —según su agenda, Barro tuvo una reunión con unos inversionistas japoneses; otra con el gerente de una cooperativa agrícola sobre el financiamiento de un ambicioso programa de cultivo de palma africana, reunión que al parecer fue sumamente larga, ya que la tenía agendada para casi cuatro horas, con almuerzo incluido; finalmente, ese día debía tratar algo con el doctor Oswaldo Rojas, Tesorero y jefe de campaña de Capdevila, pero no consta que lo haya hecho; no, al menos, en su despacho del Banco. Ese día no trabajó hasta muy tarde y, alrededor de las diecinueve horas, salió de la oficina.

—O.K., tenemos esas dos llamadas: una hecha y otra recibida desde dos cabinas telefónicas distintas. Algo que habrá que investigar con más profundidad, lo que tú seguramente lo habrás ya decidido, —le dijo en tono amistoso, tratando de no dar lecciones ni herir la sensibilidad de un buen oficial que no estaba trabajando directamente a sus órdenes. — ¿Qué me cuentas de los otros días? ¿Algo para destacar?

—Realmente, nada especial. En general, la rutina diaria. Cabe anotar que para la noche del viernes siguiente al de su muerte tenía en la Agenda una cena con el doctor Rojas, aunque no especificó el lugar en donde se llevaría a cabo. Ninguno de sus colegas conocía de esa cita. No hemos conversado todavía con Rojas, pero espero hacerlo lo más rápido posible. Desconocemos qué pasó el día de la muerte de Barro, en el lapso que se inicia desde que salió de su oficina, a las diecinueve horas hasta que llega, aproximadamente a las veintiún horas a la Cafetería del Hotel. Sabemos que, entre once y doce de la noche, llegó a su apartamento acompañado probablemente por “Mortiño.

—Bueno, Oswaldo, continuemos con esta conversación más tarde, que hoy debo asistir a una junta. Con Pepe vamos a darle vueltas al asunto para ver en qué te podemos colaborar, —dijo Ramiro, levantándose.

—Como usted ordene, mi Mayor. Sabe que recibir su ayuda será para mí siempre gratificante, —respondió el Teniente Tena.

## 8

### *Entrevista*

El martes, el día amaneció primoroso. Gabriel Tomás había colocado el despertador, junto al velador de su cama, para que sonara a las cinco y treinta de la mañana y, así, tener el tiempo suficiente como para ducharse, vestirse y desayunar algo, antes de salir a retirar su automóvil del parqueadero y dirigirse al valle de Tumbaco, cercano a la capital, en donde tenía su residencia Alejandro Capdevila, a quien debía entrevistar. Estaba seguro de que, dada la hora, algo le habría de ofrecer el entrevistado, así es que el tema del desayuno era el que menos le preocupaba.

Gabriel Tomás decidió vestirse de manera elegante, pero casual, sin corbata, y llevar exclusivamente su grabadora. No había escrito las preguntas que haría al candidato. Después de mucho meditarlo, había decidido que la entrevista debía ser lo más espontánea posible. Las preguntas deberían ir surgiendo de la propia conversación.

Salió de su apartamento y caminó frente a la iglesia de La Compañía de Jesús; una de las joyas más valiosas del arte quiteño y la iglesia barroca más visitada de toda América Latina. La fachada está construida toda en piedra gris de origen volcánico, en la que cada espacio está cubierto con detalles finamente labrados, entre los que constan ángeles, flores e imágenes representativas de la Iglesia y de los fundadores de la Compañía de Jesús. No había ocasión en que Gabriel, al pasar frente a ella, no dedicara algún momento para contemplarla. Pasó, luego, por el frente del Palacio de Carondelet y avanzó una cuadra más por la calle Venezuela hasta llegar al parqueadero, de donde salió con su automóvil rumbo a su cita.

Pudo considerarse afortunado, en vista de que el tráfico, tanto en la ciudad como en la carretera estuvo relativamente ligero y, por dicha circunstancia, llegó con varios minutos de anticipación a la cita. A las seis y cuarenta y cinco horas estacionó su auto a una cuadra de la residencia de “Cap”devila y pensó que sería muy apropiado el apretar el timbre de la puerta cuando fueran, exactamente, las siete de la mañana. Mientras tanto, decidió ocupar su mente en María Esther, por supuesto, y en lo que le podría ofrecer a su salida del reclusorio.

A las siete en punto pulsó el timbre y la puerta de la residencia la abrió el propio Capdevila, vestido de manera informal con pantalón azul, camiseta celeste, y zapatos deportivos.

—Tú debes ser Gabriel, ¿no es así?, —le preguntó con un sonrisa en los labios.

—Efectivamente, doctor Capdevila. Es un honor conocerlo.

—Por favor, llámame “Cap”, como todos mis amigos lo hacen. Confío en poder contarte pronto también entre ellos.

—Gracias, “Cap”. Me sentiré honrado.

—Pero no nos quedemos aquí afuera. Pasa, que estoy seguro que Beatriz nos habrá preparado algo que nos evite tener que conversar en ayunas.

Capdevila tomó del brazo a Gabriel y lo condujo a la sala de su casa, un lugar amplio, con mucha luz y confortables muebles que denotaban el buen gusto de la ama de casa.

Gabriel no pudo evitar el fijar su mirada en un Troya que colgaba de la pared, sobre la

chimenea de piedra.

—¿Qué te parece? Es hermoso, ¿no es verdad? Sabes que este cuadro era propiedad de mis suegros pero, como sabían que me fascinaba, nos lo regalaron al mes de lo que nos casamos.

—Es un paisaje hermoso, en realidad, —contestó Gabriel. —Troya pintaba paisajes y retratos extraordinarios. Es, a no dudarlo, el mejor paisajista que haya producido el Ecuador.

—Así es. Te debo decir que, para mi sentido estético, es el pintor ecuatoriano, de los antiguos, el que más me llega. Pero eso no lo pongas en la entrevista, que no quiero enemistarme con mis amigos artistas, —dijo con una amplia sonrisa. —Tal vez sea mejor que pasemos directamente al comedor; así, mientras desayunamos, podré ir contestando tus preguntas.

—Espero que mis preguntas no afecten a la digestión, —dijo con una sonrisa Gabriel.

—Estoy seguro que no. Trataré de salir airoso del trance, —respondió también jocoso Alejandro Capdevila.

El comedor era amplio y luminoso. Una gran ventana mostraba el jardín y una hermosa buganvilla le servía de marco. La mesa, cuidadosamente puesta. El tablero de palo de rosa lució su elegancia, apenas tapado por tres pequeños manteles individuales de color negro con flores rojas en cada esquina y su servicio encima, y por un centro de mesa de plata que acogía un hermoso adorno de rosas rojas, blancas y rosadas. Fue evidente que alguien les iba a acompañar en el desayuno, probablemente la persona encargada de relaciones con la prensa. “Bueno, muy pronto lo sabré”, se dijo a sí mismo Gabriel, mientras sacaba de su bolsillo la grabadora y empezaba a jugar con ella en la mano.

Siéntate aquí, Gabriel, —señaló con su mano “Cap” a la silla del costado derecho más cercana a la cabecera. —Yo me sentaré aquí, mientras que Beatriz, que nos acompañará, ocupará este otro lugar.

¡Con que será su mujer quien nos acompañará!, pensó Gabriel. Esto es fantástico. Voy a conocer a los dos y podré hacer preguntas a los dos. Esto es sacarse la lotería.

Como si le leyera el pensamiento, “Cap” le dijo:

—Y si quieres, puedes hacerle también alguna pregunta a mi mujer. Estoy seguro que le encantará responderte.

—¡Y a mí preguntarle!, —respondió Gabriel, entusiasmado.

Apenas terminó de hablar, la puerta oscilante que unía comedor con cocina se abrió y apareció una mujer alta y delgada, muy guapa, vestida con ropa deportiva, de un rostro ovalado perfecto, adornado por dos hermosos ojos color gris y enmarcado por un pelo lacio rubio-castaño, sin lucir joyas ni maquillaje que, con una sonrisa amigable, se dirigió a Gabriel y le dijo:

—Hola, soy Beatriz.

—Encantado de conocerla, señora. Soy Gabriel Sánchez, —respondió también con una sonrisa, mientras se puso de pie y le tendió la mano.

—Lláname por mi nombre, por favor. Bueno, ahora que estamos todos listos, creo que podríamos empezar. ¿Tú Gabriel, qué prefieres: huevos estrellados, pasados por agua o una omelette?

—Estrellados están bien, muchas gracias.

—O.K., Clorinda, —le dijo a la empleada que asomó por la puerta. —Estrellados para Gabriel y Alejandro y los consabidos pasados por agua para mí, por favor.

—Enseguida, señora, —respondió la empleada, mientras servía jugo de naranja.

Gabriel puso la grabadora digital sobre la mesa y sin mayor preámbulo preguntó:

—¿Por qué la política? ¿De dónde nace ese deseo de participar en política y más aún a este nivel?

—Mira, te voy a dar la respuesta más simple pero es la que creo que más se ajusta a la realidad, —respondió “Cap”. Tomando un sorbo de jugo, continuó. —Beatriz y yo hemos logrado forjar un hogar en donde los principios morales están sólidamente establecidos y en donde, gracias a Dios, gozamos de un alto nivel económico. Creo que todos los miembros de esta familia poseemos un buen grado de educación y cultura y puedo decirte que somos parte integrante de un sector muy favorecido de la sociedad. Mi mujer y yo, en nuestra vida profesional, hemos podido, de una forma u otra, ponernos en contacto con el otro sector, con el que no tiene nada, al que todo le hace falta; y ese contacto nos llevó a la conclusión de que algo hay que hacer, que quedarse cruzados de brazos puede ser muy cómodo pero es, al propio tiempo, irresponsable y que va contra nuestros principios. Así que, de allí surge nuestro interés por la política y la decisión posterior de pelear por la Presidencia.

—Debo decirte que costó bastante el que Alejandro aceptara este reto. No vino su aceptación a la candidatura de inmediato. Pero cuando un grupo de amigos y conocidos le planteó, por primera vez esta posibilidad, yo fui la primera en empujarle para que aceptara, ya que lo conozco y sé que puede ser un Presidente que haga historia, que limpie, en primer lugar, este país de la corrupción que se devora tanto dinero que, bien empleado, podría significar un cambio en la vida de tanta gente pobre, —dijo con entusiasmo Beatriz.

—Como puedes ver, mi mujer es mi jefa de campaña, —dijo riéndose “Cap”.

—Una vez aceptada la candidatura, ¿cuál fue el siguiente paso?

—A la Presidencia de la República no puedes llegar simplemente con buenas ideas o buenas intenciones. Debes tener claro qué tipo de país quieres lograr. En nuestro caso, buscamos uno más incluyente, menos injusto, en donde se privilegie las oportunidades de desarrollo, en donde puedas sumar fortalezas y disminuir debilidades, en donde el niño sepa que si quiere puede llegar a ser mucho porque la sociedad le brindará buena alimentación, cuidado de su salud y educación. Y como Beatriz lo decía, un país en donde se reduzca al mínimo posible el nivel de corrupción con base en una política de cero tolerancia. Éstas, en general, son nuestras metas. Ahora bien, para conseguirlas necesitas delinear programas y proyectos específicos. En eso trabajamos todos los días. Tenemos un gran equipo, de gente joven en su mayor parte, pero muy preparada y con ganas de transformar este país. Como verás, podemos sentirnos optimistas.

Clorinda, la empleada, hizo su ingreso con una amplia fuente en la que estaban los platos de huevos estrellados pedidos por Gabriel y por el dueño de casa y una copa con los huevos pasados, preferencia de Beatriz. Ésta, por su parte se levantó y sirvió un humeante café de una cafetera de plata.

—Tomen un descanso en la entrevista, que los huevos se enfrían, —dijo tomando asiento de nuevo.

—Tengo entendido que ustedes dos se conocieron en la Universidad, ¿no es así?, —preguntó Gabriel, mientras devoraba, literalmente, los huevos fritos acompañados por una tostada.

—Efectivamente, —dijo Alejandro —allí tuve la suerte de llevarme a la chica más linda de la Facultad.

—¡Eres un amor!, —respondió, coqueta, Beatriz.

—Y, en la universidad, ¿Alejandro ya era un político?, —preguntó Gabriel a Beatriz.

—Bueno, lo que sí te podría decir es que era un líder. Una visión político-partidista de la sociedad creo que todavía no se daba, —le contestó.

—No, no la tenía, —intervino “Cap”. —Bueno, para decirte la verdad, los partidos políticos no me atraían porque muchos no son verdaderos partidos, con ideales, programas, propuestas, etc., sino maquinarias electorales, instrumentos para hacerse del poder y luego usufructuar de él. Por ello, el movimiento que nosotros formamos se inicia con la formulación de un Ideario, en donde la conformación de una sociedad democrática, participativa, justa e incluyente sea la meta que queremos alcanzar. Mira, Gabriel, existe una sensación generalizada en la sociedad de que la política no es ese quehacer dirigido a la búsqueda del bien común, como lo definían los filósofos, sino más bien el arte de engañar, de servir al interés particular o al interés de los poderosos. Parafraseando al Premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, quien decía, refiriéndose a la economía de los años noventa, que era “un cóctel adulterado: tres cuartas partes de mentira y una cuarta parte de avidez”. La gente podría decir lo mismo de la actividad política, aunque con un cambio en las proporciones: dos cuartas partes de mentira, una cuarta parte de falta de escrúpulos y una cuarta parte de ambición desmedida. ¡Pues eso es lo que hay que cambiar!

—Retornando al tema del combate a la corrupción: ¿qué pasaría si, llegado al poder, surge un escándalo de corrupción que involucre a personas muy allegadas a tu entorno?

—Primero, espero tener el suficiente criterio como para designar a gente cien por ciento honorable como parte de mi entorno inmediato y de mi Gabinete Ministerial; así es que espero que ese caso no suceda. Pero si llegara a suceder, no me temblaría la mano para ordenar la inmediata detención de tales individuos y entregarlos en manos del poder judicial al que, te garantizo, sabré respetar escrupulosamente, —respondió “Cap” con tono decidido. —Un individuo que traiciona la confianza del pueblo no merece consideración alguna. Debe ir directo a la cárcel, a disposición del Juez, —concluyó.

—¡En efecto, el ejemplo que se brinde es fundamental!—, dijo Gabriel, a lo que Beatriz respondió:

—¡Cuántas veces hemos conversado con Alejandro que si la gente ve que los políticos pactan con el diablo y utilizan sus cargos públicos para enriquecerse, por qué policías o civiles no van a pactar con los narcos, por ejemplo, para también enriquecerse! El ejemplo es vital.

—Sin ninguna duda, —confirmó “Cap”. —No sé si tú has escuchado una frase que se le atribuye al famoso Al Capone, aunque tengo mis dudas sobre su origen; bueno, Oswaldo Rojas, mi jefe de campaña, señala que Al Capone decía: “No entiendo cómo las personas eligen el camino del crimen cuando hay tantas maneras legales de ser deshonesto”. Bueno, si de algo estoy decidido, sin posibilidad de dar un paso atrás, es que en cuanto llegue al Gobierno, combatiré por todos los medios a mi alcance esas “maneras legales de ser deshonesto”. Eso de que todo lo ilegal se puede convertir en legal no puede ser tolerado. Hay que decir, con todas las fuerzas, “¡Basta! ¡Hasta aquí llegamos!” No me daré ni tregua ni descanso en esta lucha, que es fundamental para levantar una sociedad basada en principios, —dijo con los ojos encendidos por un fuego que, Gabriel entendió, era auténtico.

—El problema es que, como sociedad, nos estamos acostumbrando a tolerar la corrupción, —dijo Gabriel.

—¡Porque hemos puesto al dinero como objetivo principal de la vida! Por eso hemos ido

perdiendo valores y ahora, la corrupción, como que corre en el líquido amniótico en el que flota nuestra cultura. Si a esto le añades la inoperancia judicial, tienes un panorama propicio para que la corrupción sea contumaz. Y si la corrupción es contumaz, la sociedad llega a una especie de fatalismo, a aceptar como inevitable la presencia de corruptos. De allí la necesidad de lograr implantar una ética social, y para ello hay que trabajar en muchos frentes.

—Una ética social, como la que existe, por ejemplo en los países nórdicos.

—Exacto. Mira, por decir algo, en los países nórdicos hay un pecado social que es imperdonable y es el eludir el pago de impuestos. ¿Sabes por qué? Simplemente, porque si tú no pagas tus impuestos estás afectando a la ejecución de los programas sociales de los que yo disfruto o a las obras de infraestructura que yo utilizo. Es decir, tu negación a pagar impuestos me afecta a mí y, por lo tanto, yo, como ciudadano, no te lo puedo aceptar. Ese tipo de ética social es la que necesitamos implantar en el país y sobre eso trabajaré.

La entrevista continuó con un Gabriel preguntando sobre diversos tópicos y “Cap” contestando con gran solvencia, hasta que del reloj de pared salieron ocho campanadas que le recordaron a Gabriel su compromiso, con la oficina de la campaña, de que la entrevista no podía pasar de las ocho de la mañana, hora en que el candidato debía salir a cumplir con otras obligaciones.

Luego de una afectuosa despedida, como si de viejos amigos se tratara, Gabriel salió de la residencia de los Capdevila y se dirigió a su automóvil para trasladarse a su apartamento, en donde escribiría la nota que publicaría al día siguiente el diario El Tiempo de la capital.

Gabriel salió de la casa del candidato más que satisfecho. La entrevista, a más de cordial y con una pareja inteligente y sencilla, le había permitido hacerse de una idea clara —la que él había aspirado en su fuero íntimo, lo reconoció— respecto de la figura de Alejandro Capdevila, de su pensamiento íntimo y de su integridad personal. “Cap” era el candidato que el país necesitaba y él estaba dispuesto a ayudarle, dentro del límite de sus posibilidades.

## 9

### *Libertad*

Apenas había abierto la puerta de su apartamento, al regresar de dictar clases, cuando el teléfono fijo situado en el hall de entrada empezó a sonar. Gabriel dejó en el suelo su portafolio y el paraguas, y levantó el auricular. La voz que escuchó del otro lado de la línea era la más dulce de todas las que podía escuchar, excepción hecha de la de su madre. “Diablos, no debería pensar así, pero no puedo evitarlo”. Era María Esther que le llamaba para contarle que hace pocos instantes le habían entregado su boleta de excarcelación y, de acuerdo con lo que le había dicho la Jefa de Guardianes, en un par de horas podría salir, una vez que haya sido cumplimentado el inevitable papeleo.

Gabriel, sin pensarlo dos veces, le dijo que él en persona iría a buscarla. Y rápidamente cortó. Luego, ya en su automóvil, se puso a pensar adonde la llevaría; no encontró respuesta. Él gustoso le alojaría en su apartamento, aunque luego tendría que explicar a sus padres algo para lo que aún no estaba listo: reconocer que, pese a todo lo que pasó, seguía enamorado de esa mujer. ¡Vaya riña que armaría mamá! Pero, María Esther tampoco lo aceptaría. Ella tenía su dignidad. Y, además, el romance entre los dos no fue tal; ¡vaya si lo sabía él! Para que haya un romance se necesitan dos, como en el tango. “Bueno, tendrá que ser un hotel, al menos por pocos días, hasta que María Esther consiga una vivienda fija”. Pensó que él la ayudaría a encontrarla. Ojalá fuera cerca de su apartamento. Así tendrían el pretexto y podrían verse con mucha frecuencia; o, al menos, él lo intentaría.

En todas estas disquisiciones se encontraba Gabriel cuando, antes de que se diera cuenta, estaba estacionando su automóvil cerca del recinto penitenciario. Casi corriendo, se dirigió a la puerta de acceso cuando la vio, sentada al lado de una pequeña maleta que seguramente contenía todas sus pertenencias. Al verse, los dos se fundieron en un estrecho abrazo, al tiempo que María Esther se desató en un llanto convulsivo mientras balbuceaba:

—Perdóname, Gato. Perdóname.

Gabriel, mientras con un dedo secaba su mejilla, le susurraba quedamente:

—Tú sabes que te perdoné hace tiempo. Sigues siendo para mí una persona muy especial.

¡Claro que hubiera querido decirle que seguía amándola! ¡Que su peor tormento fue el pensar que estaba muerta y que, aun conociendo de su traición, el saberla viva fue la más dulce noticia de la que tiene memoria! Pero no lo hizo. Sabía que no debía hacerlo y se contuvo. Tal vez, ... algún día...

—Bueno, muñeca, —le dijo en tono distendido; —tenemos que tomar decisiones prácticas; como, ¿en dónde vas a vivir? Si tú quieres, mi apartamento es amplio, tiene tres dormitorios, uno de ellos sería temporalmente tuyo.

—Eres la persona más buena y dulce que yo haya conocido. Te agradezco con toda el alma, Gato, pero no puedo aceptar tu generosa propuesta. Más bien, llévame a un hotel, que no sea muy caro, ya que si bien tengo mi dinero, no sé cuándo podré trabajar y no quiero despilfarrarlo.

—O.K., preciosa. Te llevaré a un hotel del Centro que conozco. Es bueno y no es caro. Y mañana mismo empezaremos a buscar apartamento. ¿Te parece?

—Claro que sí. Mira... Quiero darme una o dos semanas de descanso, sin ninguna obligación que cumplir. Quiero respirar mi libertad y hacer conciencia de que puedo rehacer mi vida. Quiero creer que María Esther, que había muerto, ha vuelto a la vida. ¡No sé si me comprendes!

— Claro que lo hago. Entonces, si tú quieres, posponemos la búsqueda de apartamento. Total, tenemos tiempo. Y cuando creas estar lista, hablaremos de trabajo, que algo ya tengo pensado, —dijo Gabriel en tono tranquilo, sin dar importancia a sus palabras.

Esta última expresión de Gabriel iluminó la cara de María Esther.

—Trabajo, —dijo ella con voz queda pero con una luz especial en sus ojos. —Dime, mi ángel de la guarda, ¿qué tienes pensado?, que ese tema no me ha dejado dormir desde que supe que mi liberación se aproximaba.

—Tu eres una mujer de notable inteligencia, analítica y sensata; aunque lo que hiciste apunte a lo contrario... Pero te sigo teniendo fe. Voy a meterme de lleno en las elecciones presidenciales. Ya sabes que mi corazón y mi razón se han inclinado a favor de Alejandro Capdevila. Pero no quiero sufrir otra decepción y quiero ser su abogado del diablo. Quiero investigar, como una cruzada personal, cada uno de sus actos, y los de su entorno, a fin de evitar que, y me resisto a creerlo, sea una nueva desilusión para el pueblo. La Dirección de El Tiempo aceptó mi idea y tengo libertad para contratar una o dos personas para que me ayuden en esta tarea. Una de ellas puedes ser tú, si te interesa. El sueldo no será mayor, pero tampoco una miseria. Piénsalo, y cuando creas que estás lista, me avisas y firmamos el contrato.

—¿No te haría daño el contratar a una ex presidiaria?, —dijo en tono muy serio María Esther. —Lo último que yo quisiera es hacerte daño, después del que te hice, —sus ojos se humedecieron al pronunciar esas palabras.

—Vamos, muchacha. “Lo pasado, pisado”, como dijo “no-sé-quién”. Además, el Gerente y mi primo, que hoy es Subdirector, saben que había pensado en ti. De tal forma que ese tema no debe preocuparte para nada.

—Tú sabes que nada me gustaría más que trabajar contigo. Te admiro, Gato, por tu sinceridad y por tu altura de miras. Algo que, ojalá, puedas contagiarme. Si crees que no te puedo causar daño, entonces, cuéntame en tu equipo.

—Pero eso no significa, señorita, que no vas a disfrutar de tus semanas de descanso, en el número que tú quieras. Sal; camina la ciudad; disfruta del sol y la lluvia. Repón tu fuerza espiritual. Y cuando creas estar lista, simplemente empezamos.

Su respuesta fue muy simple y espontánea: acercándose a Gabriel, le tomó la cara y le dio un suave y dulce beso en la boca.

# 10

## *Alter ego*

La casa de Raymundo Granizo, situada en uno de los Valles que rodean a la capital, era muy amplia y moderna y denotaba exceso de dinero de parte de su propietario, aunque no abundancia de buen gusto.

Raymundo era hijo único de Raymundo Granizo Toledo, un importante emprendedor de Ambato que, con el apoyo de su mujer, Cristina, ambos fallecidos, logró levantar un imperio hotelero en el país. Sumamente mimado por su padres, la irresponsabilidad se convirtió en su marca de fábrica. Al heredar una gran fortuna, tuvo la inteligencia suficiente como para contratar a un ejecutivo que logró no sólo mantenerla sino acrecentarla, mientras él se dedicaba a las mujeres y a la farra.

Raymundo no pudo encontrar un *alter ego* mejor que su compañero de colegio y amigo de toda la vida: Bernardo Capdevilla, quien, al no disponer de los montos que manejaba su amigo, los aprovechaba.

Bernardo era más audaz y más atrevido que su amigo. Su personalidad era también más fuerte, razón por la cual se podría decir sin temor a equivocarse, que Bernardo era el líder de esta pareja de “buenos para nada”, o ¿para mucho?

La partida de billar se había prolongado más allá de dos horas, habían consumido varios vasos de ron con Coca-Cola y no habían comido nada. Eran ya las diez de la noche y a Bernardo Capdevilla le pareció oportuno sugerir al dueño de casa que el ingerir algún tipo de alimento –de calidad, se supone- sería muy apropiado y algo que sus estómagos agradecerían.

—Creo, mi querido Raymundo, que deberíamos pedir algo de comer, aunque sea una pizza. Te debo confesar que me desmayo del hambre.

—De acuerdo. Yo también tengo hambre. Pero, ojo, de aquí no nos movemos hasta que consiga fulminarte. Voy a pedir que ordenen pizza al Montecarlo que, hoy por hoy, tiene la mejor de todo Quito. Y haré que abran un excelente vino tinto francés que tengo en la cava.

—Tenemos también que hablar en serio de lo que hemos hecho, viejo. Estoy sumamente intranquilo.

—Despreocúpate, mi hermano. Despreocúpate. ¿Para qué quieres que alcancemos el poder, aprovechando el éxito de mi hermano, sino es para sacar beneficios? ¡Y para gozarlos! Raymundo. Si no sabes gozar del poder, entonces estás jodido, “my brother”.

—Pero es que lo que hicimos es algo muy serio. ¡Ofrecer altos cargos en el eventual próximo gobierno de tu hermano! ¡Y, además, pedir plata por ello! ¿Qué tal si nos descubren? Nos cortan la cabeza, hermano.

—¿Quién? ¿Alejandro? Yo soy su hermano de sangre, mi viejo, y su obligación es protegerme. Y si él se pone duro, para algo está mi madre. Y, no te olvides de algo obvio, ¡si me protege a mí, te protege a ti! “So, don’t worry, brother”.

—Espero que así sea, Bernardo. De lo contrario, la situación se puede poner muy fea. Bueno, mientras llega la pizza, ¿qué tal otra partida?

—Con el perdón del dueño de casa, esta vez de nuevo te voy a hacer pedazos. Oye,

retomando lo anterior, lo mejor es que le presentemos a mi hermano una solución a los problemas que tiene para financiar la campaña. Con eso, quedamos ante él como príncipes.

—¿Cómo?

—Sacrificando parte de nuestras ganancias en estas gestiones y contribuyendo a la campaña.

—O sea, ¿le vas a decir que hay gente dispuesta a darnos dinero si les aseguramos puestos claves en la Administración, Aduanas, por ejemplo?

—Bueno, así de directo, no. Obviamente.

—Entonces, hermano, ¿cómo?

—Mira, hay que pensarlo bien. Ya sabes que yo no soy la niña de los ojos de Alejandro. Hay que presentarle el caso de una manera edulcorada, ¿entiendes? De una forma tal que mi hermano no pueda sentir otra cosa que un profundo agradecimiento; que sepa que Bernardo Capdevilla es alguien importante en su campaña y que deberá serlo en su próximo gobierno.

—Veamos si eso es posible. Tú empiezas.

# 11

## *Jefe de campaña*

La oficina de campaña de Oswaldo Rojas era un cubículo poco amplio que contenía apenas un escritorio con su silla, una pequeña mesa redonda para sesiones con seis sillas y tres afiches de la campaña presidencial de Alejandro Capdevila que adornaban sus paredes. Ningún computador o documento sobre la mesa de escritorio. Ningún adorno, ni siquiera un florero. Nada que ver con el suntuoso despacho de su bufete de abogado situado en el último piso de un elegante edificio del norte de la ciudad. La modestia de esta oficina lanzaba, de manera sutil, un mensaje al visitante: “aquí se trabaja de manera austera y ese será nuestro estilo de gobierno”.

El doctor Oswaldo Rojas era un prominente abogado capitalino, especialista en Derecho Societario y representante de numerosas firmas transnacionales, varias de ellas petroleras. Tenía fama de ser un abogado de muchas luces, dueño de grandes recursos profesionales que exhibía con elegancia en las cortes, buen orador y de simpatía natural. Su sonrisa, bajo un espeso bigote, aparecía con frecuencia en las revistas de sociedad. Y ahora en televisión, dada su condición de Jefe de Campaña de Alejandro Capdevila. Se decía que “Cap” confiaba en él plenamente y que no daba paso alguno sin consultarle.

De físico algo cuadrado, ya que su metro setenta de estatura no era suficiente como para lucir de manera apropiada sus ochenta y cinco kilos de peso, manejaba una cierta agilidad que la exhibía plenamente cuando a sus sesenta y tres años bailaba como si fuera un muchachito en la discotecas de moda de Quito, con niñas que, por su edad, bien podrían ser sus hijas. Buen tomador de whisky, jamás se lo vio borracho o que actuare de manera imprudente a causa del alcohol.

La entrevista que concedió al teniente Oswaldo Tena fue, de acuerdo con sus palabras, una cortesía para con la Policía, dado que su tiempo era tan escaso y debía dividirlo entre la campaña y su bufete, ¡porque también había que ganarse el pan!

Por ello, sentados frente a la mesita de reuniones y saboreando una taza de café, Oswaldo Tena trató de ser lo más conciso posible, escogiendo cuidadosamente sus preguntas.

—Doctor, como debe suponer, estamos investigando la muerte de Emir Barro, el Subgerente de Inversiones del Banco Americano. Dado que usted lo conocía y en vista de que, de acuerdo con la agenda de Barro, tenía prevista una reunión con usted, me preguntaba si tal vez nos pudiera brindar alguna información; algo que le hubiera parecido extraño o fuera de lo normal en el comportamiento de Barro. No importa si, tal vez, le haya parecido insignificante, sin mayor importancia; a veces, las cosas que creemos insignificantes cobran valor cuando se conoce su verdadero contexto. En fin, usted me comprende..., —musitó Tena, dejando escapar una especie de suspiro, y no era para menos. Pese a la presión que le ponían sus jefes para que avanzara en la investigación y aprehendiera al o a los culpables, no lograba avanzar un solo paso.

—Mi estimado teniente, sinceramente no sé qué decirle. Si bien es cierto que Barro manejaba la cuenta de la campaña e inclusive, la mía personal - estoy casi seguro que también lo hacía con la de Alejandro Capdevila-, es muy poco lo que conocía de él. Barro era un tipo muy simpático, y

también un excelente profesional. Eso explica el que, pese a su juventud, ocupaba una función muy alta en un banco tan prestigioso como el Americano. Y sí, teníamos fijada una cita para el viernes, día de su sensible muerte, pero no llegamos a reunirnos porque a mí me surgió una complicación en la agenda y, al parecer, lo propio sucedió con la de él. Así fue que la reprogramamos, a ver, déjeme ver -extrajo de su bolsillo su teléfono celular y luego de examinar en él su agenda, continuó. —Sí, para el viernes subsiguiente, a la misma hora: a las dieciséis horas treinta, en mi bufete. Como ve, mucho me temo que no voy a ser de gran ayuda.

—Como policía, como detective, odio tener que confesar que no logro avanzar en la investigación. Creemos saber quién lo mató: un sicario colombiano apodado “Mortiño”, de gran profesionalismo pero que, después de cumplir con su encargo, murió atropellado por un conductor desconocido. Es decir, fue silenciado de manera conveniente y para siempre. Pero un sicario, mi doctor, es como el arma que se utiliza para el crimen. El verdadero asesino es quien lo contrató, quien pagó para que matara a un tercero. Es a esa persona a quien tengo que descubrir y no logro avanzar en mi tarea.

—Nada me gustaría más que poder ayudarle, teniente. El tema seguridad es algo que debemos enfocarlo en la campaña y a lo que dedicaremos nuestro esfuerzo cuando seamos gobierno. ¡Que lo seremos, no lo dude!, —afirmó con una sonrisa, que provocó a su vez otra en el rostro de Tena. —Pero no creo tener ningún dato que le pueda ser de interés. Créame—, añadió.

—Le creo, mi doctor, le creo. Sobre la cena que tenían ustedes agendada para el viernes subsiguiente al de la muerte de Barro, ¿era para tratar algo en especial que pueda ser de nuestro interés?

—¿Cena? ¿Para el viernes siguiente? Lo siento, teniente, pero ese dato que usted tiene es totalmente erróneo. Íbamos a reunirnos aquí, en mi despacho, para analizar unas inversiones que Barro me iba a proponer. Nunca me había citado con Barro ni para almorzar ni para cenar.

—Discúlpeme. Debe tratarse de un error de mi asistente. Siento haberle robado su tiempo pero era mi obligación el hacerlo. Le agradezco de todas maneras su atención.

Dichas estas palabras, el teniente Oswaldo Tena se levantó y extendió la mano a Rojas quien, a su vez, se la estrechó, levantándose también de su asiento.

—Si en algo le puedo ser útil, Teniente, no dude en dármelo a conocer. Le deseo suerte en su investigación.

Lo acompañó hasta la puerta y, cuando Tena se retiraba, Rojas le dijo a su secretaria:

—A ver Herminia, si ahora podemos terminar ese famoso documento.

—Sí, doctor. Si me da un minuto, ahora mismo paso para que termine de dictármelo.

Abrió Rojas el cajón izquierdo de su mesa de escritorio y extrajo del mismo una botella de Chivas Regal y un vaso. Se sirvió una muy generosa porción y, mientras miraba por la ventana cómo el teniente subía a un automóvil gris que lo estaba esperando y partía, con un suspiro se puso, de un solo trago, el licor entre pecho y espalda.

# 12

## *Estratega*

Rodrigo Avilés, un solterón empedernido, era el típico ejecutivo que busca definir hasta el último elemento de su programa de trabajo, a fin de no tener sorpresas en el camino. Pese a sus sesenta años bien cumplidos y a diferencia de otros amigos de su edad, gustaba de utilizar herramientas informáticas que le ayudaran a mantener el control sobre su trabajo y, obviamente, sobre el de sus colaboradores. Cerebral y frío, difícilmente dejaba traslucir su pensamiento, ni siquiera a sus más íntimos. Empresario importador de gran éxito, dueño de una constructora y de una compañía dedicada a la publicidad, era, además, un estudioso serio de la sociología, de la política –nacional e internacional-, de la psicología social y de la publicidad y nunca leía nada que no se refiera a esos temas. La literatura era, para él, una pérdida de tiempo y consideraba especialmente aberrante perder ese tiempo valioso con la poesía. En cambio, la psicología le fascinaba y la sola idea de diseñar mecanismos que permitan manipular el comportamiento social le hacía subir el nivel de adrenalina en su cuerpo.

Por ello, cuando su amigo Oswaldo Rojas le consultó sobre proponer su nombre a Alejandro Capdevila como Estratega de su campaña presidencial, Rodrigo aceptó entusiasmado. Su título oficial sería el de Jefe de Información de la Campaña. “Cap”, por su parte, luego de varias reuniones de trabajo con los dos amigos y de diseñar un plan de acción que, dicho sea de paso y aunque todavía la campaña electoral oficialmente no empezaba, hasta el momento ya estaba dando excelentes resultados, le confirmó gustoso para dicho cargo. A la fecha, nada en este proceso se decidía sin el visto bueno de Oswaldo y Rodrigo.

Lo primero que hizo Rodrigo fue tratar de conocer bien al candidato; tarea nada difícil, ya que la transparencia de “Cap” le facilitó la labor. El candidato era un hombre bien intencionado, que actuaba movido por un ideal y que creía sinceramente poder transformar al país y hacerlo más justo e incluyente, mediante un modelo de desarrollo que ofreciera oportunidades para todos. No guardaba cadáveres en el armario, lo que era de suprema importancia. Era un orador que contactaba de manera fácil con las masas, que se mezclaba con ellas y que despertaba confianza en las mismas. Era, y esto era trascendente subrayarlo, lo contrario del clásico demagogo y su sinceridad rendía frutos. Con frecuencia, en sus discursos en los diferentes pueblos que recorría, repetía: “No esperen que les diga lo que tal vez quisieran escuchar. Les diré única y exclusivamente lo que sé que voy a poder cumplir” y esto, a la gente que estaba harta de escuchar tantas promesas incumplidas y de ser reiteradamente engañada, le gustaba; sentía que la tomaban en serio, que por fin había alguien que no creía que el pueblo es un niño tonto y manipulable o que el votante es pendejo. “Al fin y al cabo”, pensaba, “un candidato no es más que un producto, como la Coca-Cola, que debe ser vendido a las masas y la calidad del producto hace que el proceso de venta –léase, la campaña electoral- sea más o menos complicado”. Con “Cap”, esa venta se hacía fácil.

Rodrigo se distinguía por dos cosas: primero, por su estatura, ya que medía casi dos metros y

era bastante delgado, lo que unido a su abundante y leonada cabellera de un color negro azabache -no escatimaba centavos cuando de tintes para el cabello se trataba-, tornaba su físico en inconfundible; y segundo, aunque esto lo conocían muy pocos de sus más íntimos, por su falta de escrúpulos podía tomar decisiones duras, aunque éstas afectaran a terceros inocentes. “Daño colateral, es lo que se llama”, pensaba. No cabía duda de que con Oswaldo formaban una pareja de operadores políticos a ser tomados en cuenta.

Sin embargo, habían dos cosas que los diferenciaban: la gula y la lujuria. Oswaldo perdía la vida por la buena mesa y por el buen vino y, en ocasiones, podía ser imprudente cuando una mujer joven y hermosa se cruzaba por su camino. Rodrigo, en cambio, canjeaba gustoso los placeres de la mesa y de la cama a cambio de la satisfacción que le otorgaba el dinero. No era aficionado al alcohol. El origen de esa abstinencia nadie lo conocía, excepto él mismo: cuando tenía trece años fue testigo de cómo su padre, alcohólico consumado, casi mata a golpes a su madre luego de haber llegado a su hogar en un estado etílico total. Ese día se juró a sí mismo que nunca probaría licor. Y ese juramento había sido observado “casi” rigurosamente. En realidad, un vaso de vodka, a lo sumo dos, en circunstancias excepcionales que casi podían contarse con los dedos de la mano, habían sido la salvedad a esa regla auto impuesta, a lo largo de toda su vida. Su verdadero apetito no era la riqueza material, como fin en sí mismo, sino el poder que el dinero puede proporcionar. Saberse respetado y obedecido por otros; controlar la vida de otros; tomar decisiones trascendentales que otros aplaudan. Esa era su meta y hacia allí caminaba de mano de la política y aupando a un candidato noble, pero confiado e ingenuo, que de triunfar, le permitiría satisfacer su sed de poder y dinero. En otras palabras, formar parte de esa exclusiva élite que controla, a la vez, el poder político y el poder económico.

# 13

## *Dignidad recobrada*

Luego de dos semanas de dormir interminablemente y de salir, por varias horas al día, a deambular por las calles de la ciudad, -de una ciudad que, gracias a Dios, era lo suficientemente grande como para que nadie la reconociera-, María Esther consideró que ya era hora de afrontar su futuro; de ganarse su pan; de ser productiva; de dejar, en fin, atrás, lo estúpido de su pasado. Con Gabriel había conversado por teléfono un día sí y otro no, aunque no se habían reunido. Él le había prometido no visitarla, en vista de que consideraba que era necesario que ella respirara sola y llegara a conclusiones independientes respecto de su propio futuro. Ella, y nadie más que ella, debía decidir qué quería hacer de su vida. Y una vez que esa decisión esté tomada, le había dicho, él le acompañaría y le apoyaría hasta el final. Ella sí sabía, sin necesidad de que transcurran esas semanas, que su vida era el Gato, que su amor para él era firme y duradero, que haría todo lo indecible para estar a su lado. Pero, al propio tiempo, conocía que la historia no se cambia, que ella actuó canallescamemente con él, que esperar que él la volviera a amar era, a más de ingenuo, estúpido. Pero el Gato le había ofrecido trabajo a su lado y eso era lo mejor de dos mundos: por un lado, trabajaría, tendría su fuente de ingresos que Gabriel le había dicho que, si bien no sería la gran cosa, tampoco sería una bicoca; y, por otro, “por razones profesionales”, estaría al lado de su amor.

Se entretuvo mirando por largo rato a través de la ventana el ir y venir de la ciudad; lujo que no pudo darse mientras estuvo en la cárcel. El cielo estaba radiante, límpido, sin una sola nube, azul como ningún otro cielo en el mundo. El contemplar ese cielo le recordó que estaba libre y la decidió. Sin dudarle dos veces, marcó el número del teléfono celular de Gabriel Tomás:

—Gato, es María Esther. ¿Cómo estás?

—Ahora muy bien, escuchando tu voz. ¿Y tú, como has pasado este período de descanso?

—Bien, creo que me ha sido muy útil, pero no puedo esconderte que ha sido también un tanto aburrido. Gabriel, te llamo porque quería preguntarte si ese ofrecimiento que me hiciste de trabajar contigo, está todavía en pie.

—Por supuesto que sí, princesa. Pero, ¿estás segura de que no necesitas más tiempo libre? ¿Viajar, tal vez?

—Me gustaría irme por un par de días a la playa, simplemente para contemplar el mar, ya que no creo que exista en la naturaleza algo que refleje, de mejor manera, la libertad: el movimiento de las olas, el ruido que hacen al romperse, el viento, el vuelo de las gaviotas... En fin... Hum, ¡creo que me puse un poco poética! Sí, un par de días, que puede ser este fin de semana, y luego, totalmente a tus órdenes.

—¿Te gustaría que te acompañe?

—Sería hermoso. Pero no, Gatito, necesito hacerlo sola. No sé si me comprendes.

—Claro que sí, princesa. De acuerdo. ¿Qué te parece si el próximo martes paso por tu apartamento y te llevo a las oficinas del periódico? Le pediré a Carlos Maldonado que esté allí a

las once. Como te había comentado, él es mi alumno y es un muchacho brillante. Trabaja por las tardes, como pasante, en la campaña de “Cap” y en las mañanas lo va a hacer conmigo. Creo que se van a llevar bien.

—Perfecto, Gabriel. Eres el mejor de los amigos. Te mando un beso.

—Y yo, otro.

María Esther colgó el teléfono con un sabor agridulce en su boca. ¡Qué no habría dado por ir a la playa con Gabriel! Pero, no, debía ser realista y no auto complacerse con una posibilidad inexistente. Entre ella y el Gato ¡nunca podría haber algo más que una simple amistad! Y el mero hecho de que esa amistad subsista debería hacerla sentirse agradecida. “Vamos, María Esther, sé un poco más realista”, se dijo.

El martes sería una persona con empleo; con dignidad recobrada y lista para tratar de reconquistar todo lo que había perdido. Bueno, todo no, el amor del Gato, obviamente, no lo iba a recuperar nunca. De eso, estaba segura.

# 14

## *Sincerándose con el amigo*

En la oficina del Mayor Ramiro Recabarren, sentados en la sala de sesiones y acompañados por humeantes tazas de café, estaban Ramiro; su mano derecha, el Teniente José Rafael Estévez; el Teniente Oswaldo Tena; y Gabriel Tomás Sánchez, su amigo y compañero del alma, quien casualmente había llegado a visitarle y, de paso, ver como estaba su agenda y si ésta les permitía salir a almorzar juntos.

Cuando Gabriel llegó, los tres estaban reunidos comentando los casos de las muertes de Barro y de alias “Mortiño”, en los que no lograban avanzar ni un ápice. Al ser Gabriel una persona de total confianza y quien, en otras ocasiones, les había soltado algunas ideas que les fueron muy útiles para sus investigaciones, fue totalmente lógico que le invitaran a dar sus comentarios sobre las mismas.

Previamente, Tena había hecho una breve relación de los hechos, así como de todos los pasos que él, personalmente, y su gente habían dado con miras a resolver esos misterios. La muerte de Barro, aparentemente, era menos misteriosa que la de alias “Mortiño”, ya que había indicios de que este último había sido el autor material del crimen: su presencia en el apartamento de Barro aquella noche, confirmada por el portero del edificio, así como el hecho de tratarse de un conocido sicario, no podían llevar más que a la conclusión de que “Mortiño” había asesinado a Emir. Pero seguían siendo eso, sólo indicios, sólo suposiciones, y no había una sola prueba que confirme con certeza dicha conclusión. Bueno, todos suponían que así habían sucedido los hechos. Pero no tenían idea de lo más importante, del por qué.

Por otra parte, como gustaba a Gabriel repetir cuando se refería a los sicarios, éstos no son más que el arma ejecutora. Había que llegar a la mano que utilizó dicha arma, es decir, al autor intelectual del crimen, a la persona que contrató al sicario. Y ahí, de nuevo, los investigadores policiales estaban tan perdidos como un esquimal en el Sahara y él, deplorablemente, no les pudo iluminar el camino.

Luego de casi una hora de lo que parecía ser una perfecta conversación de diletantes, y como eran ya casi las dos de la tarde, Gabriel y Ramiro se dirigieron a un pequeño restaurante italiano que quedaba muy cerca, a hacerle los honores a una lasaña, -plato que era la especialidad de la casa- acompañada por un tempranillo, que el dueño, un hombre extremadamente simpático, le cobraba como si fuese el vino de la casa, dada la pasión que Ramiro tenía por los vinos de La Rioja.

Una vez sentados y ordenada la comida, Gabriel se dirigió a su amigo:

—¿Te había contado que María Esther está ya libre?

—No, no me habías dicho nada.

—Qué raro. Estaba seguro de habértelo comentado. ¿Sabes que va a trabajar conmigo? En el estudio que estoy haciendo sobre los candidatos; con énfasis en la candidatura de Capdevila. Esto va a ser para El Tiempo. He conformado un pequeño grupo de tres con un alumno brillante, que

está trabajando como pasante en la campaña de “Cap”, y con María Esther, que tiene una gran capacidad de análisis.

—Discúlpame, pero esto último me causa gracia. ¿María Esther tiene una gran capacidad de análisis? No lo demostró al meterse en lo que se metió.

—El amor, a veces, no te permite pensar adecuadamente. Creo que eso le sucedió a ella.

—¿Y eso no te está pasando a ti? Perdóname si no es así, pero yo creo que tú sigues enamorado de ella. Si no me equivoco, si eso es verdad, lo único que te puedo decir es: ¡ten cuidado!

—No te preocupes. Aunque sí, a ti no te puedo ocultar que todavía tengo un fuerte sentimiento hacia ella. Francamente, no sé si podría haber la posibilidad de un nuevo inicio, de olvidar todo y empezar de cero. Porque siempre existirían prejuicios, temores, dudas y el mismo entorno social no lo favorecería. No, no creo que haya futuro para ese sentimiento.

—Y a ti, ¿desde cuándo te importa lo que diga o piense el “entorno social”? Eso no pasaba con el Gabriel Tomás que conozco desde hace años, —dijo Ramiro con una sonrisa burlona en sus labios.

—Los años pasan, compadre, y uno se vuelve más permeable a ese tipo de presiones; y más cobarde, también. Otra experiencia, como la que tuve con María Esther, no la soportaría.

—Tú sabes, mejor que nadie, cuánto estimaba a María Esther, y cuánto llegué a detestarla, luego de su traición. Jamás llegué a contarte, pero decidí, desde que María Esther ingresó al centro de rehabilitación social, seguir sus pasos al milímetro. Las guardias y el propio director me hacían llegar, casi a diario, informes sobre sus actos y comportamiento. Y, a través de esos informes, me pude dar cuenta de su transformación, de su inteligencia y, en general, de su valía. Sí, no te niego, es una mujer valiosa que felizmente no se desperdició en la cárcel; pero lo que los informes no me aportaron era elementos que me permitan colegir si sentimentalmente se había convertido ya en una mujer madura, porque lo que hizo al entregarse en forma ciega a una pasión, despreciar a la sociedad y sentirse muy por encima de ella fue, en el fondo, un acto de enorme inmadurez. No sé si tú tengas esa información.

—Mira, como tú sabes, la visité una vez al mes, sin faltar nunca. Su cambio es innegable. Es ahora una mujer que lucha por ser valiosa y que aprovecha cualquier circunstancia para ello. Mira tú si otra mujer de su estatus social, en vez de desesperarse, hubiera podido aprovechar de su condición de reclusa para, (y, sacando fuerzas de flaqueza) dedicarse a ayudar a otras mujeres por las que nadie daba un centavo y así devolverles su dignidad. Esa es María Esther.

—No sé pero insisto. Tú sigues enamorado de ella. Y... -al ver que Gabriel alzaba la mano intentando responder, —continuó. —No te lo recrimino. Mira, Gato, el amor es un sentimiento que nace; que surge; que está; que con mucha frecuencia no lo podemos controlar. Y María Esther es una mujer formidable y sigue siendo bella. Si te digo que tengas cuidado es porque no quiero que sufras otro golpe. Van a tener que hablar mucho y muy en serio ustedes dos.

Con una leve sonrisa en su rostro, que reflejaba al mismo tiempo gratitud hacia su amigo y la enorme preocupación que esta situación le provocaba, Gabriel Tomás levantó su vaso de vino y mirándolo fijamente dijo:

—Sí, deberíamos hablar. Lo que no sé es si tendré el coraje suficiente como para hacerlo y marcar los límites de la cancha. Yo sé que María Esther me tiene una enorme gratitud porque, pese a que yo simplemente debería detestarla, la he ayudado todo el tiempo. Y temo que tal vez, por esa

gratitud, ella se sienta obligada a pensar que “debe quererme”. No sé si me explico.

—Sí, sé lo que me quieres decir. Pero yo no lo creo. No de María Esther. Habla con ella; fija, como tú dices, “los límites de la cancha”.

—Sí, lo haré. Cuando la oportunidad sea propicia. Gracias, hermano, por tu consejo. Y ahora, ¿qué te parece si hablamos de fútbol? ¿Cómo pinta, según tú, el clásico del domingo?

# 15

## *Gobierno de manos limpias*

—Amor, con Rodrigo hemos estado revisando tus últimas siete entrevistas de prensa y me parece (no sé qué pienses tú) que estás haciendo un énfasis muy notorio en el tema de la lucha contra la corrupción y no tanto sobre dos asuntos que interesan principalmente a la gente: el desempleo y el de la inseguridad ciudadana.

Alejandro Capdevila estaba, como todos los lunes por la tarde, reunido en su oficina privada, su “cuarto de guerra”, según él, con su mujer, su jefe de campaña, Oswaldo Rojas y, obviamente, Rodrigo Avilés, estratega de la campaña. A “Cap” le gustaba siempre iniciar los lunes con una reunión privada –privadísima– con las tres personas en las que tenía depositada una confianza total, reunión que se podía repetir, de ser necesaria, varias veces a lo largo de la semana.

Rodrigo, luego de escuchar las palabras de Beatriz, dijo con tono fuerte:

—Efectivamente, Alejandro, tenemos que ir evolucionando en el discurso. La gente resiente el alto índice de desempleo, la economía es un desastre y cada vez les es más difícil llenar la canasta familiar. Tenemos que convencerles que sabremos cómo solucionar ese problema. Lo mismo en el tema de la seguridad. El ciudadano debe convencerse de que en tu gobierno podrá salir a las calles sin temor a ser asaltado, a que su casa sea robada o su hija violada. Esos dos temas son vitales, no tanto el de la lucha contra la corrupción. Ten en cuenta que esta última se ha convertido en algo casi natural, como si fuera parte de nuestra cultura.

—Hombre, la gente quiere que acabe la corruptela en el gobierno. ¡Ese también es un clamor popular!—, replicó el candidato con fuerza.

—Sí, pero no el principal—, contestó Rodrigo. —Tenemos que estar claros en algo. Tu gobierno será un gobierno de manos limpias, sí, en el sentido de que tú no tolerarás corrupción, venga de donde venga. “Cero tolerancia a la corrupción”. De acuerdo. Pero eso no significa que podamos afirmar, y es precisamente lo que hemos estado haciendo, que el gobierno de Alejandro Capdevila estará totalmente libre de esa plaga, porque estaríamos mintiendo o haciendo una promesa de imposible cumplimiento.

—Explícate—, le pidió en tono serio el candidato.

—Alejandro, para gobernar el país necesitas, aproximadamente, unas mil personas para puestos importantes, y un número muchísimo mayor para cargos de segundo orden pero, de todas maneras, importantes, personas a las cuales, en su inmensa mayoría, no las conoces. Por ello, tienes que hacer un acto de fe: confiar en que sean honestas. La gran mayoría lo será (esperemos) pero siempre habrá alguien que no. Y en donde estén esas personas deshonestas habrá actos de corrupción. Ningún gobierno en el mundo está libre de esa lacra, porque ningún país en el mundo está gobernado por ángeles.

—Lo que dice Rodrigo es muy cierto, —dijo Oswaldo Rojas. —Hemos tomado todas las precauciones del mundo y empleado todos los filtros posibles antes de aceptar a la gente que nos ayuda en la campaña y, en previsión a nuestro triunfo hemos elaborado cuadros para todas las funciones de gobierno. Pero como dice Rodrigo, al final del día son miles de personas, si incluimos mandos medios. ¿Cómo podemos garantizar la integridad de todos?

—Sí, mi amor. Yo creo que el mensaje está enviado. Ahora, lo que hay que explicarle a la gente es cómo vamos a hacer para reducir el desempleo; para brindar acceso a la vivienda a ese cuarenta por ciento de la población que aún no la tiene; para aumentar el espectro de jóvenes con acceso a una educación de calidad; que tipo de atención se va a otorgar al campo para hacerlo más productivo y que la gente no emigre de él; y si se piensa incrementar el gasto estatal en investigación y desarrollo, a fin de que el país no quede rezagado en comparación con nuestros socios. En fin, Alejandro, hay tantos temas que desarrollar y que interesan a la gente que no podemos reducir el discurso a simplemente decir que vamos a ser honrados.

—O.K., fue mi turno de recibir una lección y la doy por aprendida. De acuerdo, empezaré por profundizar estos temas en mis próximas intervenciones. ¡Pero el lema de campaña “Gobierno de manos limpias” no me lo quita nadie! Y respecto a que no se puede garantizar la integridad de todos quienes conformen el futuro gobierno, pues habrá que hacer un esfuerzo. No podemos permitir que alguien después califique a mi gobierno como un festín de buitres. Bueno, muchachos, recuerden que, desde que se inicie, tan sólo tendremos sesenta días de campaña. Por favor, quiero tener una reunión con ustedes mañana, a partir de las doce del día, para ver todo lo referente a itinerarios de los viajes, financiamiento, formación de comisiones y temas sobre los que debo hacer hincapié, dependiendo de la localidad que visite. Quiero tenerlo todo, de ser posible en blanco y negro, a más tardar dentro de quince días. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, —respondió Rodrigo—. Personalmente, no necesito quince días. Para mañana, a las cuatro de la tarde, me comprometo a traer mi plan de trabajo para que lo conozcan todos y tú lo apruebes. Te pido que la reunión sea lo más reducida posible, en cuanto a concurrencia, porque no me gustaría que salgan a la luz pública temas de campaña que, por elemental estrategia, no deben ser conocidos.

—Así será. ¿Necesitamos, para esto, que venga alguien más que los aquí presentes? Obviamente, deben estar Martín Carrión, como Tesorero, y Luis Antonio Peña, como Coordinador de Movilizaciones.

—Me gustaría estar acompañado por Carlos Maldonado, —dijo Oswaldo. —El muchacho ha demostrado, no sólo ser muy inteligente y de gran criterio, sino que me parece que es leal a toda prueba. Sabe guardar la reserva y, además, te tiene no diría admiración, sino casi, casi, devoción. Él puede tomar nota de los compromisos a los que lleguemos y siempre es bueno escuchar, de rato en rato, lo que piensa la gente joven.

—Sabes que siempre confío en tu criterio, Oswaldo. Si Beatriz y Rodrigo no se oponen, trae a Carlos Maldonado contigo.

—Yo no tengo objeción alguna, —dijo Beatriz.

—Si es así, yo tampoco, —dijo Rodrigo.

—Estamos, entonces. Mañana, a las dos, los siete.

—Alejandro, otra cosa. Y es sobre un tema que no me gusta mucho hablar.

—Dime, ¿de qué se trata?

—De tu hermanito Bernardo y su *alter ego* Raymundo Granizo. Ahora resulta que son dos altos directivos de la campaña y andan haciendo ofrecimientos de cargos futuros a diestra y siniestra. Te pido, por favor, que hables con tu hermano a fin de que dejen estas actividades que, al final del día, lo único que nos pueden hacer es daño.

—No lo sabía, —respondió “Cap” con tono muy serio. — ¡Despreocúpate!, que de eso me

encargo yo mismo.

Efectivamente, después que todos salieron, Alejandro marcó al teléfono celular de Bernardo, con quien tuvo un cruce de palabras muy fuerte y luego cerró, con la esperanza, no muy grande, de haber parado en seco las actividades ilegítimas de su hermano.

# 16

## *El comité político*

—Bueno, amigos. Les ruego que sean un poco pacientes y me permitan dar una breve lección de mercadotecnia política.

Como habían acordado la víspera, en la oficina privada de Alejandro Capdevila estaban el mismo candidato, su mujer, Oswaldo Rojas, su Jefe de Campaña; Rodrigo Avilés, su Estratega de campaña -quien estaba en uso de la palabra-; Martín Carrión, Tesorero de la campaña; Luis Antonio Peña, Coordinador de Movilizaciones y el asistente de Oswaldo Rojas, Carlos Maldonado; es decir, el Comité Político en pleno. Carlos se sintió, a la vez, nervioso y fascinado, porque era la primera vez que estaba, nada menos que en reunión privada con el candidato y su gente más íntima; lo que le colocaba a él ... ¿como un miembro del grupo íntimo? En realidad, no sabía cómo responderse. Lo que sí sabía es que ésta era una oportunidad única, que si no la aprovechaba sería un pendejo, un tonto de capirote -el insulto favorito de su abuelo, como contaba su padre- y, diablos, él no lo era. “Claro que soy joven y todavía inexperto”, pensó, “pero si quiero abrirme paso en el mundo de la política y hacer algo por mi país, esta oportunidad no la puedo desperdiciar. Debo tener mis cinco sentidos trabajando a todo vapor y no fallar. Que “Cap” sepa distinguirme como un colaborador leal y eficiente. Y que yo pueda asimilar lo que más pueda del conocimiento y experiencia de esta gente”.

Con todo esto en mente y su iPad en la mano, Carlos se dispuso a tomar nota de lo que estimase importante y de lo que le señalase Oswaldo Rojas, su jefe directo.

Luego de servirse un vaso grande de café y acercar a su lado de la mesa un plato con galletas de chocolate, tomó en sus manos un marcador y se acercó al pizarrón que lo tenía a sus espaldas.

Antes de que pudiera abrir su boca, “Cap”, en rápido movimiento, movió el plato con las galletas y lo colocó a su lado, gesto que provocó carcajadas en la concurrencia.

—Esta es una campaña modesta en recursos, —dijo— por lo que no se permite acaparamiento de comestibles sólidos, o líquidos, —dicho lo cual, empezó a comerse las galletas de dos en dos, ante la hilaridad de todos, excepto, obviamente, de Rodrigo.

—“Cap” —dijo con una amplia sonrisa Beatriz, —si los electores saben que se las tienen que ver con un niño, no ganaremos la Presidencia.

—Perdón, perdón, —dijo con una sonrisa Alejandro. —Es todo tuyo, mi querido Rodrigo, —y le acercó el plato, ahora casi vacío.

—Saúl vendió su primogenitura por un plato de lentejas. Yo te voy a vender a ti por un plato de galletas de chocolate —dijo en tono forzosamente serio, Rodrigo.

—Bueno, —continuó, —si los niños deciden ponerse formales puedo seguir con mi exposición. En primer lugar, tenemos que estar muy claros respecto del mensaje que vamos a entregar y permítanme decirles algo que les puede sonar obvio pero que, aún si lo es, no puede ser descuidado: no hay un mensaje único. Los mensajes deben ser formulados expresamente en función del grupo al que vamos a dirigirnos. Y si están de acuerdo, en eso es en lo que

trabajaremos hoy.

—Perdóname, Rodrigo, —dijo “Cap”—. ¿El lema de campaña que hemos estado utilizando: **Un Gobierno de manos limpias**, no cubre a todos los grupos objetivo?

—No—, respondió el estratega—. ¿Tú crees que a ese quintil que está bordeando o que vive en la miseria, ese lema de las manos limpias le importa? Definitivamente no. Lo que quiere escucharte decir es qué vas a hacer, de llegar a la Presidencia, para mejorar su situación. Entonces, a ellos les tendrás que hablar de creación de empleo, de salud gratuita, de educación para sus hijos, de desayuno escolar; ése tipo de cosas que a otros grupos objetivo no les interesa. Y ellos votan, no nos olvidemos. Por ello, ese discurso hay que prepararlo y hacerlo muy asimilable. Por el contrario, a la clase media y a los empresarios tendrás que hablarles de libertad de empresa, de acuerdos comerciales con determinados países, de baja de impuestos, etc. Y, obviamente, del tema de la lucha contra la corrupción. El tema de la seguridad es importante y ése sí concierne a casi todos los grupos objetivo. Pero su formulación debe ser distinta de acuerdo al auditorio al que hables. Lo más sabio, en consecuencia, es dividir a la población en quintiles y manejarnos distinto para cada uno de ellos, que es precisamente lo que he hecho—, terminó con una sonrisa.

Tal como lo anunció, apareció ante los ojos de los presentes, en formato PowerPoint, un trabajo muy profesional y detallado en el que se hacía un examen exhaustivo de los electores, para luego seguir con un análisis de las fortalezas y debilidades del candidato Alejandro Capdevila, así como de todos y cada uno de los candidatos opositores, eventuales o seguros. Sobre los adversarios, Rodrigo hizo hincapié, sobre todo, en el ya seguro candidato radical Arístides Zambrano, orador agresivo y carismático, al que no obstante que le apoyaban las cámaras de la producción daba la impresión de que no contaba con suficientes recursos para su campaña. Zambrano podía ser inconsistente en su discurso, por lo que era imprescindible contar con elementos que se dedicaran a buscar esas incongruencias, para lo cual debían examinar con lupa todas y cada una de sus intervenciones. La campaña de Zambrano era, no obstante, bastante buena y aquello habría que atribuirlo a Hugo Espinel, conocido consultor político y Estratega de la campaña de dicho candidato. Más bien, se podría decir que la debilidad de su campaña radicaba en el candidato mismo. Definitivamente, no era bueno y si estaba en segundo lugar en las encuestas era por obra y gracia de Espinel.

Habría que sacar el máximo provecho al nivel cultural de “Cap” y a su preparación académica, como garantes de un mandatario que no solamente sabe **qué** hacer sino, también, **cómo** hacerlo, en contraste con el conocimiento adquirido en la “universidad de la vida” en la que se “graduó” Zambrano, quien nunca pasó del cuarto año en la Facultad de Derecho. Se tendría, además, que explotar, especialmente con los sectores marginados, las posiciones demasiado conservadoras del candidato radical, aquellas que eran un obstáculo al cambio que tanto ansiaban amplios sectores de la población.

Rodrigo fue muy claro en definir a “Cap”, con el debido respeto, como “el producto a vender”. Por lo tanto, en los dos meses de campaña y, de acuerdo a como se presentaran las ocasiones, habría que hacer notar el valor del candidato, sobredimensionando sus puntos fuertes y minimizando los débiles; y crear un grupo pequeño de intelectuales —dos o tres personas, no más— que tuvieran por objetivo generar frases de efecto en la opinión pública, que compensaran o eliminaran eventuales errores que siempre se producen en cualquier campaña. Todo bajo la óptica

de impactar y seducir. Rodrigo logró el consenso de que solamente él y “Cap” manejarían la estrategia de la campaña, lo que reduciría, al mínimo, los riesgos de incongruencias y pasos equivocados en la misma.

Pasaron luego a analizar el tema presupuesto para la campaña y los medios que se emplearían para conseguir los fondos necesarios. Martín Carrión, el alto y corpulento Tesorero de la Campaña, manifestó su temor respecto a la cantidad recaudada e hizo hincapié en la necesidad de conseguir algún aportante fuerte, que les permita desempeñarse con cierta tranquilidad. Esta opinión fue respaldada por Luis Antonio Peña quien, como Coordinador de Movilizaciones, era uno de los que más recursos exigían de parte de Tesorería. Los dos eran íntimos amigos y trabajaban de consuno, sin que surgiese problema de competencia alguno. Como un detalle que se había convertido en una especie de marca de fábrica en la campaña, Luis Antonio era un individuo gordito y de baja estatura; así es que, los dos, formaban otra versión de El Gordo y El Flaco.

Obscurecía cuando la reunión terminó. Carlos no pudo dejar de pensar que, en esas pocas horas, había recibido toda una clase de mercadotecnia política; sin embargo y pese a la importancia de lo anterior, tampoco dejó de reconocer que en todo lo que se habló y convino estuvo siempre presente una buena dosis de cinismo. “Sobredimensionar los puntos fuertes y minimizar los débiles”.

“¿Es que la política es siempre así? ¿Para ser realista hay que ser cínico?” se preguntó, sin darse a sí mismo una respuesta.

# 17

## “Plaf”

—Su hermano desea verle, doctor. Está acompañado por un señor Granizo, quien dice que usted lo conoce—, dijo a Alejandro su secretaria, Carmen.

Carmen, como todos en la oficina de Alejandro, conocía de la tensa relación que mantenían los hermanos Capdevila debida a los actos y dichos del mayor de ellos y de las dificultades que, innecesariamente, éste creaba al candidato.

—Diles que esperen, por favor—, contestó, mientras revisaba las líneas de un discurso que debía dar en la Cámara de Comercio de Guayaquil.

La espera fue bastante larga: una hora con diez minutos. En ese lapso, ni Bernardo ni Raymundo dijeron media palabra, conscientes de la mirada y de los oídos atentos de Carmen.

El intercomunicador en el escritorio de la secretaria sonó:

—Sí, doctor—, respondió ella.

—Hágalos pasar, por favor.

La voz de Alejandro se escuchó claramente, dado que Carmen intencionalmente había aumentado el volumen del aparato, para que escuchen los visitantes.

—Si los señores me acompañan...

Y los hizo pasar a la oficina de Alejandro, quien apenas si se levantó ligeramente de su silla para saludarles.

—Bernardo, Raymundo. Gusto en verles. ¿Qué me cuentan?

—Mira hermano, queríamos hablar contigo porque tenemos buenas noticias que darte.

—¡Ah! sí? ¿Les ha ido bien en la subasta de puestos para el próximo gobierno? ¿Cuáles son esas buenas noticias?—, dijo con tono socarrón.

—Alejandro, ya te dijimos que los ofrecimientos de puestos (que los hacíamos con toda la buena fe e intención) dejamos de hacerlos apenas nos lo pediste. No. Es otra cosa. Fíjate, el hecho es que como conocemos que la campaña tiene problemas de liquidez, nosotros hemos trabajado intensamente y tenemos la solución al problema; en otras palabras,... ¡que cualquier problema de falta de fondos para la campaña acaba, hermano, de desaparecer! “Plaf”, se esfumó, se evaporó, “it’s gone”—, respondió con entusiasmo Bernardo.

—¡Que bien! ¿Y cómo así?—, preguntó con sorna Alejandro.

—Explícale, por favor, a mi hermano— dijo, con una sonrisa en los labios Bernardo, dirigiéndose a Raymundo Granizo.

—Si me permites, Alejandro...

—Por supuesto, adelante—, contestó el candidato.

—Hay una persona en el extranjero, (cuyo nombre no estoy, no estamos autorizados a revelar), que ama este país y cree que tú eres la solución a muchos problemas en el mismo. Por ello nos ha ofrecido hacer un aporte sustancial a la campaña a fin de que, como decía Bernardo, cualquier problema de financiamiento desaparezca.

—Se evapore. ¡Plaf! Se esfume—, contestó con una semi-sonrisa congelada Alejandro y haciendo un gesto con su mano.

—Bueno... En realidad, así es—, respondió en tono quedo Raymundo.

—Miren, quiero que les quede muy claro, porque no lo pienso repetir: yo no acepto aportes de desconocidos. Tampoco aportes “sustanciales” que obren milagros en la campaña. Les agradezco sus buenas intenciones, pero les ruego que comprendan que ando muy ocupado y que he hecho un hueco en mi agenda para recibirlos. Espero pronto poderlos ver de nuevo.

Dicho lo cual, se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta, abriéndola, y dirigiéndose a Bernardo le dijo:

—Dale mis cariños a mamá. Dile que muy pronto le iré a visitar.

Cerró la puerta de su despacho y su secretaria le escuchó decir:

— ¡Si serán pendejos!

Cuando el par de amigotes estuvieron fuera, Raymundo le dijo a Bernardo:

— ¡Te dije que sería un error hablar con él! Debimos haberlo hecho con el gordo Martín. Con él es otra cosa.

—Bueno, hablemos con él. Total, es imposible que Alejandro esté al tanto de todo. Le pediremos a Martín que no hable con Alejandro de esos aportes y ¡santo remedio!

—Bueno. Sigamos tentando a la suerte.

# 18

## *El toro por los cuernos*

Ramiro Recabarren había tomado muy en serio el pedido de ayuda que le formuló el Teniente Tena para tratar de aclarar el caso del asesinato del ejecutivo bancario Emir Barro. Habían indicios que podían llevar a la conclusión de que, eventualmente, se estaría frente a un caso de ajuste de cuentas por una operación de lavado de dinero que no concluyó satisfactoriamente para el dueño de esos recursos ilegítimos. Misteriosas llamadas hechas y recibidas por Barro desde teléfonos públicos situados en centros comerciales; y citas debidamente agendadas que no llegaron a cumplirse por razones desconocidas, daban para presumir, especialmente si se trataba de un funcionario con fama de ser muy cumplidor de sus obligaciones, de que algo oscuro había en el panorama.

A todo esto había que añadir la circunstancia en la que murió el supuesto asesino, alias “Mortiño”: un sicario de alto nivel, extremadamente perfeccionista en su trabajo que, en actitud muy poco profesional -algo que no se podría esperar de un individuo de su clase-, se droga y sale a caminar en la noche para dejarse atropellar por un coche desconocido. Todos éstos eran datos que no resultaban muy digeribles para una mente analítica como la suya.

Con su mano derecha, el teniente José Rafael Estévez, había analizado este caso una y otra vez, pero no llegaban a ninguna parte. El Teniente Oswaldo Tena tampoco lograba avanzar medio paso. El reto profesional que significaba este caso era grande y la frustración que sentía cada vez que no lograba armar el rompecabezas iba en aumento. Decidió pedir al Comandante Provincial se le asignara el caso y que el Teniente Mena pasara a servir bajo sus órdenes, lo que se lo concedió de inmediato.

Tendría que desahogarse con Gabriel Tomás. Habría que armar otra reunión con él y su equipo para volver a darle vueltas a este asunto. El Gato, hombre de clara inteligencia, a pesar de no ser un investigador policial, en no pocas ocasiones les había dado consejos sobre caminos a seguir que habían resultado ser muy acertados. “Ojalá”, pensó, “cuando repasemos el estado en que se halla esta investigación, el Gato se encuentre inspirado”.

# 19

## *Algo de investigación*

—Estamos a casi dos meses de las elecciones, la campaña arranca ya mismo y, extrañamente, hasta el momento sólo tenemos dos candidatos: Aristides Zambrano, del Partido Radical, y Alejandro Capdevila, del Movimiento Unidos por el Cambio, cuando en este país lo que han sobrado siempre son los candidatos a la Presidencia. Vamos a tener que iniciar nuestro trabajo con estos dos—, dijo Gabriel a su corta audiencia: María Esther Cárdenas y Carlos Maldonado, con quienes estaba reunido en el cubículo de trabajo que les había sido asignado en el local del diario El Tiempo. El local era pequeño, justo para tres mesas de trabajo y una mesita auxiliar sobre la que estaba una cafetera, pero relativamente confortable; entraba mucha luz del día a través de una ventana amplia y si querían distraerse, como lo dijo Gabriel, podían contemplar el interesante discurrir de un día de trabajo en..., una mecánica automotriz.

—De acuerdo, profe. ¿Cómo quiere que lo hagamos?— dijo Carlos, alistando su inseparable iPad.

—Para empezar, “profe” soy en el aula. Aquí, mi nombre es Gabriel o, si prefieres, Gato, como me dicen mis amigos.

—De acuerdo, profe. Digo, Gato. Tengo que acostumbrarme—, dijo con una sonrisa Carlos.

—Bueno, hechas las presentaciones....—, dijo riéndose María Esther □ . A ver si nos dices cómo quieres que hagamos el trabajo.

—Bueno, en principio es muy simple. Vamos a entrar al internet y buscar todo lo que se haya publicado de estos dos personajes. Lo bueno y lo malo. No tengan pena ni por la impresora ni por el papel, ni se pongan a pensar en los árboles que fueron talados para que tengan ustedes ese papel. Adormezcan, por ahora, sus inquietudes ambientalistas. Impriman cualquier mención sobre estos personajes y, si les llama la atención algo sobre alguno de sus colaboradores conocidos, imprímanlo. Prefiero que nos atiborremos de papeles a que dejemos algo suelto. Tenemos tres computadoras con conexión a banda ancha y una impresora compartida. Así es que, a trabajar se ha dicho.

—A las órdenes, jefe—, respondieron los dos, casi a coro.

Y pusieron manos a la obra.

## 20

### *Tormenta de ideas*

Cuando recibió la llamada de su amigo, el Mayor Ramiro Recabarren, por la que le pedía reunirse en su oficina junto con sus colaboradores, para repasar nuevamente el caso del asesinato del joven ejecutivo bancario Emir Barro, Gabriel pensó, aunque no lo dijo, que iba a ser una pérdida de tiempo. No vislumbraba qué podía aportar a una investigación en la que los expertos no veían salida. Sin embargo, tampoco le podía negar una ayuda, aunque él mismo no supiera de qué tipo, a su íntimo amigo de toda la vida.

“Veamos que se puede hacer”, pensó, mientras caminaba por unas calles recientemente mojadas por la lluvia vespertina y que, a juzgar por las nubes que cubrían la ciudad, volverían a mojarse por un nuevo chaparrón que parecía inminente. “¡Diablos!, precisamente hoy no traje paraguas”.

Con suerte, llegó al local en donde funcionaba la Unidad Especial de Lucha contra el Crimen Organizado, antes de que la lluvia se reiniciara. Apenas ingresó al local, fue de inmediato conducido al despacho de su amigo, en donde lo encontró en compañía de los dos Tenientes, José Rafael Estévez y Oswaldo Tena, así como de un ayudante de este último.

Al rato, entraron en materia y, luego de una nueva y minuciosa descripción, por parte del Teniente Tena, de los hechos y de todos los pasos dados en el proceso de investigación, reinó un prolongado silencio en la sala, mientras cada uno pensaba qué más se podía hacer o, mejor dicho, qué se había dejado de hacer en esta investigación que impedía se lograra avances en la misma.

—Oswaldo —dijo Gabriel Tomás, rompiendo el silencio y dirigiéndose al Teniente Tena □, tú hablaste de que Barro recibió e hizo llamadas desde y hacia dos diferentes centros comerciales, lo que lógicamente me parece algo inusual: la primera la recibe desde un teléfono público ubicado en el centro comercial “Los Cipreses”; la otra, es una llamada que él hizo desde el teléfono de su oficina a un teléfono público del centro comercial “La Tolita”. Esos teléfonos están plenamente identificados. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es—, respondió Oswaldo Tena.

—Te hago, entonces, una pregunta que te parecerá tontísima, pero que no es más que fruto de la ignorancia en estos temas que debes esperar de un sociólogo: ¿hay alguna forma de conocer quién hizo esas llamadas?

—Lamentablemente, ninguna— respondió Tena con una sonrisa—. Todavía las cabinas telefónicas no vienen con filmadoras que se activen cuando se hace la llamada.

Luego de un muy breve silencio, exclamó Gabriel:

—¡Filmadoras! ¡Cámaras! Por casualidad, ¿no habrá cámaras de seguridad cerca de las cabinas telefónicas?

Un silencio espeso se hizo en la sala y todas las miradas convergieron hacia Oswaldo Tena.

—¡Miren si no seré un tonto!—, exclamó Tena, en tono compungido. —Ese “pequeño detalle” se me pasó por alto. Para serte sincero, Gabriel, no lo sé. Personalmente iré hoy mismo a esos

centros comerciales a revisar si las hay. ¡Ojalá existan!

Continuaron todos examinando una y otra vez los detalles de este crimen, pero el tema de la existencia o no de cámaras de seguridad cerca de las cabinas telefónicas en los dos centros comerciales se convirtió, al menos para Gabriel y Ramiro, en un dato que eventualmente podía tener un gran significado.

## 21

### *La razón del Poder*

Se había quedado solo en el despacho. Su mujer se marchó para su casa porque debía atender a sus hijos. Oswaldo y Rodrigo decidieron ir a cenar juntos y lo hicieron sin Carlos Maldonado, al que invitaron a que los acompañara, pero éste se había excusado aduciendo un compromiso con su novia. En consecuencia, él prefirió quedarse en el despacho, supuestamente a revisar papeles aunque, en realidad, lo que quería era estar solo y pensar.

No podía negar que, conforme pasaba el tiempo y las encuestas le auguraban un triunfo sólido, un enorme peso, cada vez mayor, se asentaba sobre sus hombros; y éste no era simplemente el propio de la responsabilidad que iba a adquirir de ser electo sino, también, porque en conversaciones íntimas consigo mismo no lograba definir si lo que lo movía para hacer todo lo que estaba haciendo era un sentimiento de deber social, de querer hacer algo por el país o, sencillamente, su amor por el poder. Y él sabía que éste último era muy grande y muy fuerte.

“Es verdad, quiero tener poder. Pero ¿para qué? Porque quiero hacer cosas que en este país que nadie las ha hecho. Quiero dar esperanza a gente que nunca la ha tenido. Quiero, además, ser respetado. Quiero ser recordado como el mejor Presidente de la historia de este país. Quiero que mis hijos se sientan orgullosos de su padre. Sí, es verdad, quiero tener poder. ¿Es acaso eso algo malo? No lo pienso utilizar para mi provecho personal. Todo lo contrario. Necesito tener poder para hacer cosas buenas. Tengo una sola duda que no logro disiparla: una vez alcanzado ese poder, ¿estaría dispuesto a perderlo por una cuestión de principios?”.

Se acercó al bar que tenía en su oficina y se sirvió una copa de coñac. Apuró el trago de un solo sorbo y se sentó en un sillón, con los ojos cerrados, se frotó con sus dedos las sienes y procuró dejar de pensar.

## 22

### *El orden de las cosas*

Carlos Maldonado, a sus veinte y cuatro años, poseía una formación moral e intelectual bastante robusta. Buen polemista, gustaba de enzarzarse en discusiones filosóficas o políticas que lo llevaban en ocasiones a ser intransigente, cuando de determinados temas se trataba, como los referentes a la corrupción política, el aborto o el abuso infantil, especialmente si éste provenía de maestros o sacerdotes. Pero tenía otra característica que lo había hecho famoso entre sus familiares y amistades: era extremadamente ordenado. Su novia, Elizabeth, le molestaba diciéndole que era un caso para estudio de siquiatria, en vista de que cada vez que llegaba a su apartamento empezaba a ordenar las cosas que, según él, estaban desordenadas. Nada de aceptar que un cuadro estuviera ligeramente torcido en la pared; se encontrare en donde se encontrare, aún en casa ajena, se levantaba a nivelarlo, casi de manera compulsiva.

Lo mismo ocurría con las cosas de su escritorio. Todo debía estar debidamente ordenado y estéticamente presentable. Esta faceta de su personalidad hizo que, el primer día que Oswaldo Rojas le llevó a su despacho privado, le dijera a su jefe: “Perdóneme mi atrevimiento, doctor Rojas, pero no puedo soportar ver papeles y cosas en desorden. ¿Usted se molestaría si yo se los ordeno?” Como la respuesta de Oswaldo, acompañada de una sonrisa, fue positiva, cada vez que Carlos entraba al despacho empezaba a poner en orden papeles y todos los objetos que encontraba sobre el escritorio. Amalia, la secretaria privada de Oswaldo se reía y le decía:

—Nunca ha dejado que yo le ordene las cosas. “Que en su desorden había orden”, me decía. Me alegro que el jefe te lo permita a ti dado que este hombre es el desorden personificado.

Oswaldo, poco a poco, empezó a acostumbrarse a esa disciplina y a sacar provecho de la misma, dado que el tiempo que dedicaba a buscar papeles en su escritorio se había reducido a segundos. Y la confianza hacia Carlos, que le había surgido espontáneamente, empezó a crecer día a día.

No sólo la eficiencia en el trabajo que ese muchacho demostraba sino su prudencia -virtud que Platón definía como sabiduría práctica- y la reserva de la que hacía gala cuando se trataban temas delicados, hacían de Carlos un ayudante de excepción. “Cuando lleguemos al poder, este muchacho será mi mano derecha y veré que gane un buen sueldo, así no se verá tentado a buscar otra posición”, pensó.

*Confianza y amor*

Llevaban trabajando juntos casi un mes, lo que significaba que se veían prácticamente todos los días en razón de que, con un pretexto u otro, Gabriel se reunía con María Esther fuera sábado, fuera domingo. Y, si hay algo que a una mujer no se le puede ocultar es el amor; sentimiento que se trasluce a veces con una simple mirada que traiciona a quien lo siente y lo quiere mantener en secreto. María Esther podía jurar que lo imposible estaba sucediendo: que pese a todo lo que pasó, el Gato seguía enamorado de ella; que podía mantener viva la esperanza de ser feliz algún día a su lado.

Ella no podría dar el primer movimiento, por más que ganas no le faltaban. No. Cualquier cosa tendría que venir de él. Gabriel tendría que decirle que la había perdonado y que sí era posible empezar nuevamente una relación afectiva partiendo de cero. ¡Tendría que partir de cero! Ella, a su vez, sabía que debería construir, paso a paso, el edificio de la confianza en donde habitaría ese amor; sin ese requisito, no habría progreso. Y ese edificio no se construía de la noche a la mañana. Pero aunque tomara siglos, ella estaba dispuesta a intentarlo. ¡Vaya si lo haría!

Gabriel le había llamado esa mañana de sábado, para invitarla a almorzar en un restaurante griego recientemente inaugurado, cerca de un centro comercial ubicado en el sur de la ciudad. Dijo que varios amigos lo habían recomendado, porque la cocina era estupenda. Aceptó, obviamente, encantada de estar con Gabriel y, además, ella conocía muy poco el sur de la ciudad, ya que su vida, antes de ingresar a la cárcel, normalmente, había transcurrido en el centro y en el centro-norte de Quito. Y en la capital ecuatoriana, si bien existían excelentes restaurantes en donde se comía de primera, los lugares de comida griega eran bastante escasos.

Puso énfasis en arreglarse y ponerse bonita, como lo hacía siempre que iba a ver a Gabriel. Una falda floreada con una blusa azul; aretes y un largo collar a tono; zapatos azules deportivos y un pañuelo del mismo color completaban el atuendo. Había peinado su largo pelo rubio en dos trenzas que le daban un cierto aspecto de colegiala.

Gabriel, muy puntual, tocó el timbre del apartamento a las doce y treinta horas, como habían acordado, y al salir, le pareció a María Esther ver que el Gato lucía una sonrisa misteriosa y un marcado gesto de decisión, que ella había aprendido a reconocer en el mentón de su rostro.

—Luces preciosa, princesa—, le dijo en tono alegre al tiempo de estamparle un beso en su mejilla.

El cielo quiteño lucía espléndido. De un azul vivo, sin que una sola nube pusiera su nota discordante.

Mientras iban en el coche de Gabriel, éste le iba explicando todo el progreso que el sur de la ciudad había tenido en los últimos diez a quince años y que resultaba desconocido para los habitantes de la ciudad que vivían al norte del Panecillo: esa elevación natural que, situada hoy en lo que resulta el corazón de la ciudad, permite, con sus tres mil metros de altura, contemplar el centro colonial, así como el norte y sur de la ciudad.

Luego de casi una hora de camino, llegaron al restaurante que, a simple vista, les encantó. Una

fachada blanca, que parecía arrancada de una postal de Santorini, y un gran patio interior en cuyo centro había una hermosa fuente, más bien de corte andaluz que griega, recibían a los visitantes. La comida era griega aunque ofrecían también uno que otro plato ecuatoriano.

Escogieron una mesa un tanto apartada y luego de ordenar la comida y con una copa de vino en la mano, Gabriel Tomás, mirando intensamente a los ojos de María Esther y apoyando una mano sobre la de ella, dijo:

—Quiero brindar por ti, por mí y, de ser posible, por nosotros.

Fue como una oleada de calor la que ella sintió en su rostro.

—¿Qué me quieres decir, Gabriel? Estoy un tanto confundida.

Una enorme seriedad, acompañada por una gran serenidad, apareció en el rostro de Gabriel, quien seguía mirando insistentemente a los ojos de María Esther.

—Creo que tú ya lo sospechas. Es muy simple. Que a pesar de todo lo que sucedió entre tú y yo, te sigo amando. Parece absurdo, ya lo sé. Parece sin sentido. ¡Pero la realidad es esa! Me había jurado que nunca te lo diría. Que dejaría que tú hicieras tu vida y encontraras a quien sería tu compañero de ruta. Que fueras feliz por tu lado, mientras yo... Pero bueno, no he sido lo suficientemente fuerte como para mantener mi promesa. Y..., ahora, ya lo sabes.

María Esther, luego de segundos en silencio, no pudo evitar el llanto. Era un llanto que nacía de lo profundo de sí misma, de su pasado, de su traición, de su tiempo en la cárcel; de creer que después de lo que hizo nunca podría ser feliz.

—Gato—, contestó con una voz entrecortada—. Aunque tarde, en mi celda, comprendí que era verdadero amor lo que sentía por ti. Que actué como una adolescente tonta e irresponsable; que sin pensar dos veces, salí de sopetones en busca de la pasión y la aventura. Mi relación con André, intensa como fue, no habría tenido futuro. ¡Pero eso lo comprendí recién en la cárcel! Y tus visitas mensuales, a la vez que me brindaban consuelo, me hacían daño, porque me permitían ver, en toda su magnitud, a mi pérdida. Porque estaba segura de que tú jamás podrías volver a enamorarte de mí. Porque no te merecía. Porque...

Su voz se quebró de nuevo y ocultó su rostro entre sus manos. Gabriel, rodeándola con sus brazos a través de la mesa, le dijo muy quedamente:

—“Lo pasado, pisado”. ¿Recuerdas? ¿Crees tú que podremos empezar de nuevo?

—Te estás olvidando de los demás, Gabriel. ¿Qué van a decir tus padres? ¿Tus amigos?

—Mis padres son lo suficientemente inteligentes como para no interferir en mi vida sentimental. Además, aunque no me lo ha dicho, estoy seguro de que mi madre ya lo sabe o, al menos, lo intuye. ¿Mis amigos? Si lo son, respetarán mi decisión; si no lo son, entonces ¿qué me importa? Ellos no son lo importante, María Esther. La única importante eres tú. Te repito: ¿quieres empezar de nuevo?

Un breve silencio reinó entre los dos. Luego, María Esther alzó su copa y mirando a los ojos de Gabriel dijo, con voz temblorosa:

—Juro por Dios y por la memoria de mi padre, a quien idolatraba, que te amo con todo mi corazón; que mi máximo anhelo sería envejecer a tu lado; que estoy dispuesta a recompensarte con mi propia vida por todo el daño que te hice.

—Si es así, mi amor, brindemos por nosotros y por un proyecto de vida juntos, que lo vamos a construir todos los días.

Alzaron ambos sus copas y lentamente bebieron todo el vino sin quitar la mirada el uno del

otro. En su concentración, sintieron que les rodeaba un silencio que sólo permitía escuchar sus respiraciones y el latido de sus corazones; un silencio que lo decía todo y que para ellos era como música celestial.

María Esther, con los ojos humedecidos, le contó cómo en sus días más tristes en el reclusorio mitigaba su pena con su recuerdo, con el saber de la alegría que le produciría su próxima visita. Pero, al mismo tiempo, la depresión que sentía al saber que era imposible, que era impensable recobrar su amor. Habían habido ocasiones, le decía, que compañeras de detención que habían llegado a tenerle un muy alto grado de confianza, le contaban sus cuitas amorosas, cómo sus parejas les habían traicionado, y le pedían consejo a ella, la traidora...

“Lo pasado, pisado”, le repetía Gabriel y los dos se juraron mutuamente que nunca cejarían en su esfuerzo por volver a construir una relación que fuese capaz de resistir cualquier embate que les presente la vida.

Salieron del restaurante, luego de haber almorzado, y por primera vez desde su libertad, María Esther volvió a entrar en el apartamento de Gabriel; en donde, por primera vez, hicieron el amor hace como hace casi tres años. En esta ocasión también lo hicieron, pero los dos sabían que esa unión física tenía mucho más significado que la de aquella primera vez.

## 24

### *Videos comprometedores*

El Teniente Oswaldo Tena llegó, con un grupo de tres policías, todos vestidos de civil, al centro comercial Los Cipreses, situado en el centro – norte de la ciudad de Quito. Las instrucciones que dio fueron muy simples:

—Vamos a visitar este centro comercial como si fuéramos unos clientes más. En diez minutos, los quiero a todos en el tercer piso, junto al patio de comidas, en donde está la cabina telefónica desde la que se hizo la llamada. Sin que resulte obvio para el espectador casual, van a mirar en dónde están situadas las cámaras de seguridad y si alguna de ellas apunta hacia la cabina telefónica. Si alguno de ustedes cree descubrir una cámara situada en la dirección correcta, me llama a mi teléfono celular. ¿Entendido?

Dicho esto, el grupo se puso en movimiento. Minutos más tarde, mientras Oswaldo veía unos zapatos muy elegantes y preguntaba su precio, recibió una llamada telefónica:

—Teniente, habla Pérez. Hay una cámara que apunta directamente a la cabina telefónica. Si en el centro de control de este Mall guardan la cinta de ese día, estamos hechos.

—Buen trabajo, Pérez. El centro de control queda en el mismo tercer piso. Espérame donde estás, que ahora llego.

Cinco minutos más tarde, el Teniente Oswaldo Tena y dos de sus hombres, luego de identificarse, lograron hablar con el encargado del control de seguridad. Para su suerte, existía la cinta con la grabación del día y hora en que se había producido la llamada. No habían pasado diez minutos desde que ingresaron a dicha oficina cuando empezaron a mirar, en la pantalla de un monitor, las figuras de gente que iba y venía por el lugar. De pronto, una persona rechoncha y más bien pequeña, con el cuello de su abrigo levantado, entró en la cabina y recibió una llamada telefónica. La hora que marcaba el reloj en la cinta: las once con cincuenta y dos minutos. Luego de recibir dicha llamada, de relativa corta duración -un par de minutos-, veían al hombre saliendo de la cabina y, para suerte de todos, alzando la cabeza apenas un segundo, tiempo suficiente como para que el Teniente Oswaldo Tena lo pudiera identificar plenamente: se trataba nada menos ni nada más que del famoso abogado, doctor Oswaldo Rojas, Jefe de Campaña del candidato presidencial Alejandro Capdevila.

Nada pudo sorprender más al Jefe de la División de Homicidios. ¿Qué hacía Rojas recibiendo una llamada de Barro en una cabina pública en un centro comercial? ¿Si Barro tenía que hablar con él, por qué no llamarle a su teléfono celular o al de su oficina, números que, obviamente, los tenía Barro? ¿Es que los dos querían que no quedara rastro de esa llamada? ¿Sería que Rojas es gay, pero de “closet”, y por eso no quería tener registro de sus llamadas con Barro? Pero, ¿si Barro manejaba sus cuentas, no era lógico que hubiera comunicación entre ellos? “Vamos”, se dijo, “esto se está poniendo interesante”.

Dio rápidas instrucciones a su gente y, luego de obtener una copia de la cinta con la grabación de la cámara, se dirigieron esta vez al sur de la ciudad, al centro comercial La Tolita, a ver si

tenían igual suerte que en el actual.

Hora y media más tarde, dado el tráfico intenso de la ciudad, llegaron a dicho centro comercial. La rutina fue la misma y la suerte, similar. Había una cámara de seguridad que enfocaba a la cabina telefónica y los encargados de la seguridad del centro comercial conservaban la cinta de ese día. Nuevamente apareció la figura rechoncha y pequeña de Rojas, luciendo el mismo abrigo con la solapa levantada. Sólo que en esta ocasión no prestó atención a ver si había cámaras y su rostro se lo distinguía muy claramente. De acuerdo con el reloj de la cinta, ingresó a la cabina a las trece horas con cincuenta minutos, marcó un número y, luego de mantener una conversación de alrededor de tres minutos, salió de la misma y caminó hacia la izquierda hasta que quedó fuera de foco. Igual que en el centro comercial Los Cipreses, Oswaldo Tena obtuvo una copia de la cinta, luego de lo cual ordenó a sus hombres regresar a la oficina de la División. Él lo haría un poco más tarde. Quería pensar en el probable significado de lo que acababa de descubrir.

## 25

### *¿Escrúpulos? ¿Cuáles?*

Nuevamente, Carlos empezó a sentir un cierto resquemor frente a las actitudes, los comentarios y el pensamiento de Rodrigo. Evidentemente, el hombre sabía mucho de campañas políticas y de cómo apabullar al adversario, pero esa sabiduría iba acompañada de un alto grado de cinismo y de una falta total de escrúpulos, lo que chocaba con su sentido de la integridad y la moral.

Para muestra, basta un botón. A poco de iniciada la campaña electoral, el candidato radical Arístides Zambrano cometió un error imperdonable en un candidato presidencial. En un discurso ante sus seguidores dijo, muy suelto de huesos, “que los países del hemisferio norte han prevalecido a lo largo de su historia, porque nunca tuvieron que enfrentar el problema de poblaciones indígenas mal alimentadas y peor educadas, que constituyen un lastre para conseguir el progreso”. Demás está el decir que la prensa, escrita y hablada, al día siguiente le hizo pedazos, acusándolo de racista. Zambrano se disculpó diciendo que sus declaraciones habían sido sacadas de contexto; que él era el primero en respetar a los grupos indígenas y que, cuando fuera Presidente, el mayor esfuerzo lo pondría en beneficio del campesinado y de las clases menos favorecidas.

Rodrigo Avilés, frente a ello, se frotó las manos. Esto era un auténtico regalo y él, por supuesto, que lo iba a aprovechar.

Luego de una llamada telefónica a un reportero “amigo” -al que le pagaba generosamente todos los meses, según lo supo Carlos de su propia boca-, Rodrigo concertó una entrevista en la que también participaron varios canales de televisión, así como algunas radios. En dicha entrevista, a más de atacar “el furioso racismo” del que hizo gala el candidato Zambrano, dejó traslucir su extrañeza ante esas declaraciones toda vez que, “si uno piensa que el abuelo de Arístides Zambrano era un indígena salasaca, tal vez se podría llegar a la conclusión de que sus orígenes le producen una profunda vergüenza, o tal vez que guarda rencor contra su abuelo; rencor que, por otro lado, sería incomprensible, dado que, ante la ausencia del padre, él fue quien se hizo cargo del muchacho hasta su muerte, esto es, cuando Arístides había cumplido los dieciséis años de edad”.

Esta entrevista tuvo una muy amplia difusión y su efecto fue catastrófico para el candidato radical que cayó estrepitosamente en las encuestas y quien, inexplicablemente, guardó silencio, sin replicarla.

Alejandro, el mismo día en que se publicó la entrevista de Rodrigo, convocó a una reunión de urgencia del Comité Político en su despacho. Cuando todos estuvieron reunidos, se sirvió un vaso de agua y dirigiéndose a Rodrigo Avilés, le dijo:

—Rodrigo, te voy a ser muy franco. Tu declaración que salió publicada hoy en contra de Zambrano me pareció un desatino de muy mal gusto. Esa no es la clase de política que yo quiero practicar. Utilizar los orígenes de su abuelo para acanallarlo no puede merecer mi agrado ni mi respaldo. Te repito, fue algo de muy mal gusto.

—Mira, Alejandro —contestó Avilés—, si tú quieres llegar a la Presidencia, y conservarla,

debes comprender que la política no es tarea ni de la Madre Teresa ni de monjitas de la caridad. Es trabajo de hombres con piel gruesa. ¡Y a los individuos que están en contra tuya se los ataca con todos los medios al alcance!

—Si hay que atacarlos, de acuerdo. Pero mostrando siempre hombría de bien, no con canalladas—, respondió Alejandro, levantando cada vez el tono de su voz.

—A ver si nos calmamos todos, por favor—, dijo Beatriz, con tono firme, fijando la vista en los ojos de su marido. —Por favor—, repitió.

—Tu mujer tiene razón, Alejandro. Vamos a calmarnos. Si no te gusta que se utilice la contra propaganda (que así se llama lo que hice) y que todo político utiliza desde tiempos inmemoriales para atacar a su adversario, no la volveré a utilizar. Eso sí, ten la seguridad de que el otro sí lo hará en contra tuya.

—Alejandro, con todo el afecto y consideración que te tengo, déjame que te diga algo: no seas ingenuo. Este tipo de cosas dan réditos. Basta con revisar las encuestas. Déjame que te dé un ejemplo histórico: la Iglesia Católica española creó la imagen de un Napoleón tirano, de ambición insaciable; el antihéroe que venía a destruir todo lo bueno y sagrado; un verdadero azote de la humanidad. Y en España y Portugal, al menos, dio réditos—, dijo, en tono doctoral y con una sonrisa Oswaldo Rojas.

Poco a poco, la discusión fue bajando de tono. Si bien costó mucho que Alejandro aceptara como “normal” esta clase de ataques a la integridad personal de su adversario, se decidió que “Cap” no sería quien los utilizaría. De ser necesario, ese trabajo sucio quedaría en manos de Rodrigo Avilés y, eventualmente, de Oswaldo Rojas, aunque éste último se declaró poco capacitado para hacerlo.

A Carlos Maldonado, que en algún momento llegó a pensar que “Cap” cortaría por lo sano ese tipo de actitudes, su actitud le decepcionó. Definitivamente, cada día que pasaba le iba gustando menos la política.

Cuando salieron de la reunión, Rodrigo tomó su celular y marcó el número de Hugo Espinel, a quien conocía desde hace un largo rato.

—Hugo—, le dijo al escuchar su voz al otro lado de la línea—. Te llamo a pedir disculpas. Sé que actué mal en contra de tu candidato y, créeme, no me enorgullezco de aquello. Alejandro también está furioso conmigo.

—Vaya, esto sí que es una novedad. ¡“Corazón de piedra” Avilés pidiendo disculpas! Efectivamente, mi amigo, te pasaste de la raya y Arístides, a quien aconsejé que no te respondiera está, como puedes imaginarte, indignado.

—Como no puedo hacer esto con Zambrano, déjame, al menos, intentar aparecer contigo como una persona decente. Acéptame el cenar juntos. ¿Qué te parece mañana, en el restaurante japonés del Swissôtel? Sé que te gusta la comida japonesa.

—No debería, pero te acepto. Nos vemos allí a las nueve de la noche.

—De acuerdo, mi amigo. Allí nos vemos. Y gracias por tu comprensión.



## 26

### *Pequeña treta*

“Debo estar seguro de que Rojas nos está ocultando algo; que no nos dice la verdad sobre su relación con Barro. Pero, ¿cómo lo hago? ¿Le digo directamente que tengo las cintas que prueban que él recibió e hizo llamadas telefónicas a Barro desde dos cabinas telefónicas, en dos centros comerciales distantes el uno del otro? Y eso, ¿qué demuestra? ¿que mantenían una relación que no les interesaba que se conociera? Voy a hacer, más bien, un pequeño ensayo. Vamos a ver cuál es su reacción”.

El teniente Oswaldo Tena tomó su teléfono celular y marcó el número del teléfono del doctor Oswaldo Rojas, número que, *motu proprio*, su dueño le había proporcionado cuando fue a visitarlo a su despacho.

—Doctor Rojas, muy buenas tardes. Le saluda el teniente Oswaldo Tena.

—¿Cómo está usted, tocayo?—, respondió afablemente Rojas.

—Bien, doctor, muchas gracias. Doctor, discúlpeme que lo moleste, pero quisiera brevemente comprobar con usted una información que nos llegó, de la que no estamos seguros, y usted es la única persona que nos podría decir si esa información es verdadera o falsa.

—Encantado, Teniente. Dígame de qué se trata.

—Una persona (que no goza mucho de nuestra credibilidad) nos dice que usted le hizo una llamada telefónica a Emir Barro, el miércoles previo a su muerte, alrededor de las dos de la tarde, desde una cabina telefónica del “mall” La Tolita. ¿Qué me dice, doctor? ¿Sucedió o no sucedió aquello?

—¡Por supuesto que no! ¡Es un total absurdo! Para empezar, nunca voy al sur de la ciudad. ¿Y para qué querría llamar a Barro desde una cabina telefónica si tengo un teléfono celular que lo uso, créame usted, permanentemente? Además, si mal no recuerdo, Barro también tenía celular. ¡Qué gran tontería!

—Lamentablemente no le puedo dar el nombre del informante pero lo que sí le puedo decir es que se trata de una persona del banco a la que estamos investigando. Ahora bien, a mí me pareció desde el inicio que esa información era bastante alocada pero, como usted comprende, tenía la obligación de contrastarla con usted.

—Lo sé. Pero le repito: esa información no tiene ni pies ni cabeza.

—Doctor, siento mucho haberlo molestado. Le ruego nuevamente me disculpe. Que tenga una excelente tarde.

—Gracias, tocayo. Lo mismo usted.

Ambos, a la distancia, se sumieron en hondas y preocupantes cavilaciones. Mientras Rojas no entendía quién podía haberlo visto en ese centro comercial y cómo se enteró de que, efectivamente, había llamado a Barro, tampoco comprendía quien podría ser ese misterioso funcionario del banco al que estaban investigando; del que seguramente sospechaban que tenía algo que ver con el crimen. Por su parte, Oswaldo Tena llegó a la conclusión que de su “simpático” tocayo mentía y lo hacía por alguna razón que ya se encargaría de descubrir.

Nuevamente, Oswaldo Tena hizo uso de su teléfono celular; esta vez, para pedirle al Mayor

Ramiro Recabarren una nueva reunión del equipo, en la que también estuviera presente Gabriel Tomás Sánchez. Ramiro aceptó el pedido. Él se encargaría de convocar a los asistentes.

*Reencuentro con el pasado*

Como si de revivir viejos tiempos se tratara, María Esther y Gabriel decidieron esa noche caminar, cogidos de la mano, por la estrecha y sinuosa calle de la Ronda, en el centro histórico de Quito; calle que ya existía en la época del Quito indígena y que los españoles, a finales del siglo XVI, le dieron ese nombre que seguramente provenía de las tradicionales guardias que debían haber hecho los vigilantes de la época; calle que fue lugar de residencia de personajes emblemáticos de la ciudad y sitio preferido de artistas y bohemios, como lo era en la actualidad.

Hacía un poco de frío, así que entraron en un café y pidieron el tradicional canelazo -una bebida caliente de agua de canela bautizada con una buena dosis de alcohol- y unas empanadas de viento, típicas del lugar.

Gabriel había decidido que ya era tiempo de que sus padres se enteraran oficialmente de su romance, lo que significaba para María Esther tener que enfrentar los posibles y más que justificados reproches que los progenitores de su novio podían hacerle. Pese a que conocía la bondad de los padres del Gato, el presentarse ante ellos le producía una especie de pánico. Desde que huyó a Suiza a encontrarse con su amante no los había visto y su nerviosidad es comprensible. “Si yo fuera la madre del Gato, obviamente que le mandaría a la mierda a la mujer que le jugó tan suciamente a mi hijo y, además, me escandalizaría el saber que mi hijo quiera reanudar relaciones con ella”, pensó.

—Mi amor, no te pongas nerviosa. Tú conoces a mis padres; conoces a mi madre y sabes que ella no te va a hacer ninguna recriminación. Con ellos también será un “borra y va de nuevo”. Tranquila. Confía en lo que te digo.

Por supuesto que confiaba en él, pero eso no la eximía de sus miedos. Ahora bien, tarde o temprano tendría que enfrentar esa situación y, tal vez, mientras más temprano, mejor.

Quedaron en que el próximo viernes irían a cenar en casa de Gabriel y María Sánchez, los padres de Gabriel Tomás. Lo que significaba que no iba a poder dormir por varios días.

## 28

### *Novedades*

Estaban todos sentados alrededor de la mesa de reuniones en el despacho de Ramiro, cada uno bien provisionado con su taza de café caliente, la que servía de paliativo frente a un día frío y lluvioso, cuando Ramiro, dirigiéndose al Teniente Oswaldo Tena, le dijo:

—Bien, Oswaldo, creo que estamos listos para escuchar lo que quieres contarnos.

—Gracias, mi Mayor—, respondió Tena—. Primero, permítame decirle a nuestro amigo Gabriel que es un genio. Efectivamente, habían cámaras de seguridad en los dos sitios, las dos enfocando a las cabinas telefónicas y en los dos centros comerciales, con enorme suerte, se guardaban las cintas de ese día.

Teatralmente, el Gato se levantó, saludó al público, y se volvió a sentar.

—Aplausos—, pidió.

El Teniente, con una sonrisa, continuó con su exposición.

—Lo que ni tú, Gato, te pudiste imaginar es quién salía en las cintas, recibiendo la llamada, en el primer caso, y haciéndola, en el segundo.

—Bueno, dejemos el suspenso para otra ocasión. ¿Quién es el famoso personaje?—, preguntó Ramiro.

—Con su permiso, mi Mayor, prefiero que ustedes mismo lo identifiquen, porque es un hombre público, muy conocido. Fíjense en la pantalla.

Acto seguido, se levantó y encendió el reproductor de video. Al poco rato aparecieron las imágenes de gente que pasaba, en uno y otro sentido frente a la cabina hasta que, de pronto, apareció un personaje, al parecer pequeño y gordo, con las solapas de su abrigo levantadas, cubriéndole parcialmente la cara. Entraba a la cabina telefónica en el momento en que, al parecer, sonaba el teléfono; lo descuelga, escucha, gesticula, dice algo y cuelga. La conversación es bastante corta, dura apenas como un minuto. Luego, al salir, levantaba la cabeza y su identidad quedaba al descubierto.

La sorpresa de todos fue mayúscula.

—¡Increíble! ¡exclamó en voz queda Gabriel.

— ¿Qué hacía Rojas recibiendo una llamada de Barroen una cabina de teléfono público y llamándolo desde otra? ¿Es que no tiene celular? ¡preguntó el Mayor Recabarren . ¡Y en dos centros comerciales tan distantes! Verdaderamente, ¡esto no tiene sentido!

—Acaba, mi Mayor, de repetir casi textualmente las palabras de Rojas.

—¿Cómo? ¿Tú hablaste ya con él de estas cintas?

—No. Pero tengo otra grabación, esta vez mía, que quisiera que la escucharan.

Acto seguido, sacó de su bolsillo una grabadora, ajustó su volumen de salida y puso en marcha la reproducción:

—*Doctor Rojas, muy buenas tardes. Le saluda el Teniente Oswaldo Tena.*

— *¿Cómo está usted, tocayo? - dice con voz afable Rojas.*

—Bien, doctor, muchas gracias. Doctor, discúlpeme que lo moleste, pero quisiera brevemente comprobar con usted una información que nos llegó, de la que no estamos seguros, y usted es la única persona que nos podría decir si esa información es verdadera o falsa.

—Encantado, Teniente. Dígame de qué se trata.

—Una persona (que no goza mucho de nuestra credibilidad) nos dice que usted le hizo una llamada telefónica a Emir Barro, el miércoles previo a su muerte, alrededor de las dos de la tarde, desde una cabina telefónica del Mall La Tolita. ¿Qué me dice, doctor? ¿Sucedio o no sucedio aquello?

— ¡Por supuesto que no! ¡Es un total absurdo! Para empezar, nunca voy al sur de la ciudad. Y ¿para qué querría llamar a Barro desde una cabina telefónica si tengo un teléfono celular que lo uso, créame usted, permanentemente? Además, si mal no recuerdo, Barro también tenía celular. ¡Qué gran tontería!

—Lamentablemente no le puedo dar el nombre del informante pero lo que sí le puedo decir es que se trata de una persona del Banco a la que estamos investigando. Ahora bien, a mí me pareció desde el inicio que esa información era bastante loca pero, como usted comprende, tenía la obligación de contrastarla con usted.

—Lo sé. Pero le repito: esa información no tiene ni pies ni cabeza.

—Doctor, siento mucho haberlo molestado. Le ruego nuevamente me disculpe. Que tenga una excelente tarde.

—Gracias, tocayo. Lo mismo usted.

Esta vez fue el turno de Gabriel de devolver el cumplido que recibiera antes.

—El verdadero genio eres tú, Oswaldo. ¡Qué manera de demostrar que este personaje miente! Ahora bien, la pregunta del millón es: ¿por qué?

—Exacto. ¿Por qué?—, repitió el teniente José Rafael Estévez—. ¿Quería, acaso, que esas llamadas fueran verdaderamente anónimas, que no se registraran como tuyas, como hubiera sucedido si hubieran sido hechas desde su celular?

—Sabemos que Barro era gay. ¿Oswaldo Rojas, será también gay? ¿Se estaban tal vez citando? ¡Bah!. No. No lo creo. Tanto trabajo para una cita □ , reflexionó en voz alta Ramiro.

—Pensemos en esto: ir a un centro comercial en el centro norte de la ciudad para recibir, a determinada hora exacta, una llamada de Emir Barro en una cabina pública, y luego dirigirse al otro extremo, en el sur de Quito, a otro centro comercial, para desde otra cabina telefónica hacer, esta vez él, una llamada a Barro, son hechos que no calzan en una figura del prestigio e importancia del doctor Oswaldo Rojas. ¡Resulta extraño con cualquier persona! Ninguno de estos hechos -me refiero a las llamadas- constituyen algún delito, pero sí hacen que se prenda un foco sobre la figura de este hombre. La pregunta que les hago es: ¿qué sigue después? ¿qué debemos hacer? □ dijo el Teniente Tena.

—Yo creo, Teniente, que nada especial, excepto una vigilancia muy tenue sobre Rojas. Que no se dé cuenta de que está siendo vigilado. Si algo tiene que ver con los crímenes que se investigan, tarde o temprano cometerá un error y allí estarás tú para sorprenderlo—, reflexionó Ramiro.

—Creo que es lo más razonable—, dijo Gabriel. —Por mi parte, trataré de ver si este señor tiene rabo de paja. Si algo llegare a descubrir, ustedes serán los primeros en saberlo.

Al salir de la reunión, Gabriel hizo una llamada desde su celular a Carlos.

—Carlos, quisiera que nuestro estudio se enfoque ahora sobre el grupo más cercano de colaboradores de los candidatos, y dejemos a un lado, al menos por un rato, a los candidatos. Pásale el mensaje a María Esther, por favor.

## 29

### *Dudas*

—Mi amor, te noto un poco tenso últimamente. ¿Hay algo en la campaña que te moleste o que creas que se está llevando mal?—, le dijo Beatriz a “Cap” cuando se retiraron a su habitación, luego de despedirse de sus hijos.

—Sí. A ti no te lo puedo ocultar. Creo que tenemos a uno de los estrategas políticos más brillantes del país, como es Rodrigo, pero... ¡es como un toro que embiste al capote sin dudarlos dos veces! Es, además, notoria su falta de escrúpulos y eso a mí me molesta. Y Oswaldo, cuando interviene, es para bajar el tono de la discusión pero, en definitiva, lo acolita. Y tú me conoces. Esa no es mi concepción de lo que debe ser el juego político.

—Lo sé, Alejandro, pero como él te lo dijo, deplorablemente la política no es materia para monjitas de la caridad. A ratos me he puesto a pensar si tú y yo no somos más que una pareja de quijotes ingenuos, que pensábamos que podíamos cambiar el mundo con decencia y caballerosidad. Rodrigo nos está enseñando que el mundo de la política es un poco más rudo de lo que nos imaginamos. ¿Será que nos equivocamos al entrar en este juego?

—Ojalá no terminemos siendo arrastrados por la corriente. Te debo confesar que, aunque tarde, he llegado a la conclusión que hay otros motivos por los que Rodrigo y Oswaldo están con nosotros en esta campaña. No los conozco todavía, pero debo descubrirlos. Seguramente, son de índole económica. Para empezar, quiero involucrarme en el tema de la financiación de la campaña. Quiero saber quiénes nos están apoyando y por qué. Debo conocer de dónde salen los fondos para la campaña dado que, si hubiera algo extraño, el responsable en última instancia seré yo.

—No creo que haya nada raro en ese campo pero, si eso te tranquiliza, personalmente me haré cargo del tema. Que sirvan para algo mis conocimientos de contabilidad y gestión presupuestaria, materias en las que, si el señor candidato recuerda, quien habla sacaba mejores notas en la universidad.

“Cap”, con una sonrisa de oreja a oreja, contestó:

- De acuerdo, señora geniecito. Confío en ti esa tarea.

Mientras tanto, en el despacho de Oswaldo, éste y Rodrigo, con un vaso de whisky en la mano, conversaban muy entretenidos de las incidencias de la campaña y cómo el candidato traslucía, cada día que pasaba, más y más su ingenuidad que en ocasiones, les parecía, rayaba en la tontería. Aunque Alejandro, de tonto no tenía un pelo.

Cuando estaban por terminar su plática, Oswaldo confesó cuál era su sueño: al finalizar el Gobierno de Capdevila, quería retirarse al sur de Europa, no sabía si a Montecarlo o a las Canarias, a tomar el sol, estar con mujeres lindas y disfrutar del buen vino y de la buena mesa.

—Jeje, ¡es en lo único que piensas, gordinflón!—, respondió Rodrigo—. Para que puedas

cristalizar tu sueño, dentro de poco vas a ver como, por una genialidad mía, la campaña de Zambrano terminará por derrumbarse y, así, nos aseguramos de una vez por todas el triunfo.

—Cuéntame, ¿qué hiciste o, mejor, qué vas a hacer?

—Todo a su tiempo, profesor. Todo a su tiempo.

## 30

### *Alias “Mortiño”*

Oswaldo Tena había dado una disposición a sus hombres: que buscaran llenar los vacíos que tenía la investigación sobre la muerte de Barro y el posterior deceso de alias Mortiño. Uno de esos vacíos era el que producía la falta de información sobre este personaje. Por ejemplo, había preguntas elementales que todavía no tenían respuesta: ¿cuándo había llegado al Ecuador?, ¿qué transporte utilizó para hacerlo?, ¿en qué lugar se alojó?, ¿estaba solo o acompañado?, ¿en dónde quedaron sus pertenencias? Por ello, cuando el sargento Carranza, uno de sus investigadores más tenaces le dijo que había encontrado información que podía ser relevante, no dudó en citarlo de inmediato.

Efectivamente, luego de visitar todas y cada una de las compañías aéreas que hacían vuelos a y desde Bogotá, con su gente llegaron a la conclusión de que Gustavo Camposano, alias “Mortiño”, no había ingresado al país por ninguno de los dos aeropuertos internacionales; lo que complicaba más el asunto, dado que podía haberlo hecho a bordo de un automóvil particular, un taxi, o de un bus de pasajeros.

Como por allí no se producían avances en la investigación, personalmente, el Sargento Carranza se dedicó a visitar todos y cada uno de los hoteles y pensiones de la capital. Le tomó algún tiempo, hasta que en un hotel de tres estrellas, sencillo pero limpio, tuvo suerte. Efectivamente, el ciudadano colombiano Gustavo Camposano había alquilado y pagado en efectivo una habitación, por dos noches, en el segundo piso de ese hotel. Al recepcionista le constó que el señor Camposano, un hombre joven muy culto y agradable, pernoctó la noche del jueves pero el viernes ya no apareció. Recién el domingo entraron en la habitación en donde encontraron una maleta con poca ropa -eso sí, toda de marca- que todavía la tenían en consigna hasta que dicho señor regresara a reclamarla.

Como la habitación estaba vacante, —“En esta temporada baja el turismo, sabe”—, le comentó el recepcionista, no hubo problema en revisarla muy concienzudamente. La única sorpresa que les esperaba a los agentes fue el encontrar una pequeña caja de madera, pegada con cinta adhesiva debajo de la cama, que solamente contenía una muy pequeña hoja de papel en su interior. En la tapa estaba escrito lo siguiente:

ALA POLICIA LOCAL, POR SI NO REGRESO.

ENTRÉGUENLA A LA POLICIA DE COLOMBIA. ELLOS SABRÁN QUÉ HACER.

Y el papel decía simplemente lo siguiente:

Don José:  
Diego Ernesto Pizano Vélez  
Carrera 68, # 182-76 PH 1402,  
Bogotá

El sargento supo de inmediato que estaba ante algo importante, aunque no podía imaginar de qué se trataba. Por ello, de inmediato se comunicó con su jefe para informar su descubrimiento.

Apenas acabó el sargento de poner la cajita en sus manos, Oswaldo marcó el teléfono de Ramiro.

—Mi Mayor. Mi gente acaba de descubrir algo muy interesante que me gustaría que lo viera y,

de ser posible, utilizar sus amistades en la Policía colombiana porque, tal parece, ellos van a tener que actuar.

—Ven a mi oficina tan pronto como puedas. Aquí te espero.

—Gracias, mi Mayor. Voy volando para allá.

# 31

## Cooperación

Treinta minutos más tarde, el Teniente Oswaldo Tena llegó a la oficina del Jefe de la Unidad de Lucha contra el Crimen Organizado, el Mayor Ramiro Recabarren, quien, ante los giros que iba tomando este asunto, había hecho suyo el caso de las dos muertes, tanto la de Emir Barro como la del sicario colombiano, alias “Mortiño”, contando, por supuesto, con la colaboración y ayuda de Oswaldo Tena y su gente. Este involucramiento de Ramiro en el esfuerzo por la solución de estos casos fue para Tena motivo de agradecimiento ya que, por más empeño que le ponía, no había logrado hasta ahora avanzar en la solución de los mismos. Y la fama de Ramiro en la Institución era muy grande. Muy pronto, se decía, lo ascenderían a Teniente Coronel.

Tras golpear la puerta y ser autorizado su ingreso, Oswaldo procedió a informar a Ramiro sobre el descubrimiento del sargento Carranza en la habitación del hotel en la que Gustavo Camposano, alias “Mortiño”, había estado alojado hasta el día de su muerte.

Si el mensaje en la tapa de la cajita, por la que se le pedía a la Policía ecuatoriana que entregara su contenido a la Policía colombiana le intrigó, no dejó de hacerlo menos el texto del papelito:

Don José:  
Diego Ernesto Pizano Vélez  
Carrera 68, # 182-76 PH 1402,  
Bogotá

“¿Quién era Don José? Parecería, por los dos puntos, que se trata de un apodo o sobrenombre y que su verdadero nombre era Diego Ernesto Pizano Vélez. Constaba hasta su dirección. ¿Qué es esto? ¿Por qué pedía que se lo entregara a la Policía colombiana?. “¿Por si no regreso, ellos comprenderán”? ¿Estaba amenazado por ese tal Pizano?”, lucubró.

—Creo, Oswaldo, que vamos a necesitar una mano de nuestros amigos en Colombia. Voy a pedirle a Clarita que me comunique con Jairo Londoño. Él es el más indicado en ayudarnos a resolver este pequeño rompecabezas.

El Teniente Coronel Jairo Londoño seguía al frente de la Dirección de Inteligencia de la Policía colombiana y, junto con sus principales ayudantes, el capitán Carlos Ramírez y el teniente Oswaldo Guevara, había trabajado con Ramiro en solucionar varios casos que involucraban a las Policías de los dos países. Uno de los casos en los que colaboraron estrechamente fue, precisamente, el que tanto afectó a su amigo Gabriel Tomás Sánchez y que terminó con María Esther Cárdenas detenida en Francia y deportada al Ecuador, en donde cumplió dos años de cárcel.

□ El Teniente Coronel Londoño se encuentra en Washington □, le informó a Ramiro su secretaria Clarita. Llegaría a Bogotá hoy en la noche y mañana ya estaría en su despacho. Le había acompañado en su viaje el capitán Ramírez; y el teniente Guevara estaba de vacaciones.

“Bueno”, pensó Ramiro, “si hemos esperado lo más, podemos esperar lo menos”.

Luego de explicarle a Oswaldo Tena quién era el teniente coronel Londoño y sus experiencias juntos, quedaron en que Ramiro intentaría hablar con Jairo al día siguiente y que, de ser posible, procuraría concertar una video conferencia, a fin de que todo el grupo pudiera participar en la misma, inclusive el Gato, si estaba disponible.

*Inicio de campaña*

La Monumental Plaza de Toros Quito, situada en el norte de la ciudad, estaba al explote. De acuerdo con cálculos de la Policía, había como doce mil personas; quince mil, según los organizadores ya que, recalcan, que hasta el ruedo estaba lleno de gente. Era el primer acto verdaderamente multitudinario que registraba la incipiente campaña electoral en la capital de la República y el orador que atraía a tanta gente era nada menos que el doctor Alejandro Capdevila.

Dos días antes, el candidato radical, Arístides Zambrano, había también convocado a un acto en la Plaza de San Francisco, la más grande de la ciudad, pero el resultado fue bastante magro. Aproximadamente, seiscientas personas aplaudieron al candidato. De tal manera que el contraste era bastante decidor.

Gracias a gestiones de Carlos Maldonado, Gabriel y María Esther estaban cómodamente sentados en sillas reservadas muy cerca del estrado, en donde la mujer, los hijos del candidato y sus principales colaboradores se encontraban ya instalados. Los gritos de la concurrencia eran ensordecedores: “¡La Patria por el Cambio!”, “¡Se vive, se siente, Alejandro Presidente!”, “¡La Nación se levanta, el cambio se viene, Capdevila Presidente!”.

—Vamos a ver cómo se desarrolla esta presentación inicial de “Cap” —dijo Gabriel a María Esther—. Esta primera presentación puede ser vital en la campaña.

—Estoy segura de que le va a ir bien. En las entrevistas por televisión y radio demuestra una gran seguridad y dominio de los temas. Es, además, un gran orador. Le oí el otro día en la Universidad Interamericana. A no ser que cometa algún traspie, esta presentación va a ser un éxito—, respondió María Esther.

—Yo también lo creo—, dijo Gabriel.

—Mira— continuó María Esther—, tiene una familia muy linda: su mujer es muy guapa y los chicos igual. Y se los ve felices. Eso impacta en la gente que tiende a pensar que si su familia es feliz es porque él es un buen padre y esposo. No me preguntes cómo, pero de allí sale la conclusión de que, si es lo anterior, entonces será también un buen Presidente—, sonrió—. ¡No te olvides que para muchos, el Presidente es como el papá!

—Excelente análisis. No sabía que eras también especialista en sicología de masas. Pero sí, es cierto. No sé si en la forma en que tú lo dijiste pero, sí, eso impacta—, dijo Gabriel con una sonrisa.

Muy a la manera de Hollywood, los parlantes inundaron el Coliseo con la música del “Chulla Quiteño”, esa canción típica de la capital de la República que cuenta la vida de ese habitante singular de los siglos XIX y principios del XX, bohemio, artista y fabulador, que fue inmortalizado en la canción de Luis Alberto Valencia y de Alfredo Carpio Flores. Al mismo tiempo, infinidad de globos, con los colores amarillo, azul y rojo del Pabellón Nacional subían al cielo desde el piso del recinto. Acto seguido, luciendo un traje beige y camisa azul sin corbata, pero con una enorme sonrisa, apareció el candidato saludando con los brazos extendidos hacia la multitud.

Luego de acercarse donde Beatriz y los chicos, a quienes saludó con un beso, se dirigió de

inmediato al micrófono e intentó, por largo rato, calmar a la multitud que lo aclamaba. Cuando al fin pudo hacerlo, con voz clara y potente empezó su intervención:

“Hermanos de mi Patria:

Hace apenas tres años, si alguien me hubiera preguntado si yo estaría aquí, hoy día, en este lugar, le habría respondido que sí, pero junto a ustedes, apoyando a quien hubiera representado el deseo de cambio, de justicia, de igualdad que todos nosotros anhelamos. Porque yo, al igual que ustedes, tengo sed de cambio, sed de justicia. Porque anhelo con firmeza un país que brinde oportunidades para todos, no sólo a un grupo de privilegiados de la fortuna. Porque este país está habitado por gente buena y valiosa, que sólo espera una oportunidad para crecer y realizarse. Porque este país y su gente merecen otro destino del que han tenido.

Pero, si hace apenas tres años me hubieran preguntado si yo estaría aquí, en esta tarima, dirigiéndome a ustedes como el candidato del cambio, les hubiera dicho seguramente que no, porque mi meta jamás ha sido la de ocupar la más alta dignidad del Estado sino la de servir a la gente y no servirme de la gente, como muchos políticos lo han hecho en el pasado. Por ello, me presento ante ustedes con alegría y con la frente en alto, porque la única ambición que me mueve es la de tener la oportunidad de servirles, de cambiar este país para ustedes y para todos; porque quiero que ellos (señalando con el brazo a sus hijos) tengan las mejores oportunidades, al igual que los hijos de ustedes, al igual que los hijos de un campesino o de un obrero de fábrica.

Quiero que negros, mulatos, indígenas, mestizos y blancos se fundan en un gran abrazo y construyan juntos este nuevo país; que todos, en una gran cruzada cívica, levantemos nuestra bandera con orgullo, porque estaremos dejando un legado de enorme valor a las futuras generaciones.

Quiero que ustedes sepan que el día en que reciba en el Congreso la banda que me proclame Presidente Constitucional de la República no será el de la llegada a una meta sino, todo lo contrario, el del inicio de una carrera; llena, eso sí, de obstáculos, hacia la consecución de un país nuevo, en donde el pueblo tenga esperanza, tenga optimismo, crea en sus posibilidades de progreso y de realización personal. Un país en donde nadie tenga dudas si podrá llevar el pan a su boca o a la de los suyos. Un país en donde todo aquel que se esfuerce tenga un futuro económico asegurado. Y sobre todo, un país en donde ese mal endémico: la corrupción, quede erradicado de manera radical. Un país en donde la impunidad no sea vista como algo normal y en donde la ley no se aplique sólo al más débil”.

Alejandro era interrumpido constantemente por sus seguidores que, con sus gritos de apoyo y sus cánticos, impedían no pocas veces escuchar con claridad las palabras del candidato. Su intervención se prolongó por, aproximadamente, treinta y cinco minutos, luego de lo cual encabezó una marcha motorizada que atravesó gran parte del centro y sur de la ciudad. Por donde pasaba, los aplausos y gritos de la gente eran numerosos.

“Ni que fuera la selección, después de ganar el Mundial”, opinó un vecino.

Tal como estaban las cosas, todo daba para pensar que el éxito sonreiría en la campaña al candidato Alejandro Capdevila. Y en eso, María Esther y Gabriel coincidían plenamente.



*Aportes de campaña*

El sol vespertino entraba a raudales por los cristales de las ventanas de las oficinas que pertenecían al estudio profesional de Alejandro Capdevila, situado en el séptimo piso del edificio Las Codornices, al norte de la ciudad. El candidato gozaba ya de seguridad proporcionada por el Estado; razón por la cual cada uno de los miembros de su equipo íntimo -incluida Beatriz que llegó al último- debieron identificarse con el jefe de la escolta, quien todavía no los conocía.

Una vez instalados todos alrededor de la mesa de reuniones, Carlos Maldonado hizo un pequeño resumen de cómo la prensa había recogido la intervención de Alejandro en la Plaza de Toros y su posterior caravana motorizada; a continuación, Rodrigo Avilés se refirió a las últimas encuestas que había contratado con la empresa “Medidas de Opinión” y las contrastó con los resultados de otras encuestas, éstas últimas, independientes. Todas le daban a “Cap” una amplísima ventaja de, aproximadamente, treinta puntos, lo que hacía prever una muy cómoda ganancia en la primera vuelta.

Alzando su taza de café, Oswaldo Rojas dijo:

—Salud, “Presidente”. Creo que esto no lo para ni el muro de Berlín.

Con seriedad, Alejandro replicó:

—Me alegra tu optimismo, y que, según veo, todos los aquí presentes comparten. Pero nosotros debemos trabajar bajo el supuesto de que Zambrano está adelante y que tenemos que superarlo.

—Alejandro tiene razón—, replicó Beatriz—. Un exceso de optimismo puede ser fatal.

Opinión que, con un gesto de cabeza, compartió Rodrigo

—Quiero, Oswaldo y Martín, que sepan que le he pedido a Beatriz que se haga cargo, obviamente con ustedes dos, del manejo y revisión de los aportes de campaña. No sólo que seis ojos ven mejor que dos, sino que mi mujer tiene una especial facilidad para el manejo de los números. A ver si se ponen de acuerdo y empiezan ese trabajo lo más pronto posible.

—Encantado de contar con la ayuda de Beatriz en ese tema. Martín, por favor, le entregas a Beatriz toda la documentación— y dirigiéndose a Beatriz, le dijo—, así tú la puedes revisar y me dices si hay algo que requiera de alguna explicación. Creo que Carlos te puede ayudar.

El procedimiento quedó, de esta manera, acordado. Martín le entregaría toda la documentación a Carlos, quien se reuniría con Beatriz al día siguiente y empezarían a revisar el tema financiero; algo que alegró enormemente a Carlos en vista de que se le presentaba la oportunidad de aprender algo más sobre el manejo de una campaña política. “En realidad”, pensó, “cuando apliqué para esta pasantía, jamás me imaginé que iba a tener tanta suerte”.

Quien no se puso para nada alegre fue Oswaldo quien, para sus adentros, buscaba alguna explicación a este pedido de Alejandro. “¿De dónde viene este súbito interés por el financiamiento de la campaña, cuando jamás quiso meterse en este tema? ¿Será que sospecha que hay algo turbio?. No, no lo creo. Además, los encargados de vigilar los aportes de campaña para los dos candidatos, en el Tribunal Electoral, han sido debidamente comprados, de forma tal que por allí no hay ningún riesgo. ¡Bah!, en definitiva, no creo que haya por qué preocuparse. Debo,

más bien, tranquilizar a Rodrigo y a Martín, que les vi que pusieron cara de pocos amigos cuando Alejandro soltó esta bomba”.

Antes de finalizar la reunión se decidió, además, que Oswaldo y Rodrigo harían una revisión final de la lista de candidatos al Parlamento que tendría que ser inscrita la siguiente semana, habida cuenta de que Alejandro ya había dado su visto bueno a la lista inicial.

## 34

### *Daño colateral*

—¿Qué crees que puede haber pasado para que “Cap” pida que Beatriz revise las cuentas de campaña?—, preguntó Rodrigo, en tono inquieto.

—En realidad, le he dado muchas vueltas al asunto y no le hallo explicación. Debo imaginar, por tanto, que como él sabe que cualquier denuncia comprobable en este campo le afectaría directamente, quiere estar seguro del terreno que pisa. No te olvides que Zambrano, al verse en tan franca desventaja, va a tratar de utilizar cualquier medio para bajar a “Cap” de su pedestal. Creo que esa, y no otra, es su preocupación—, contestó Oswaldo.

—Espero que tengas razón.

—Yo también lo espero. Bueno, revisemos esa famosa lista. Aquí, Rodrigo, te tengo una pequeña sorpresa. Unos amigos mutuos, que son fuertes aportantes a la campaña, me han pedido insistentemente que coloquemos dos nombres, en calidad de suplentes, en quinto o sexto lugar. Como tienen la seguridad de que pondremos muchos diputados, la elección de éstos quedaría asegurada; y a los dos amigos que eliminaríamos de la lista para dar paso a los nombres sugeridos les ofreceríamos puestos bien remunerados en la Administración. ¿Qué te parece?

Rodrigo Avilés se puso serio, meditó largo rato su respuesta y contestó:

—Carajo, en qué joda nos metimos. Bueno, pues, adelante, y no se hable más del tema.

A las nueve de la noche en punto, Rodrigo Avilés ingresó al restaurante japonés del Swissôtel y ocupó la mesa que había reservado muy cerca de la entrada. Cinco minutos más tarde hizo su aparición Hugo Espinel, vestido con elegante traje azul, camisa blanca, corbata de diseños en rosa y pañuelo al tono.

—Tan elegante como siempre—, dijo Rodrigo, levantándose para recibir a su invitado.

—¿Cómo estás, Rodrigo? Debo confesarte que aún en este momento no comprendo bien qué es lo que hago aquí.

—Cenar con un amigo. ¿Es eso acaso pecado?

—¿Con un amigo que se ocupa de destrozar a mi cliente? Sí, yo creo que puede catalogarse como pecado.

—¡Bah! Ya te pedí disculpas y esta cena, tómala como un desagravio. ¿Qué prefieres tomar: vino blanco o tinto?

—Tinto, si no te importa.

—En lo absoluto. Mozo, ¿me trae la carta de vinos?

Por el rabillo del ojo, Rodrigo alcanzó a divisar una figura que trataba de pasar desapercibida y que él sabía perfectamente bien de quién se trataba.

—Oye, Hugo—, le dijo en bajo tono de voz y acercándose a través de la mesa, como si no quisiera que nadie más escuche lo que iba a decir—. ¿No te parece que Zambrano es un mal candidato? ¿Qué te apuntaste mal, al aceptar ser su consultor?

—Mira— le dijo Espinel, también en voz baja, —si me invitaste para decirme eso, me levanto y me voy.

Mientras pronunciaba esas palabras, la luz de un flash les deslumbró y una figura salió corriendo del local.

Los dos se pusieron de pie, casi instantáneamente.

□ ¿Qué fue eso? -, dijo Rodrigo con tono de extrañeza.

—Si es lo que me imagino, estoy arruinado. Toma tú solo el vino, que yo me retiro.

—Pero, Hugo, tranquilízate y cenemos. ¡No cabe salir disparados porque algún “paparazzi” nos haya tomado una foto!

—Si esa foto se publica, ¿te imaginas lo que pensarán Zambrano y Capdevila?

—Si eso te tranquiliza y te permite cenar en paz, me comprometo a hacer todo lo posible porque esa foto jamás salga en ningún periódico.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Tengo mis medios. Tranquilízate, te digo. Por favor, siéntate.

—O.K... Cenemos, entonces.

Mientras saboreaba el vino que acababan de servir, Rodrigo pensó que sí podía muy bien cumplir esa promesa, en vista de que esa foto no estaba dirigida a ningún medio de comunicación. Esa foto iría a parar directamente a las manos de Arístides Zambrano. Las consecuencias eran fáciles de prever, especialmente si se conocía el carácter explosivo de Zambrano. “*Collateral damage*”, llaman a esto.

## 35

### *Perdón*

El viernes anunciado por Gabriel llegó. Una enorme inquietud asaltaba a María Esther Cárdenas quien, por satisfacer a su amor y porque sabía que ese momento tenía que llegar, tarde o temprano, había aceptado lo inevitable: ir a casa de María y Gabriel, los papás del Gato; darles la cara, y pedirles perdón y asegurarles que esta vez podían estar seguros de que no iba a traicionar a su hijo. Mientras trataba de arreglarse, dado que el Gato le había anticipado que pasaría por ella en cuestión de treinta minutos, sintió que le faltaba aire en sus pulmones y que se iba a poner a llorar. Trató de contener sus nervios pero, en determinado momento, el dique que trató de formar en sus ojos para contener sus lágrimas se rompió y un llanto sonoro, colmado de angustia, llenó la soledad de su habitación. Lloró incansablemente por un buen rato hasta que pudo calmarse. Tomó una larga ducha, casi fría, que le ayudó a templar un poco su estado de ánimo y arregló su cara lo más que pudo, aunque sin excederse en el maquillaje, a fin de que Gabriel Tomás no se percatara de que había estado llorando. Se puso un sencillo vestido verde y un saco de color negro, así como un collar de perlas -herencia de su madre- y se sentó a esperar el sonido del timbre que anunciaría la llegada de su novio.

Éste no tardó en llegar. Apenas Gabriel la vio, se dio cuenta del momento difícil que ella estaba atravesando. La abrazó fuertemente y le dijo, muy quedo al oído:

—Hoy mis padres te van a dar la bienvenida por segunda ocasión, ya lo vas a ver. Tranquila.

Lo que no podía contar a María Esther es que el día anterior estuvo con sus padres, y su madre no estuvo precisamente contenta con la perspectiva de tener a María Esther en su casa.

El día anterior había quedado en tomar un té sostenido con ellos; por lo general, el par de viejos no acostumbraban a cenar. Él llevaría unas galletas especiales que gustaban mucho a sus padres. En una larga conversación telefónica que mantuvo con su padre, en la mañana, le había anticipado el motivo de su visita y su deseo de, al día siguiente, llevar a casa de sus progenitores a María Esther Cárdenas, que nuevamente se había convertido en su prometida. “Por favor, papá, ayúdame con mamá y haz que ella comprenda que se trata de mi felicidad y que quien tiene la última palabra en este campo soy yo”, le había pedido a Don Gabriel. Él sabía del profundo resentimiento, tal vez odio, que su madre guardaba a quien una vez le traicionó y destruyó su felicidad. Pero la alegría había regresado a su vida. Era nuevamente feliz y nada ni nadie podían interponerse entre su amor y él. Pero el Gato adoraba a sus padres y esa felicidad nunca sería completa si su madre mantenía esos sentimientos hacia María Esther. Al llegar, notó un semblante extremadamente serio en su madre que le preocupó. “Parece que papá habló con ella y el resultado que obtuvo no es favorable”, pensó.

—¡Así es que otra vez volvemos a las andadas!— le dijo doña María, sin mayor preámbulo y con una voz cargada de indignación —. ¡Déjame decirte que te creía más inteligente!

—Mujer, por favor—, dijo don Gabriel, en tono enérgico—. A ver si tratamos el tema de manera racional. Tu hijo ha venido a pedirnos un favor y tú y yo lo vamos a escuchar.

—¡Seguro que lo voy a escuchar! ¡Pero antes tiene que escucharme él a mí! Gabriel Tomás, cuando trajiste a María Esther a esta casa le abrimos los brazos y debo confesar que nosotros también caímos en el engaño de su sonrisa dulce y del cariño que supuestamente te profesaba. Éramos felices porque te veíamos a ti feliz. Pero luego que esa... señorita... finge todo lo que fingió. ¡Hasta su muerte!, para escaparse a Europa con un... criminal, ¡con un gánster!; sin importarle un comino qué pasaba con el hombre que honestamente le ofreció compartir su vida. Cuando supe la verdad, le llegué a tener desprecio; espero que no haya sido odio, sentimiento que aspiro jamás albergar en mi corazón, pero sí desprecio. ¡Y ahora resulta, mire usted, que mi hijo, la propia víctima de esa mujer, apenas ésta sale de la cárcel, corre otra vez a refugiarse en sus brazos! ¡No! ¡No puedo estar feliz ni sonreír ante esta perspectiva!

Luego de un forzado minuto de silencio, Gabriel Tomás contestó:

—¡Te escuché, mamá, ahora escúchame tú a mí! Todo lo que dices es cierto. Sin embargo, lo que no mencionas es que la gente puede cambiar; que se puede hacer un borrón y cuenta nueva. Y María Esther ya no es la niña irresponsable que estaba cegada por una pasión. Sí, aprendió la lección más importante de su vida y lo hizo de una manera dura. Estuvo dos años en la cárcel en donde, por primera vez, que yo conozca, pudo rehabilitarse; no sólo con la sociedad sino consigo misma. María Esther dejó de ser la hija de una familia rica pero disfuncional para convertirse en un ser humano responsable y valioso. Mucho me costó, mamá, aceptar que yo no la había dejado de querer, y darme cuenta, sin que ella me lo dijera, de que su pasión por André era algo que tarde o temprano se había de acabar y de que ella misma comprendería que era verdadero amor lo que siente por mí. ¡Estamos profundamente enamorados el uno del otro, mamá! ¡Terminaremos más pronto que tarde casándonos y nuestra felicidad sería completa si logramos contar con tu bendición!

Con estas palabras, dichas en tono enérgico, Gabriel Tomás había marcado los límites de la cancha con su madre y ella, mujer inteligente como era, comprendió.

Gruesas lágrimas cayeron por las mejillas de doña María y los ojos de los dos hombres estaban también humedecidos. Pasó un momento, que pareció eterno, hasta que la madre del Gato dijo:

—No hablemos más del tema. Prepararé una lasaña que me parece le gustaba a María Esther.

Al abrirse la puerta de la casa y encontrarse María Esther con los padres del Gato, otra vez sintió que no podía controlarse y empezó a llorar. Gabriel Tomás y sus padres le hicieron entrar y el padre del Gato se apresuró a buscar un vaso de agua fría para calmar su angustia. De manera continua y con la voz entrecortada pedía perdón. Doña María la llevó a la cocina, luego de hacer un gesto perentorio a padre e hijo para que permanecieran en la sala. Al llegar a la cocina, le dijo a María Esther muy quedamente:

—Lo importante no es que nosotros te perdonemos sino que mi hijo te haya perdonado. Y, según parece, es así. Si haces feliz a mi hijo, tendrás a cambio todo nuestro amor. Si lo vuelves a traicionar, habrás querido nunca haberme conocido. Ahora, seca esas lágrimas y vamos a tener una velada agradable, como deben ser todas las veladas en familia.

## 36

### “Don José”

La sala de video conferencias de la Unidad de Lucha contra el Crimen Organizado de la Policía quedaba en el último piso del edificio propiedad de la Policía Nacional y dedicado al funcionamiento de la ULCO, exactamente sobre las oficinas del Mayor Ramiro Recabarren quien, con la gente de su equipo, del que ahora formaba parte el Teniente Oswaldo Tena, y con Gabriel Tomás Sánchez de invitado, esperaban sentados a que se estableciera la comunicación con la oficina del Teniente Coronel Jairo Londoño, de la Policía colombiana, en Bogotá. La imagen que surgió en la pantalla era la de la sala de conferencias en Bogotá y había un recuadro esquinero, pequeño, en donde aparecía la imagen de los presentes en Quito. No había todavía comunicación de sonido. Al poco rato se notó movimiento en la pantalla que correspondía a Bogotá y de a poco los integrantes de la parte colombiana fueron ocupando sus asientos. De pronto, se oyó una voz que salió de los parlantes, “Atención Quito, ¿me escuchan?”; a lo que otra voz, la del operador local, contestó “Claro y fuerte, Bogotá. Estamos listos”. La pantalla se llenó con las conocidas figuras del Teniente Coronel Jairo Londoño y del capitán Carlos Ramírez.

—Ramiro. Amigos. Qué grato poderlos ver. ¿Cómo lo has pasado, Ramiro? ¿Tu familia? ¿Todo bien?

—El placer es nuestro, mi estimado amigo. Todo bien en casa, gracias a Dios. Espero que sea igual en la tuya.

—Sí, señor. Gracias a Dios, todo bien. Dime, Ramiro, ¿en qué te podemos ser útiles?

—Mira, Jairo. Nosotros seguimos investigando el asesinato de Emir Barro y, colateralmente, la muerte por atropellamiento del sicario colombiano Gustavo Camposano. Al hacer mi gente una revisión a fondo de la habitación del hotel que ocupaba Camposano encontraron una pequeña caja de madera pegada con cinta adhesiva debajo de la cama. Esa caja tenía en su tapa una leyenda en la que nos pedía que, en caso de que él desapareciese, se entregara su contenido a la Policía colombiana; que ustedes “comprenderían”. El contenido de la caja era un pequeño papel, escrito a mano con letra pequeña, que textualmente dice:

Don José:  
Diego Ernesto Pizano Vélez  
Carrera 68, # 18276 PH 1402,  
Bogotá

—Te estoy remitiendo, escaneado, en este instante, el famoso papelito.

Luego de un largo minuto de silencio y de una consulta en voz baja con el capitán Ramírez, el teniente coronel Jairo Londoño contestó:

—Estimadísimo colega, creemos que el dato que nos estás proporcionando es de una enorme importancia. Te explico: sabemos que existe una auténtica empresa criminal, que ofrece servicios de sicariato a clientes de alto nivel, y que la misma es dirigida por un tal “Don José”, pero desconocemos su identidad. Si el dato que tú me das es lo que me estoy imaginando en este momento, nos acabas de hacer un regalo enorme.

—Según veo, te acaba de llegar la copia en PDF del papel. Parecería que alias “Mortiño” sospechaba que algo le podía pasar y decidió que si él se iba para el otro lado, como en efecto sucedió, su Jefe también caería. Da la impresión de que te está revelando la identidad del famoso “Don José”.

—Afirmativo. Vamos a actuar con prudencia y sagacidad. Quiero obtener la mayor cantidad posible de información de este sujeto. Te ofrezco, Ramiro, tenerte informado y si algo sale del caso que estás manejando, serás el primero en conocerlo.

—Muchas gracias, estimado amigo. Un fuerte abrazo para ustedes.

—Lo propio. Estamos en contacto.

La pantalla se oscureció cuando las partes se desconectaron y un ambiente de optimismo reinó en la sala.

—Lo que el Teniente Coronel Londoño logre descubrir sobre este “Don José” nos va a brindar mucha luz sobre el asesinato de Barro, ya que se supone que uno de sus sicarios fue el autor material y, obviamente, se puede suponer que no lo habrá hecho porque sí, sino cumpliendo una instrucción o encargo— dijo Gabriel—. Es bien sabido que un sicario, especialmente si es un profesional, no mata por matar, sino que siempre lo hace por encargo.

—Sin lugar a dudas—, respondió el teniente Tena—, vamos a empezar a ver la luz al final del túnel.

—Bueno, no tenemos nada más que hacer en este momento sino esperar. A ver, señores, que éste no es el único caso que tenemos. ¡A trabajar!

Con estas palabras, Ramiro despidió a sus hombres y se quedó solo con Gabriel, quien hizo también gesto de levantarse pero su amigo se lo impidió, le puso la mano en el hombro.

—Espera—, le dijo—. No te puedes ir sin contarme cómo fue la reunión en casa de tus padres.

—¡Uff!—, contestó e hizo el gesto de secarse el sudor de la frente—. Al final, todo bien, pero no veas lo que costó con mi madre.

Y le hizo un relato pormenorizado de su visita a la casa paterna el día jueves y de todas las incidencias de la cena del viernes.

—Pobre María Esther. Me imagino lo difícil que debió haber sido para ella. Pero, discúlpame que te lo diga, era el mínimo precio que tenía que pagar. Ahora que ustedes van en serio, tiene que volver a reunirse con quien era su íntima amiga, con Rosalía. Mi mujer, te aseguro, no será tan dura como su futura suegra. Jeje.

—Empezaremos a salir otra vez juntos los cuatro. Sí, señor. Creo que eso será muy saludable para María Esther y, (¿por qué no decirlo?), también para mí.

*Discalculia*

Lo que parecía iba a ser el inicio de una nueva etapa en su aprendizaje sobre el manejo de una campaña política, casi de inmediato, se convirtió en algo aburrido y decepcionante. El problema era que Carlos nunca fue bueno para las matemáticas. Al tiempo de distinguirse entre sus condiscípulos por su inteligencia innata para las ciencias sociales y el interés que ponía por profundizar sus conocimientos en materias tales como historia, sociología, sicología y aquellas propias de su especialidad, desde pequeño se vio forzado a acudir a sus compañeros en busca de ayuda en ciencias exactas. Con una sonrisa interior recordaba cuantas veces su padre debió pagar clases extraordinarias con el profesor Cuesta a fin de que “lo desasne en matemáticas”, en palabras de su viejo. Fue hasta que, ya era casi un adulto, cuando descubrieron que su verdadero problema era la discalculia. Y ahora, -¡ironías de la vida!-, tiene que ponerse a revisar números con Beatriz, quien sí parecía estar muy dotada para estos menesteres ¡Qué horror!

Una de las preocupaciones de Carlos era que Beatriz pensara que estaba al frente de un asistente bastante incompetente o tonto, así que decidió tomar el toro por los cuernos y decirle francamente a la mujer del candidato cuál era su problema y qué podía esperar de él.

—Beatriz— empezó diciendo con una sonrisa culpable—, debo confesar que no soy muy calificado que digamos para el trabajo que estamos realizando. Sabe, yo sufro de discalculia y eso me trajo problemas desde que estuve en la escuela.

—¿Discalculia? ¿Qué es eso?—, preguntó extrañada Beatriz.

—Para decirlo más sencillamente: es la dislexia de los números. Así como en la dislexia, quien la sufre tiene serias dificultades para la escritura y la lectura, dado que se invierten las letras o se tiene dificultad para asociar una letra con su correspondiente sonido. En la discalculia el problema radica en la dificultad para el procesamiento de los números. Fundamentalmente afecta al conocimiento aritmético: a las cuatro operaciones básicas. Por ello, en la escuela y el colegio las matemáticas y todo lo asociado a ellas eran mi tormento. Recién cuando tenía diecisiete años, el sicólogo del colegio descubrió mi problema. ¡Allí descubrí que no era tan tonto como pensaba!—, terminó con una sonrisa.

—¡Hombre!, ¡jamás te creería que alguna vez hayas pensado que eras tonto! Pero, mira tú, debo confesarte que no conocía esto de la... ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Discalculia.

—Eso. Pero, bueno, tú no te preocupes de los números, que de ellos me encargo yo; y créeme, modestia aparte, que lo sé hacer muy bien. Tú revisa los conceptos; nombres de los aportantes; algo que pienses que está mal llevado; lo que creas que haya que corregir.

—De acuerdo. Me quita un peso de encima □ añadió con una risa nerviosa.

—Y otra cosa, compañero: deja, por favor, de tratarme de “usted”, que me haces sentir vieja. Aquí todos nos tuteamos.

—Gracias, Beatriz. Voy a hacer el esfuerzo.

Trabajaron un par de horas, acompañados de sendas tazas de café. Los números satisfacían a Beatriz, así como la cantidad de aportantes. Los ingresos cubrían con holgura los gastos de campaña tanto que, en determinado momento, tomó la decisión de sugerir a “Cap” y a los demás miembros del Comité Político que, una vez cerrada la campaña, el dinero sobrante fuera donado a una institución hospitalaria para gente de bajos recursos; lo que sería algo inédito en el país y daría un claro mensaje de cómo sería el gobierno de “Cap”.

Mientras estos pensamientos ocupaban la mente de Beatriz algo preocupaba, en cambio, a la de Carlos. Era la coincidencia de encontrar nombres bastante desconocidos, sesenta en particular, que aportaban cada uno de ellos una cantidad similar: seis mil dólares. Sacó su teléfono celular y en la calculadora del mismo hizo el ejercicio respectivo: sesenta por seis mil, y el resultado era trescientos sesenta mil dólares. Pero la coincidencia no quedaba allí: todos hacían su aportación el mismo día y el dinero procedía de una cuenta corriente común en el Banco Americano.

Era algo raro, una situación extraña que le pareció necesario comentársela a Beatriz. Cuando lo hizo, ella quedó también sorprendida, y lo primero que hizo fue averiguar el nombre del dueño o dueña de esa cuenta corriente, dato que no estaba consignado pero que Carlos dijo podía obtenerlo “al tiro”, con una llamada telefónica a Joaquín Salvador, su buen amigo de la infancia que trabajaba en el Banco Americano. Hizo la llamada de inmediato, y tras pedirle a su amigo el favor de conseguirle el nombre completo del dueño de la cuenta “ya que debo hacerle un depósito importante que me pidió mi jefe y, ¡ni sabes!, el papelito en el que anoté el nombre se perdió, y si no hago el depósito ahora, mi jefe me mata”, logró, tras un minuto de espera el dato solicitado: JORGE OSWALDO ROJAS PONTÓN.

El estupor se apoderó de ambos. Beatriz, más cerebral y fría que Carlos le dijo a este último:

—No hagas ni digas nada. Alejandro o yo misma te diremos qué hacer. Pero esto tiene que conocerlo “Cap”. Espero que haya una explicación lógica.

—De acuerdo, Beatriz. Nos quedaremos en “stand by”— replicó.

Al poco rato, ambos salieron con rumbo a sus respectivas casas. Beatriz estuvo tentada de marcar el celular de Alejandro para contarle lo sucedido pero, luego de una breve reflexión, decidió que era mejor no tratar estos temas por teléfono. “¡Vaya una a saber si nuestros teléfonos están o no pinchados!”, reflexionó. Total, no perdía ni ganaba nada esperando un par de horas hasta que Alejandro llegara a casa y poder platicar tranquilamente sobre el tema. Y a sabiendas de que Alejandro empezaba a perder confianza, aunque sin motivo aparente, en Oswaldo y Rodrigo, este tema era mejor tratarlo a solas con él y de la forma más relajada posible. Tenía que evitar una sobre-reacción de “Cap”, de la que más tarde pudiera arrepentirse.

Beatriz llegó a su casa y vigiló que sus hijos hicieran sus tareas escolares y se hubieran alimentado de manera adecuada y no sólo con galletas, como últimamente lo estaba haciendo Marco Antonio, el menor, quien era el consentido de la casa y se aprovechaba, para saltarse ciertas reglas, del hecho de que, por el involucramiento en la campaña, su madre no estaba todo el tiempo en casa para poner orden. Luego de ello, tomó una ducha y preparó unos tragos de jugo de naranja con vodka y bastante hielo, tal como les gustaba tomar a ella y a “Cap” antes de cenar, en espera de la llegada de su marido.

Alejandro, en esta ocasión, llegó más tarde de lo previsto. Había tenido una reunión no

programada con un grupo de líderes sindicales que le pareció importante aceptar. Una vez que se puso cómodo, se sentó con su mujer en la salita de estar, contigua a su dormitorio y empezó a degustar, con fruición, el trago que le había preparado Beatriz. Le comentó de su reunión con los sindicalistas, que éstos le habían comprometido su apoyo pero cómo al propio tiempo le pedían ciertas cosas que él encontraba muy difícil de concederlas; por ejemplo: en un país en donde el índice de inflación era relativamente bajo, ellos pedían revisiones salariales semestrales lo que podía, más bien, ser causa de que aumentara la inflación. Habían quedado, le dijo, en que se formaría una comisión para estudiar todas y cada una de las propuestas y peticiones.

Cuando Alejandro terminó de hablar, Beatriz se levantó a preparar otro trago y le dijo:

—Yo tengo una novedad que contarte, que no la sé interpretar y que me gustaría que la examinemos juntos, con la cabeza fría.

—¿De qué se trata?— preguntó con interés “Cap”.

—Antes de empezar te quiero hacer una pregunta que estoy segura de que tú no conoces la respuesta—, dijo con una sonrisa Beatriz, buscando que el ambiente esté distendido para cuando le dé la noticia. —Por cien dólares, ¿qué es la discalculia?

—La dis... ¿qué?

—Lo lamento. Has perdido tu oportunidad. La discalculia es— dijo con una amplia sonrisa, en tono doctoral y repitiendo casi textualmente las palabras de Carlos—, la dislexia de los números. Mientras que con la dislexia tienes dificultades para la escritura y la lectura, porque se invierten las letras o se tiene dificultad para asociar una letra con su correspondiente sonido, en la discalculia el problema radica en la dificultad para el procesamiento de los números. O sea, señor candidato, que afecta al conocimiento aritmético, a las cuatro operaciones básicas.

—¡Vaya, señora, veo que eres extremadamente culta! Pero dime, ¿a qué viene todo esto?

—Es que Carlos, que es un muchacho brillante, padece de discalculia; así es que no era, el mejor ayudante para manejar números. Pero hoy que trabajamos con los aportes de campaña, hizo, en cambio, un descubrimiento que nos dejó intrigados, y es sobre lo que quería platicar contigo.

—Lograste despertar toda mi atención pese al cansancio del día. Dime, ¿de qué se trata?

—No encontramos explicación a un fenómeno raro: un día determinado, sesenta ciudadanos desconocidos aportan seis mil dólares cada uno, o sea, trescientos sesenta mil dólares en total, dinero que proviene de una sola cuenta corriente del Banco Americano. ¿A qué no adivinas quien es el titular de esa cuenta?

—Dime—, respondió con tono serio.

—Nuestro común amigo: Oswaldo Rojas.

—¿Oswaldo? ¿Quieres decir que toda esa plata, en realidad, era de él?

—O era de él o la recibió de alguien que prefiere quedar en el anonimato..., por ahora —contestó Beatriz.

—Este asunto..., ¿quién lo conoce?

—Carlos y yo. Y ahora, tú. Por Carlos, no te preocupes. Es un tipo muy serio y reservado, y, además, le pedí que no compartiera con nadie esa información hasta que le digamos qué hacer.

—Bien. Creo que debo abordar este tema en privado con Oswaldo. De lo que él me diga dependerá cómo actuemos. Bueno, basta de preocupaciones. ¿Será, querida, que haya algo para comer?



*Simples intuiciones*

Carlos percibía que algo estaba incorrecto en el manejo de la campaña, pero no sabía qué. Era una simple intuición que le estaba produciendo un dilema moral y no sabía qué hacer. Hoy por hoy, pensaba que, o seguía trabajando con Rojas, o abandonaba la campaña. Necesitaba hablar con alguien y pedir consejo respecto a qué hacer. ¿Hablar con “Cap” respecto de sus sospechas? ¿Con Beatriz, o con Oswaldo? ¿Pero, sospechas de qué, o de quién? Su posición, si estaba equivocado en sus temores, podía sonar a paranoia pura y haría que perdiera de inmediato su posición de privilegio. ¿Podía, legítimamente, hablar sobre lo que pasaba en la campaña con Gabriel y María Esther? Él no había hecho ningún voto de silencio ni había suscrito ningún papel por el que se obligara a no difundir detalles de la campaña. Además, no se trataba de que quisiera revelar la estrategia de la misma ni los puntos débiles del candidato, a fin de que lo aprovechara el rival. Nada de eso. Él, lo que quería, era tener a alguien capacitado, con más experiencia que él, que le pudiera brindar un consejo. Eso era todo.

Sin embargo, era obvio que “Cap”, Beatriz y el resto le habían permitido tener acceso a un elevado grado de conocimiento de las cosas que ocurrían, o que iban a ocurrir, porque esperaban de él reserva. Casi sin conocerlo y por recomendaciones, precisamente de Oswaldo Rojas, había sido aceptado en ese exclusivo grupo que constituía el Comité Político de campaña, y no podía traicionar esa confianza. Lo único que tenía eran simples intuiciones de que algo no rodaba como debería, como le llevaba a pensar el hecho de que Beatriz le pidió no hacer ni decir nada sobre las extrañas aportaciones a la campaña, no sin antes decidirlo con Alejandro. ¡Pero no sabía exactamente qué era lo que estaba mal!

En definitiva, lo mejor era esperar. “Si algo malo o incorrecto está sucediendo, el tiempo lo dirá”, pensó.

*Aclaración aceptada*

Alejandro había invitado a desayunar en su casa a Oswaldo, con el objeto de conversar en total privacidad sobre el tema de los aportes de campaña y otros detalles de la misma.

En la mesa estaban sentados exclusivamente los dos, debido a que Beatriz, cuando llegó Oswaldo, se había excusado de acompañarlos debido a que tenía una reunión de padres de familia en el colegio de sus hijos y no quería faltar a esa cita.

Luego de pasar revista a las próximas movilizaciones que debía Alejandro efectuar y a detalles de la logística de las mismas, el candidato pasó a topar el tema que le había motivado a tener este desayuno de trabajo:

—Oswaldo—, le dijo, —quiero que sepas que te estoy muy agradecido por el trabajo arduo y, en ocasiones, ingrato que estás llevando a cabo en beneficio de la causa. Como debes suponer, al estar tan alto en las encuestas, difícilmente puedo seguir subiendo; lo más probable es que baje. Y una caída, provocada por un error que se pudo evitar, puede tener consecuencias imprevisibles. Por ello le pedí a Beatriz te eche una mano al revisar las aportaciones de campaña, a sabiendas de que a ella le encantan los números y es muy hábil con ellos, pues ése es un campo en el que no debemos fallar; y porque no quiero que todo el peso caiga exclusivamente sobre tus hombros. Ahora bien, el trabajo ya lo hizo Beatriz con la ayuda de Carlos que (riéndose) padece, imagínate tú, discalculia “estoy seguro de que Oswaldo no sabe qué significa”, pensó, divertido.

□ Pobre, lo que debe de haber sufrido en la escuela – respondió Oswaldo, con seriedad, para sorpresa de “Cap”.

—Sí, parece que no la pasó bien, hasta que le descubrieron la causa de sus problemas con las matemáticas y ciencias afines; recién cuando tenía diecisiete años, según le contó a Beatriz.

—Pero con discalculia o sin discalculia, es un muchacho brillante – dijo Oswaldo con convicción.

—Así es. Sin duda. Pero lo que te quería comentar es lo siguiente: en las aportaciones hay algo extraño que merece explicación. Se trata de sesenta aportes que hacen personajes desconocidos, todos el mismo día, de seis mil dólares cada uno, y el dinero proviene de una misma cuenta corriente: ¡la tuya en el Banco Americano! Te agradecería que me lo expliques.

Un ligero rubor cubrió el rostro de Oswaldo y durante un minuto, durante el cual su mente trabajó a altísimas revoluciones, hizo silencio. Cuando éste se rompió, dijo:

—Vaya, amigo, algo que no quería que se supiera parece que salió a la luz... Esas aportaciones son mías, Alejandro, pero quería que pasaran desapercibidas. Por ello le pedí el favor especial a Emir Barro de que sacara trescientos sesenta mil dólares de mi portafolio en el Banco y lo transfiera a la cuenta de la campaña en cantidades pequeñas y con nombres de depositantes ficticios, cuya lista yo mismo le proporcioné. Pero no tenía que hacerlo todo el mismo día, ni todos con la misma cantidad. ¡Vaya chambonada! ¡Parecería que quiso ahorrarse trabajo!

—Pero, Oswaldo, ¿por qué no me lo dijiste?, ¿por qué hacerlo de esa forma?—, preguntó Alejandro con el ceño fruncido.

—Primero, porque quería ser un aportante anónimo; segundo, porque no quería que tú pensaras que te iba a acompañar en el poder para recuperar, y con creces, ese aporte; y, tercero, porque como tarde o temprano el libro de aportes debía ser auditado, me pareció de mal gusto que tu Jefe de Campaña apareciera como uno de los principales aportantes a la misma. ¿Por qué lo hice en ese momento? Porque tenía serios temores de no poder recaudar lo suficiente. ¿Lo hice de la manera correcta? ¡Ahora me acaban de entrar las dudas!

—Pero, Oswaldo, ¡es una cantidad muy fuerte!

—No lo tomes como jactancia, pero no lo es para mí. Ahora que ya lo sabes, Alejandro, ¡te pido por favor que cambiemos de tema!

—No, profesor. No puedo cambiar de tema tan rápidamente. Yo, sin lugar a dudas, te agradezco tu generosidad pero, te repito, ¡estamos hablando de una cantidad muy fuerte!

—Alejandro, hablemos claro. Sentiría que me ofendes si piensas que yo espero que tú te sientas ligado a mi persona por este aporte. Para evitar ese tipo de suspicacia fue que traté de hacer ese aporte lo más anónimamente posible. De llegar al poder, y si tú decides que yo tenga algún cargo de responsabilidad, al momento de aceptarlo te haré entrega, por anticipado, de mi carta de renuncia, sin fecha, para que seas tú quien la ponga en el momento que consideres apropiado; porque en el minuto en que tú asumas la Presidencia de la República, que estoy seguro que lo vas a hacer, te convertirás en el Jefe del Estado y dejarás de tener amigos. Lo que tendrás serán colaboradores y éstos, **todos éstos -y en eso me incluyo-**, serán absolutamente descartables. ¡Quien no lo entienda así, se graduará de imbécil!

—No te pongas susceptible —respondió el candidato—. Desde ya, te anticipo que si llego a la Presidencia, tú serás el Secretario General, y lo serás porque tienes toda mi confianza y sé, además, que eres un hombre de principios.

—Gracias, Alejandro. De ser ese el caso, tendrás mi colaboración incondicional y, te repito: por el tiempo que tú creas necesario. Y aunque no debería hacerlo, desde ya te sugiero el nombre de Rodrigo como Ministro de Obras Públicas. Con toda su experiencia como constructor, me parece el hombre ideal para poner orden en ese sector.

Alejandro suspiró aliviado. Oswaldo Rojas era una pieza fundamental en su maquinaria electoral y, en gran parte, el artífice de que él se encontrara en donde ahora se hallaba: a un paso de ganar las elecciones. Él, además, fue quien le presentó a Rodrigo Avilés —un verdadero genio de la comunicación política— e, inclusive, quien descubrió a un muchacho tan valioso como Carlos Maldonado. Habría sido un golpe para él, y una gran pérdida, que se hubiera encontrado algo turbio en los aportes. Lo anterior, sin embargo, no condonaba la forma cómo había procedido Oswaldo. Estaba seguro de que, en algún momento (“ojalá suceda una vez concluidas las elecciones”) alguien iba a cuestionar esos aportes y Oswaldo, en esa oportunidad, tendría que dar la cara.

Antes de salir, Oswaldo le dijo a Alejandro:

—Déjame contarte un chisme, que es bastante gordo.

—¿Cuál es?

—Zambrano despidió a su consultor político y Estratega de Campaña, Hugo Espinel.

—¿Despidió a Espinel? ¡Si era lo mejor que tenía! ¿Por qué?

—Ha hecho saber a todo el mundo que Espinel lo traicionó y que nos pasaba toda clase de información de su campaña a nosotros. Lo cual, obviamente, es falso, pero con esto ha arruinado la carrera profesional de Espinel. ¿Quién va a quererlo contratar ahora?

—Bueno, si Zambrano ha decidido hundirse, el problema es suyo.

—Creo que esto es lo que lo sacó de casillas —dijo, al tiempo de enseñarle a “Cap” un pequeño recorte de prensa—. Es del Universal, de ayer. Seguro que no lo viste.

El pequeño recorte, de la sección “Notas desde el Panecillo”, del periodista Alfredo Gualinga, rezaba como sigue:

Parece que al candidato Aristides Zambrano algún comedido le hizo llegar una fotografía de Hugo Espinel, su consultor político, en conversación con alguien muy importante en la campaña de su rival. Lo que le hizo pensar que aquel estaba en tranzas con su contrincante Capdevila; razón por la cual lo echó de sus filas.

Gente de Capdevila, sin embargo, niega que tal cosa haya sucedido.

—¡Qué ridiculez! —fue el comentario de Alejandro.

—Igual pienso yo —respondió Oswaldo— Bueno, “Presidente”, debo irme —dijo con una amplia sonrisa.

Los dos se despidieron con un abrazo y se quedaron en verse a las seis de la tarde, en el local partidario, para definir los detalles de su visita a la ciudad de Cuenca.

*“It's not personal. It's business”.*

La mañana de ese día había sido más bien rutinaria para María Esther y Carlos, quienes, por pedido de Gabriel, abandonaron su tarea de escudriñar todo lo que se había escrito y constaba en la “web” sobre Alejandro Capdevila y Aristides Zambrano. Ya llevaban algunas mañanas dedicadas, más bien, a hurgar en la vida de los principales colaboradores y líderes de las campañas de los dos candidatos y, en realidad, no era mucho lo que habían obtenido.

Los principales colaboradores de Zambrano, en su mayoría, eran jóvenes que no habían tenido mucha vida pública; y los que sí, apenas tres, incluido un ex sacerdote, eran personas intachables, sin nada incorrecto en su hoja de vida que los pudiera afectar. Mención aparte era el caso de Hugo Espinel, su consultor político, quien era un personaje muy conocido y respetado como profesional.

En lo que hallaron en relación a la gente de Capdevila, Rodrigo Avilés, el Estratega de la Campaña de “Cap”, parecía el menos conspicuo del grupo. Había muy pocas referencias a su vida profesional, excepto su participación en defensa de los intereses de los comerciantes importadores, cuando, por dos ocasiones, fuera Presidente de la Cámara de Comercio provincial. Era además, dueño de una empresa constructora y había suscrito, en varias ocasiones, jugosos contratos con el Estado. Tenía, además, una consultora sobre temas publicitarios que, al parecer, nunca antes había trabajado, como lo estaba haciendo ahora: en campañas políticas. Aparte de esto, nada. Parecería que es el tipo de personaje que busca más bien mover los hilos del poder, aunque siempre detrás del trono, sin buscar protagonismo. Lo que no sorprendió a Gabriel, quien ya lo tenía catalogado como un individuo más bien austero. Recordó una anécdota que lo retrataba más bien de hombre medido y serio: fue una ocasión que acompañó a Oswaldo y Rodrigo a cenar a un muy conocido restaurante, invitados por el primero. Mientras Rodrigo tomó un consomé y una ensalada, que acompañó con una copa de vino blanco y agua, Oswaldo ordenó una sopa de cebollas, un lechoncito como plato fuerte, acompañado de papas fritas, y una tarta de chocolate de postre, todo bien bañado con una botella de vino tinto, y un coñac de bajativo. Él recordó haber estado también parco en su pedido: pechuga de pollo a la parmesana y un vaso de Coca-Cola. Durante la cena, mientras Rodrigo se refería a temas de política internacional, Oswaldo interrumpía la conversación para contar sus aventuras amorosas con una artista venezolana “*pre-ci-o-sa*”, como repetía □ que había venido a grabar una telenovela.

Oswaldo. Él sí que era un personaje como para llenar páginas y páginas en un informe. Abogado societario, había actuado en casos que fueron muy publicitados, en defensa de empresas petroleras que se creían afectadas por decisiones del Estado. Todo un *bon vivant*, no había página social en las revistas del corazón en la que no apareciera, rodeando con su brazo la cintura de alguna mujer hermosa. ¡Que se inauguraba un restaurante!, pues el invitado era Oswaldo Rojas. ¡Que había un desfile de modas!, quien salía en la foto era Oswaldo Rojas. ¡Que la recepción en la Embajada de...! Allí estaba Oswaldo Rojas. En fin, Oswaldo era parte del “jet set”. Y lo disfrutaba siéndolo. Entre risas y recordando su figura rechoncha, comentó Carlos con María

Esther, que: “Lo único que todavía no encontramos es la página de alguna revista en donde se lo declare el hombre más sexi del año. ¡No faltaba más!”. Se lo conocía como un hombre bastante rico, generoso consigo mismo, no tanto con los otros. Hace diez años, una mujer de clase media baja le siguió un juicio de paternidad para que reconociera a su hijo Oswaldo Javier, de ocho años de edad, lo cual fue considerado por él como inaceptable. El juez que siguió la causa, de inicio, solicitó una prueba de ADN a la cual Oswaldo se opuso y —luego de mover determinadas influencias— jamás se la efectuaron. Poco tiempo más tarde, la mujer retiró la demanda y el juicio se archivó. No consta en ninguna parte que la mujer haya recibido algún pago por debajo de la mesa para que hubiese actuado de la manera en que lo hizo; pero eso habría que suponerse, según comentario de María Esther, opinión que compartió Carlos.

—Pero tú que los conoces a los dos, ¿qué opinas? —preguntó María Esther.

□ Mira, los dos son personas de una gran capacidad intelectual. Rodrigo es un estratega político de primera. Bueno, como joven que soy, no es que haya en realidad conocido a muchos, pero es notable la forma en que este hombre va diseñando la campaña y cómo se van produciendo los resultados esperados con la precisión de un reloj suizo. Sí, a ratos me parece un relojero que va colocando las pequeñísimas piezas de la máquina con una escrupulosidad magnífica. Que yo sepa tiene una buena fortuna pero no vive ostentosamente; inclusive se viste con ropa que no es de marca. Pero hay algo en él que no termina de gustarme. Si me preguntas qué es, no sabría contestarte. Tal vez sea un problema de química. Me parece o, más bien, me temo que sea un hombre de pocos escrúpulos, ¡y los hombres así, con poder, me dan miedo!

—¿Y Oswaldo? —preguntó María Esther.

—Bueno, debo confesarte que a él le tengo más simpatía, dado el simple hecho de que fue él quien me contrató y me ha metido a trabajar en el Comité Político, un grupo muy reducido y cerrado que maneja la campaña. Todo un privilegio para un joven desconocido como yo. Oswaldo Rojas es un tipo bonachón, aunque puede ser muy duro cuando quiere. Muy trabajador aunque muy desordenado. Hombre capaz de tomar decisiones difíciles. Pero, como Rodrigo, no creo que sea un dechado de escrúpulos. Aunque te repito, a Oswaldo le tengo mucha simpatía. Simplemente, ¡el hombre me cae bien!

—Ahora bien, si Alejandro Capdevila es un hombre recto, de sólidos principios, ¿qué hace con esta compañía?

—¡Sin esta dupla, Alejandro estaría perdido! De eso puedes estar segura. Por otro lado, te repito las palabras que alguna vez le escuché decir a Rodrigo: “La política no es tarea que la puedan hacer las monjitas de la caridad”. ¡Esa es la dura realidad, mi querida amiga! Esa-es-la dura-realidad.

—O sea, lo que me quieres decir es que, si quieres triunfar en el mundo de la política, ¿tienes que saber pactar con el mal?

—Sé que suena horrible, pero algo de eso me temo. De ahí, precisamente, mis dudas sobre si continuar en el camino que yo me había propuesto o abandonarlo todo. Conforme avance mi conocimiento del tema tomaré una decisión. Lo que sí te puedo asegurar, María Esther, es que no estoy dispuesto a sacrificar mis principios.

—Nunca lo hagas, mi querido Carlos, o no sabrás lo que es ser feliz —respondió con tono muy serio María Esther; la mujer que pagó caro el haber hecho a un lado sus principios por seguir una pasión—. ¿A quiénes más tenemos?

—Bueno, fundamentalmente nos quedan dos personajes: Martín Carrión, que es el Tesorero de la Campaña, y Luis Antonio Peña, Coordinador de Movilizaciones. Los dos trabajan juntos y son, además, íntimos amigos. Son otra versión del “Gordo y el Flaco”. Martín es un hombre de estatura más bien baja pero regordete, y Luis Antonio es más bien flaco y alto. Martín es un hombre de finanzas, banquero de profesión, cuyo papel es recaudar fondos para la campaña de todos los lados imaginables. No lo he tratado mucho, excepto en las reuniones del Comité Político, en donde siempre demuestra preocupación por que considera que lo recaudado no es suficiente. En lo que respecta a Luis Antonio, es un conocido ingeniero en petróleos y es un notable organizador. Él se ocupa de manejar todas las movilizaciones del candidato y que sus visitas sean un éxito. En otras palabras, mientras Martín consigue el dinero, Luis Antonio se encarga de gastarlo. Te repito, a ninguno de los dos los conozco bien como para hacerme una idea clara de cómo piensan y actúan.

—Bueno, pues —dijo María Esther—, si eso es lo que tenemos, eso es lo que le entregaremos al Gato. Espero que con lo que hemos logrado reunir, Gabriel Tomás tenga material suficiente para su artículo.

Mientras esto sucedía, Rodrigo Avilés recibió una desesperada llamada de Hugo Espinel, que al principio dudó mucho en aceptar. Luego de pensarlo dos veces, lo hizo.

—Rodrigo, necesito que hables con Arístides y le expliques lo de la foto: Algún hijo de puta se la hizo llegar.

—¿Hablar con Zambrano? ¿Estás loco? Bastante riesgo estoy corriendo al aceptar tu llamada.

—¿Es que no te das cuenta que lo que acaba de pasar me va a arruinar mi vida profesional?

—¡Vamos, hombre! ¡Tómate unas vacaciones, aléjate de este oficio, pero no seas melodramático!

—Sabes que eres un miserable hijo de puta. ¿Lo sabes, verdad?

—Adiós, “amigo”. Nos veremos en el infierno.

Con estas palabras, Rodrigo colgó el teléfono. Sentado en su sillón y mirando el teléfono celular, pensó: “You are a collateral damage, my boy”. Como decía Don Lucchesi en El Padrino: “It's not personal. It's business”.



*Una mini grabadora*

Carlos tuvo bastante trabajo esa tarde. Oswaldo viajó a Cuenca para preparar la llegada de Alejandro y lo hizo en compañía de Rodrigo y de varios ejecutivos de la campaña. Pero eso no le significó asueto sino todo lo contrario. Oswaldo le había dejado un encargo importante, al que tendría que dedicar un buen esfuerzo. Debía escribir cartas personalizadas a una veintena de personas en Manabí y Esmeraldas, esas dos provincias de la costa ecuatoriana por las que “Cap” les solicitaba su apoyo. En cada caso había que destacar los principales intereses e inquietudes locales de esas personas, intereses no siempre coincidentes, pero que serían debidamente atendidos tan pronto como Alejandro Capdevila fuera Presidente de la República. Había que redactar las cartas de forma tal que cada uno de los receptores se sintiera agradecido de que el futuro Presidente le reconociera como un personaje importante en la política provincial y nacional.

Amalia, la secretaria privada de Oswaldo, le preparó una cafetera pequeña con un café mezclado con un poquitín de Baileys y canela – una especialidad suya que tenía un sabor y un olor deliciosos-, que dejó en la mesita al lado del escritorio de Rojas junto con una pequeña fuente con bizcochos.

—Si al jefecito no le importa, abandono el campo de batalla y me voy de compras. Seguramente me vas a decir que “cuando el gato se va los ratones juegan”, pero es que si no aprovecho que el doctor Rojas está fuera de la ciudad, no podré nunca salir a hacer una compra que necesito para el cumpleaños de mi marido, que es pasado mañana.

—No hay problema, reina. Yo me quedo al frente de la tienda. Dime, cuando me retire ¿sólo cierro la puerta, o debo hacer algo más?

—Sólo la cierras. El guardia viene más tarde y conecta la alarma.

—O.K. Que te diviertas.

Carlos tenía ya una idea bastante clara de cómo debían ser redactadas las cartas, así es que, luego de servirse una buena taza de café, se enfrentó al teclado de la computadora con buen ánimo, dispuesto a redactarlas todas. Todavía no había concluido la tercera cuando su teléfono celular empezó a sonar. Al ver la pantalla del mismo, descubrió que quien lo hacía era su novia Elizabeth, quien debía estar furiosa porque él se había desaparecido más de cuatro días.

—Hola, mi amor. Estaba justo por llamarte —mintió, forzado por las circunstancias, dado que sabía lo que se le venía encima.

—Vaya, doctor Maldonado. ¡Que gran honor poder oír su voz! —respondió con sorna Elizabeth—. Debes estar **tan** ocupado que ni siquiera has tenido tiempo de llamarme.

—Amorcito, me declaro culpable. Me cayó encima una montaña de trabajo y he estado llegando muy tarde a casa. Pero, ¿qué te parece si hoy nos desquitamos? Te invito a cenar a un restaurante italiano, o al que tú prefieras.

—Bueno, voy a ser indulgente contigo. ¿A qué hora me pasas a ver?

—¿Te parece bien a las ocho de la noche?

—De acuerdo. Te espero. Besitos.

—Muchos para ti.

Carlos sonrió al haber solucionado tan fácil el enojo de Elizabeth, aunque eso le iba a costar trabajar en su casa hasta altas horas preparando las cartas. Grabó en su dispositivo de memoria USB las dos cartas que tenía ya listas, así como la tercera que quedó inconclusa, y apagó la computadora. En la noche, una vez que hubiera terminado de redactar todas, las enviaría por correo electrónico a Oswaldo para que las aprobara y, con su visto bueno, Amelia se encargaría de imprimirlas para la firma de Alejandro Capdevila y poder remitirlas a sus destinatarios.

Como lo hacía siempre antes de irse, se puso a ordenar el escritorio de Oswaldo, aunque en esta ocasión lo hizo rápidamente, a fin de no atrasarse a la cita con su novia. Al acercarse a la puerta, notó que el cuadro, copia en formato grande de “La tormenta en el mar de Galilea”, de Rembrandt, que estaba colocado a espaldas del escritorio de Oswaldo, estaba ligeramente corrido a la derecha. Al acercarse, descubrió que el mismo en realidad servía como una especie de tapa, que protegía de la vista ajena a una caja fuerte que, al parecer, por descuido del dueño, no estaba cerrada. Con gran curiosidad, Carlos abrió la caja fuerte y lo que descubrió fue una mini grabadora digital y sus cables para conexión a una computadora o a un teléfono —si lo que se quería era grabar una conversación telefónica—, así como un papel, escrito a mano por Oswaldo, (su letra era inconfundible), que al parecer tenía la lista de las grabaciones hechas, pero con títulos tan raros como “Toma de grave decisión” o “Encuentro en Bogotá”. Rápidamente volvió a cerrar, claro, sin seguridad la caja fuerte y a poner el cuadro en su sitio. “Que me perdonen Dios y el doctor Rojas, pero creo que si escucho lo que está grabado, (que no debería hacerlo ya que estaría violando la intimidad de Oswaldo), voy a conocer bastante más de este personaje. Esto me permitirá saber con quién y en qué diablos estoy metido. Aprovecharé la ocasión mañana, porque Oswaldo no regresa sino en tres días. Ahora, a disfrutar de la compañía de Elizabeth”. Con este pensamiento en mente, tomó su mochila y salió.

## 42

### *Amistad*

María Esther estaba radiante. En la mañana, temprano, recibió una llamada telefónica que, luego del “shock” inicial, le había levantado el ánimo enormemente. Fue su amiga del alma, Rosalía Román de Recabarren, quien tomó la iniciativa y, luego de las lágrimas iniciales, que surgieron en los ojos de ambas, le aseguró que la estupidez que había cometido hace algo más de dos años y que afectó tanto a su amigo, y hermano del alma de su marido, Gabriel Tomás Sánchez, había sido olvidada. También le dijo que le parecía increíble pero, al mismo tiempo, fantástico, que se hubieran reconciliado y más fantástico aún, que se hubiera también reconciliado con los padres del Gato; y que Ramiro le había dicho que con el Gato iban a organizar una salida a cenar para el próximo sábado y que no podía esperar el paso de los días hasta poder darle un estrecho abrazo. “Tenemos tanto que conversar”, le dijo y que tenían que volver a conformar el grupo unido, como un puño, que eran los cuatro antes.

Rosalía había sido su gran amiga y confidente. Cuando el Gato empezó a salir con ella y conoció al íntimo amigo de su pretendiente, el entonces capitán Ramiro Recabarren, ella sugirió el nombre de Rosalía como acompañante de Ramiro, aunque con el temor de que la profesión de éste no atrajera a su amiga. En realidad, sucedió todo lo contrario y esa pareja se atrajo mutuamente de manera incontenible. Tanto que unos cuantos meses después se casaron y, según sabía por Gabriel, eran muy felices en su matrimonio.

A Ramiro tampoco lo había visto y su encuentro iba a ser otro “shock”. Pero le ponía muy contenta saber que ese otro aspecto de su vida y de la vida de Gabriel: sus amigos –que no eran muchos, porque el Gato era muy selectivo en ese campo- iba otra vez a encarrilarse; lo que, en definitiva, significaba que cada vez más rápido su vida se encauzaba hacia la normalidad.

Inmediatamente después de hablar con Rosalía hizo algo de gimnasia, se duchó, desayunó y se preparó para salir a las oficinas de El Tiempo. La estación del trolebús estaba a tan sólo dos cuadras de su apartamento, por lo que trasladarse al edificio del periódico no le tomaba más de media hora. Quería hurgar un poco más en la figura de Rodrigo Avilés, el personaje que le era antipático a Carlos, y ver si encontraba alguna costura rota en su, al parecer, no muy dilatada vida pública.

Pero como el día estaba hermoso, decidió caminar un poco antes de tomar el trolebús. Al recorrer apenas cuatro cuadras por la Avenida 10 de agosto, escuchó una voz que la llamaba. Al comienzo no lo reconoció, dadas su barba y su gordura que no lucía en el colegio y en los primeros años de universidad, que fue cuando frecuentó su compañía; era Ignacio Labastida, gran amigo en aquellas épocas. Ignacio se lanzó a darle un abrazo y un beso en la mejilla, le comentó que había seguido muy de cerca su drama personal y que se alegraba enormemente al verla en la calle y, además, “tanto o más guapa que antes”. No pudo negarse a aceptarle un café, aunque María Esther previamente le aclaró que no podría tomarles mucho tiempo dado que debía llegar a su trabajo.

—¿En dónde estás trabajando, linda? —preguntó Ignacio.

—Estoy haciendo un trabajo de investigación para El Tiempo, sobre los candidatos y sus

campañas —respondió María Esther.

—Vaya coincidencia. Yo estoy metido en la campaña de Alejandro Capdevila, trabajando con Rodrigo Avilés, que es el estratega y responsable de comunicación de la misma. Mi campo son las redes sociales —dijo Ignacio.

—¡No puede ser! —respondió riéndose María Esther—. Si es así, tú me puedes ilustrar cómo es esto del manejo de las redes sociales en una campaña.

—Por supuesto, será un placer. Mira, te lo hago corto. El tema consiste en crear mensajes y foros de discusión, en donde, si aparece un contestatario al candidato, tú haces aparecer varios a favor del mismo. Estos últimos no tienen que ser necesariamente reales, pero deberán parecerlo. Son los que en la jerga del Internet se llaman “troles”.

—¿Funciona, de verdad, eso? —preguntó con aire ingenuo María Esther.

—Por supuesto que funciona. Tiene, sin embargo, un limitante: está dirigido a usuarios de Internet; es decir, no tiene utilidad alguna cuando se trata del votante rural o urbano de clase baja que no utiliza la “web”.

—Y me dices que trabajas directamente con Rodrigo Avilés. ¿Cómo es él?

—Un tipo brillante, pero del que te aconsejo no lo tengas por enemigo. No es, lo que se dice, un dechado de escrúpulos. Pero, mira, ¡no creo que estoy haciendo bien hablando mal de mi jefe!

—No te preocupes. Sé cuándo debo ser una tumba. Mira, Ignacio, ha sido un enorme gusto el haberte encontrado. Ojalá se presente la oportunidad para vernos otra vez, pero hoy debo salir corriendo.

—Aquí tienes mi tarjeta. Allí consta también mi celular. Llámame cuando quieras, que hoy verdaderamente disfruté de tu compañía, aunque sea por tan corto tiempo.

—Gracias, Ignacio. Así lo haré. Hasta vernos pronto.

Con un beso en la mejilla, María Esther se despidió de su antiguo compañero pensando en lo pequeño que es el mundo.

## 43

### *Lo pasado, pisado*

Los cuatro viejos amigos se encontraron en el restaurante El Limonar, uno de los más nuevos y con mejor publicidad de los que había en la ciudad. Era un local cuidadosamente decorado, que hacía de cada mesa un reservado al estar cada una de ellas rodeada por pequeños arbolitos de limones y plantas de distinto género. La música ambiental era instrumental y muy suave, y no se convertía en obstáculo para la conversación, como ocurría con tanta frecuencia en otros lugares.

Cuando llegaron María Esther y Gabriel, les esperaban ya en la mesa Rosalía y Ramiro. Al verles, Rosalía se levantó como un resorte y se lanzó a abrazar a su amiga que acababa de recuperar. Ramiro le dio también un abrazo y le susurró en el oído “No vamos a hablar de historia”; gesto que María Esther agradeció con una sonrisa.

No pasó mucho rato para que Rosalía invitara a María Esther a que le acompañara al tocador, ocasión en la cual las dos se pusieron, de forma rápida, al tanto de sus vidas. Rosalía, con mucho tino, no quiso topar mayormente el drama de María Esther, gesto que ésta última agradeció, y más bien se pusieron a hablar de planes futuros; Rosalía estaba especialmente interesada en saber si se podrían escuchar, en una fecha cercana, las notas de la Marcha Nupcial de Mendelssohn, a lo que María Esther, con risas, contestó que era demasiado pronto como para saberlo.

Mientras esto sucedía en el tocador de damas, Gabriel y Ramiro, sentados frente a una copa de vino y luego de que Ramiro le expresara su contento al verlo alegre y distendido, conversaron sobre el tema que ambos conocían pero del que Gabriel no estaba enterado de ciertos detalles: el asesinato de Emir Barro y la posterior muerte del supuesto asesino, el sicario colombiano Gustavo Camposano, alias “Mortiño”. Ramiro le contó a su amigo del descubrimiento que hizo el Sargento Carranza y cómo creen que la identidad de un “empresario de la muerte” conocido como “Don José”, supuesto jefe de alias “Mortiño”, habría sido develada. Estaban, le dijo, a la espera de los resultados que obtenga la Policía colombiana sobre este particular.

Cuando las damas se reintegraron a la mesa, la conversación cambió de tópico y se topó el tema de moda: las próximas elecciones. María Esther contó su encuentro con su ex compañero de aulas, Ignacio Labastida; cómo éste maneja el tema de las redes sociales para la campaña de Alejandro Capdevila –tema, hoy por hoy, importantísimo en el área de la comunicación-; y la explicación, un tanto desfachatada, que le dio del manejo de las mismas. A Gabriel le pareció interesante tener una conversación con él y ver si podría aportar con algún material para el trabajo de investigación al que estaban abocados, y que debía ser publicado, aproximadamente, en un mes. María Esther quedó en concertar una reunión con Ignacio.

Entre esto y los típicos chismes de sociedad, la velada terminó con la sensación generalizada de que había renacido un grupo de amigos que nunca debió dejar de existir.

Gabriel llevó en su automóvil a María Esther hacia su apartamento. Cuando ella estaba a punto de darle un beso, él le dijo:

- Ven a vivir conmigo. Deja este apartamento y ven a vivir conmigo.
- No, mi amor. No podría hacerlo. No sólo porque sé que a tu madre no le gustaría, y no quiero hacer nada que a ella le disguste, sino porque ya no soy la que era antes. No sé si me

entiendes. Me he vuelto chapada a la antigua, aunque suene a chiste lo que digo. Cuando vivamos juntos será cuando ni tú ni yo alberguemos la menor duda respecto del otro. Yo te quiero más que a nadie en el mundo, Gabriel, y estoy muy segura de lo que digo; pero necesito tener esa misma seguridad de que el amor que me tienes es también grande y que no hay hendijas en él por las que pueda filtrarse la duda. Y yo tengo que aceptar ese precio: saber que nunca podría reprocharte el que tengas dudas...

Mi amor, no tengo dudas. ¡Créeme por favor!

Quiero creerte, Gato. ¡No sabes cuánto quiero creerte! Pero, en realidad, creo que los dos necesitamos más tiempo; tiempo que nos regale esa seguridad de la que hablaba. Esperemos un poco, por favor.

De acuerdo, preciosa, esperaremos. El tiempo suficiente como para que, la próxima vez, te haga solo una pregunta simple: si quieres o no casarte conmigo.

Al escuchar estas palabras, María Esther sintió que se le iban las lágrimas. No dijo media palabra. Sencillamente le dio un beso en la boca a Gabriel, abrió la puerta del coche y salió corriendo rumbo a su apartamento. Al llegar, allí empezó con un llanto desesperado, que ella misma no sabía explicarlo. ¿Lloraba de felicidad, o lloraba porque, aunque el Gato le había perdonado, ella no se había perdonado aún a sí misma? Entonces le vinieron a la memoria las palabras de Gabriel: “Lo pasado, pisado”. Si no asumía como suyo el concepto que esas palabras encerraban, entonces sí que nunca podría volver a ser feliz. Era una mujer fuerte y tenía que demostrarlo. Tenía que demostrarle, especialmente a alguien: a ella misma, que María Esther Cárdenas seguía siendo una luchadora y que en su principal pelea, aquella por su felicidad y la felicidad del Gato, no aceptaba una derrota como un posible final. Los dos iban a ser felices y envejecerían juntos. ¡Sí señor! De pronto, como movida por una súbita inspiración, tomó su teléfono y marcó un número:

Gato dijo con voz queda  , ¿quieres venir a pasar la noche conmigo?

Hicieron el amor de forma intensa, como si quisieran recuperar el tiempo perdido. Al fundirse sus cuerpos, cada uno descubrió que la vida sin el otro carecía de sentido y se juraron amor para siempre.

*Pastel sin dorar no sale del horno*

La llamada telefónica de Jairo Londoño a Ramiro Recabarren fue muy breve:

- Te llamo, amigo, para pedirte que tengas paciencia. A Diego Ernesto Pizano Vélez le tenemos sometido a una vigilancia muy estricta. Hemos hecho hasta aquí maravilla y media, pero hoy lo que te puedo contar es que, gracias a la colaboración de un juez, no hay llamada telefónica que haga o que reciba (sea de sus teléfonos fijos o de sus celulares) que no sea debidamente registrada y grabada. Cada uno de sus visitantes está registrado en foto o video, y, de ser posible, en ambos medios. Le estamos siguiendo también la pista a su hermano Francisco, que estamos de convencidos que es su socio y quien hace los contactos. Pero hasta ahora, no tenemos pruebas concluyentes que sean válidas ante la Fiscalía; por ello, hasta que el pastel no esté dorado, no quiero sacarlo del horno. De todas maneras, quería que tú lo supieras.

Gracias por tu llamada, Jairo. Esperaremos el tiempo que sea necesario. No te oculto que estoy impaciente por resolver este caso pero esperamos lo que sea, a fin de resolverlo totalmente y de la mejor manera.

De acuerdo, amigo. Un abrazo para ti y todo tu equipo.

Lo propio para ti y los tuyos. Estamos en contacto.

Ramiro colgó el teléfono y cerró los ojos. Llevaban ya algún tiempo dedicados a esta investigación y el progreso que habían hecho era realmente ínfimo. Había aparecido, en realidad gracias a una inspiración de Gabriel y a una inteligente treta del Teniente Tena una extraña relación entre el doctor Oswaldo Rojas y el occiso Emir Barro que todavía no había sido aclarada. Suponían que alias “Mortiño” había asesinado a Barro aunque ni siquiera sobre ese particular podían estar cien por ciento seguros. Mortiño dejó una pista sobre un tal “Don José”, al parecer su jefe, y si de allí, con la colaboración de la Policía colombiana, no salía algo concreto, volvían a fojas cero. Era frustrante. Pocas veces en su carrera había sentido esa sensación. No podía quejarse del trabajo de su gente. Eran de lo más brillante y profesional del Cuerpo, pero no avanzaban. No avanzaban. Y sólo pensar que él pidió hacerse cargo de esta investigación. “¿Para qué, para fracasar?” Le provocaba dolor de cabeza.

## 45

### *Las redes sociales*

Gracias a la gestión que hiciera María Esther, Ignacio Labastida aceptó cenar ese miércoles con ella y con Gabriel Tomás. Ignacio era un hombre de gran simpatía, por lo que Gabriel se sintió pronto a gusto en su compañía.

—Oye, te agradezco que hayas aceptado cenar con nosotros pese a tan corto aviso, pero el lapso para finalizar el trabajo que debemos hacer para El Tiempo se nos está terminando y, de lo que me contó María Esther, tus conocimientos nos podrían ser de gran ayuda.

—Mira, Gabriel, si María Esther me pide que me lance de cabeza desde un quinto piso, yo lo hago. Yo vivo enamorado de esta mujer, pero la muy cruel siempre me rechaza —dijo en tono melodramático Ignacio.

—De lo cual me alegro mucho —respondió Gabriel.

—¿No me digas que tú y ella...?

—Ujúm—, fue la respuesta gutural del Gato.

—Definitivamente—, dijo Ignacio—, tengo que buscar a una bruja, alguien que me cure de esta maldición.

—Pero hasta que eso pase, querido, ¿qué nos cuentas de la campaña de “Cap”? —dijo entre risas María Esther.

—Miren, muchachos. Si bien yo no trabajo directamente con Capdevila, sino bajo las órdenes de Avilés, creo que la campaña va excelentemente bien por el propio candidato. Alejandro, no sólo que es un hombre muy carismático y que conecta fácilmente con el pueblo sino que, casa adentro, respeta los espacios asignados a su gente; no acepta que se tropiecen los unos con los otros. Yo pienso que eso es fundamental. Tiene a dos asesores de primera: mi jefe, Rodrigo Avilés, que es un genio para la estrategia política y la propaganda, y a un gran organizador como es Oswaldo Rojas. No he trabajado con ella, pero me dicen que Beatriz, su esposa, es también una mujer brillante y que da la impresión de haber estado toda su vida en la lucha política. Ese mini gabinete es el que maneja todo y, para que les cuento, lo hacen muy, pero que muy bien.

—¿Qué es lo que haces exactamente tú?

—Yo manejo, bajo el mando de Rodrigo Avilés, el tema de las redes sociales, que es un instrumento en el área de la comunicación que cobra cada vez más importancia; conforme pasa el tiempo, tenemos un usuario más acostumbrado y más cómodo con su uso. Se ha regulado el uso de la televisión, prensa escrita y radio, pero no se ha hecho nada con Facebook., Twitter, You Tube y otras redes sociales, por lo que se aprovecha de esta circunstancia de lo lindo. Como le explicaba a María Esther, el trabajo consiste en crear mensajes y foros de discusión en donde, si aparece un forista opuesto al candidato, tú haces aparecer varios a favor del mismo. Lo simpático del juego es que estos foristas pro-candidato no tienen que ser necesariamente reales, pero deberán parecerlo. Ese es tu trabajo. Son los que en la jerga del Internet se llaman troles.

—¿Y cuál es el efecto práctico de esta actividad? —preguntó Gabriel.

—Bueno, depende de la madurez del usuario. Un usuario maduro no se dejará impresionar por la “guerra sucia” que se haga a través de las redes; las calumnias, los chismes y las verdades a

medias no le van a hacer cambiar de opinión ni modificar su voto. En cambio, al usuario inmaduro claro que le impacta. ¿Y a qué no sabes quienes son mayoría, si los maduros o los inmaduros?

—Pero es un arma que se usa para el público con acceso a Internet. Y en nuestros países ese público no representa a la mayoría de la población. ¿No es verdad?

—Sí, si te refieres al área rural, así es. Pero no hay que olvidar que el teléfono móvil ha incrementado el espectro de usuarios de Internet de manera notable. Así es que cada vez el alcance de nuestra labor es mayor. Y el que lo usa comenta con el que no lo usa y así se amplía el espectro.

—¿Y cómo vamos con el uso de la ética en el manejo político de las redes sociales? —dijo con un ligero tono de sorna Gabriel. Ante esta pregunta, cualquiera hubiera pasado a la defensiva, pero Ignacio no lo hizo, al contrario, con una sinceridad de espanto contestó:

—¿Ética? ¿Qué es eso? Si te hubiera escuchado mi jefe ya te habría contestado: “Jovencito, la política no es tarea para monjitas de la caridad. Si usted no tiene piel de cocodrilo, ¡dedíquese a otra cosa y no me haga perder el tiempo!”

—¡Vamos!, si será simpático tu jefe.

—Ya te habría también contestado que él no está para ganar el título de “Míster Simpatía”, sino para hacer que Alejandro Capdevila sea el próximo Presidente de la República.

—Bueno, creo que los datos que nos has dado nos han instruido en un tema que nunca se me había planteado. Creo que podremos comer y pasar un rato más agradable si me cuentas cómo era María Esther en el colegio.

—¡¿Qué?!—, fue lo único que se escuchó de parte de María Esther mientras Ignacio soltaba la carcajada.

## 46

### *La gallina de los huevos de oro*

—¿Tú crees, Martín, que lo que hicimos se pueda llegar a descubrir algún día? Porque si eso sucede, estamos fritos. Esos exabruptos de “Cap” de querer controlar temas en la campaña, por los que antes no mostró ningún interés, me ponen nervioso.

—No, Luis Antonio. No lo van a descubrir nunca. Es más, te doy por firmado que “Cap” nos agradecerá eternamente nuestro trabajo “desinteresado”. Te cuento, y esto aquí “entre nous”. ¡Totalmente confidencial, eh!, “Cap” ya me dio a entender que yo sería su Ministro de Finanzas. Si se concreta, nuestros planes funcionarán como trencito nuevo.

—Bueno, parece que “Cap” está repartiendo la torta antes de hora. Él me dejó entrever que yo sería su Ministro de Recursos Naturales. Para algo sirven mis estudios en petróleo, ¿no te parece?

—Genial. Tú con petróleo y yo encargado de la plata. ¡Maravilla! Lo que nos comprometimos a hacer será pan comido.

—Tenemos que sugerirle a “Cap” un buen nombre para Ministro de Justicia; por si acaso..., jeje.

—Ya se nos ocurrirá un buen nombre. No te preocupes.

—Oye, lo que es indudable es que con el aporte que conseguimos, salvamos la campaña. Ahora se puede planificar todo sin que nada te constriña. —¿Quién hubiera pensado que el hermanito y su amigo, rico pero tonto, nos hubieran puesto en las manos a la gallina de los huevos de oro?

Nadie, nadie se hubiera podido imaginar eso, o que tuvieran esos alcances.

Lo del Ministro de Justicia no es broma, ¡eh! Con un buen candidato, nuestra labor estará cumplida.

Sin lugar a dudas. Bueno, maestro, ¿te parece bien si vamos a cenar? Me muero de hambre y sé que en casa no hay comida.

De acuerdo, vamos. Ya le llamo a informar a mi mujer, para que no se preocupe.

*¿Política vs. escrúpulos?*

Carlos había pasado una noche muy linda y muy romántica con su novia, de la que se enamoraba cada día más. La había pasado a recoger a las ocho de la noche, tal como había prometido, y luego fueron a cenar a Campodónico, un bonito restaurante italiano cerca de la Plaza Foch; un lugar muy frecuentado por turistas y, también, por gente dedicada a oficios *non sanctos*, razón por la cual, cuando terminaron de cenar, tuvieron suficiente cuidado al salir del restaurante y caminar en búsqueda del coche de Carlos.

Al llegar a casa de Elizabeth, ella lo invitó a pasar y se quedaron conversando de sus planes futuros hasta cerca de las doce de la noche. Carlos le anticipó que le propondría matrimonio tan pronto como viera estable su situación económica. Elizabeth, anticipadamente, le dio el sí.

De regreso a su casa, se quedó sentado frente a su portátil hasta las dos y media de la madrugada, hora en la que terminó de redactar todas las cartas. Las puso en un archivo que envió por correo electrónico a Oswaldo Rojas, quien lo abriría temprano esa misma mañana y daría su visto bueno a los textos. Luego de eso, se fue a su cama y se quedó dormido a los treinta segundos de haber puesto la cabeza sobre la almohada.

Al día siguiente, cargó su laptop y se fue a El Tiempo a trabajar toda la mañana con Gabriel y María Esther, quienes le pusieron al tanto de su conversación con Ignacio Labastida; Carlos no lo conocía de entre la gente de la campaña. Las cínicas declaraciones de Labastida sobre el uso de las redes sociales dieron más argumentos a esa idea que tenía la ciudadanía en general: de que la política no era actividad para gente de bien; idea que él quería demostrar que era errónea. Sin embargo, cada vez se iba quedando con menos argumentos y la conclusión a la que iba paulatinamente llegando era de que sí, que la política no era *la búsqueda del bien común*, sino la del bien propio a costa de lo que sea; que para ser político se requería no tener escrúpulos que estorbasen. En definitiva, que la política era una actividad sucia para gente sucia. Lo tremendo de esa conclusión era que si la gente de bien no tomaba el toro por los cuernos -y él se consideraba un hombre de bien-, entonces no había futuro para el país; se convertiría simplemente en coto de caza para corruptos. No. Esa conclusión no era, ¡no podía ser cierta! Por cada político corrupto habría al menos diez decentes. Generalizar y calificar, muy suelto de huesos, a la actividad política como una actividad sucia no era racional. Y él se consideraba una persona racional. Le quedaba, no obstante, un interrogante:

—¿Qué hay de Alejandro Capdevila? Él propuso dar un nuevo contenido ético a la política, pero su gente está demostrando lo contrario. ¿Entonces, ya no hay nadie en quién creer?

—Mira, Carlos —respondió Gabriel—, yo sigo creyendo en Capdevila. He hablado con él de estos temas. Le he mirado a los ojos. No creo que ni él ni su mujer sean actores tan finos como para engañar a medio mundo. “Cap” cree sinceramente que puede cambiar la política en el país, que puede erradicar la corrupción. Y yo estoy dispuesto a apoyarlo. Si lo logra, aunque sea en un pequeño porcentaje, será muy saludable para el país.

—Yo también lo creo así, Gabriel —respondió a su vez Carlos—. Creo que “Cap” es sincero. Pero, me pregunto: ¿por qué no impide que se maneje la campaña de la manera cómo lo hace Rodrigo Avilés? ¿O, acaso, lo único que cuenta es ganar las elecciones a como dé lugar?

—Buena pregunta, Carlos, buena pregunta. Algún rato tendré que formularla al candidato y a ver qué me responde.

Al llegar la tarde, Carlos estuvo de nuevo instalado en el despacho de Oswaldo Rojas. Esta vez, tenía un propósito muy claro: iba a transferir las grabaciones que contenía la grabadora digital de Oswaldo a su computadora portátil y luego las escucharía, en la soledad de su dormitorio, sin ningún temor a ser descubierto.

Cuando Amalia, la secretaria privada de Oswaldo Rojas salió con rumbo a su casa, Carlos inmediatamente movió el cuadro copia de “La tempestad en el mar de Galilea”. Abrió la caja fuerte, sacó la grabadora con el cable USB que le serviría para transferir su contenido a su laptop e inició el proceso. Le tomó menos de tres minutos, luego de lo cual volvió a colocar la grabadora y el cable en el mismo lugar en donde los encontró. Cerró esta vez con seguro la caja fuerte y colocó el cuadro en su sitio.

Luego de dejar perfectamente ordenado el escritorio, colocó la portátil en su mochila y salió, con dirección a su casa.

Al llegar, y a fin de no molestar a su madre, que ya descansaba, se preparó unos emparedados de jamón con queso y pepinillos encurtidos, así como un gran vaso de leche y luego fue a su dormitorio y prendió su computadora portátil. Decidió que lo más práctico era abrir las propiedades de los archivos para ver qué orden cronológico tenían. Observó que las grabaciones estaban en estricto orden cronológico. Lo que hizo, a continuación, fue escribir en su libreta las fechas en las que se hicieron esas grabaciones. Terminada esta tarea, se colocó los audífonos y empezó a escuchar con mucho estupor algo para lo cual él no estaba preparado.

# 48

## Confesiones

La primera grabación era muy corta y daba la impresión de que Oswaldo había prendido la grabadora cuando la conversación ya llevaba algún rato de iniciada. Simplemente se escuchaba lo que sigue:

Oswaldo Rojas: Conforme. Yo estoy de acuerdo, pero tengo que convencer a mi socio.

Hablamos mañana. ¿Le parece?

Voz Desconocida: Hablamos mañana. Aquí mismo, a la misma hora.

O.R.: O.K. Hasta mañana

La siguiente ya era completa y las voces eran claramente identificables: Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés. Al escuchar esta conversación, Carlos empezó a sentir un frío que le subía por la columna vertebral:

O.R.: Rodrigo, algo muy grave está sucediendo y tenemos que cortar este problema de raíz.

R.A.: ¿A qué te refieres?

O.R.: Emir Barro, el ejecutivo bancario que maneja nuestras cuentas, de alguna manera ha logrado averiguar el origen de los tres millones trescientos sesenta mil dólares que aportó el Cártel. Conoce, obviamente, que nos hemos dividido los tres millones y que los trescientos sesenta mil fueron a engrosar los fondos de la campaña. El muy infeliz está chantajeándome y quiere un módico diez por ciento para cerrar el hocico. Inclusive ha querido humillarme, ya que me exigió ir a un centro comercial para llamarme a una cabina pública y dictarme sus condiciones y me pidió que me trasladara al sur de la ciudad, a otro centro comercial, para que, desde otro teléfono público, le diera mi contestación.

R.A.: ¿Y qué pasó?

O.R.: Nada..., le dije que obviamente me avenía a comprar su silencio, pero que necesitaba mucho tiempo para reunir esa suma. Como comprenderás, mi respuesta no fue sincera. He contactado con unos amigos y voy a hacer que a este pájaro me lo liquiden. ¡Tendremos que compartir los gastos!

R.A.: ¿Me estás diciendo que vas a hacer que lo maten?

O.R.: No me hace feliz, pero no hay otra solución.

R.A.: No me gusta. ¡Es una locura! ¡No! Hay que buscar otra forma, tal vez amenazándole.

O.R.: Con esta clase de pájaros las amenazas no cuentan. Él, en cambio, sabe que nos tiene agarrados por los huevos.

R.A.: No me gusta, no me gusta.

O.R.: Amigo, te doy hasta mañana para que lo decidas. Pero esta pierna con gangrena hay que amputarla, o terminamos jodidos.

R.A.: Bueno, hablamos mañana.

La tercera grabación, luego de escucharla, debía ser la que Rojas había titulado como “Grave decisión”. En ella se escuchaba lo siguiente, acompañado de un ruido de fondo que le hacía suponer a Carlos que la grabación tuvo lugar en algún espacio público:

O.R.: Bueno, ¿ya lo pensaste?

R.A.: ¡No me gusta! Te lo dije ayer y te lo repito ahora. No me gusta en lo más mínimo. ¿Qué tal si algo falla y lo descubren? Terminamos jodidos, compadre. ¡Lo que se dice, jodidos!

O.R.: Yo te aseguro que sé cómo hacerlo sin que después surjan dificultades después, hermano. Conozco a la gente apropiada; sé cuál es el precio a pagar para que todo quede en el más absoluto secreto. ¡Pero este peligro hay que eliminarlo, ahora mismo! Caso contrario todo se va a un carajo y olvídate de tus proyectos, de nuestros proyectos. Y no solamente eso; deja que corra un poco tu imaginación!

R.A.: No creas que soy tan estúpido como para no darme cuenta de la situación. Sé en lo que estamos metidos. Sólo que..., nunca pensé que en algún momento podríamos llegar a estos extremos.

O.R.: Lo sé, amigo mío, lo sé. Pero tienes que darte cuenta de que cada hora que pasa, cada minuto que pasa, aumenta el riesgo de que todo lo que hemos construido, todo lo que tú y yo hemos construido, explote y se vaya al carajo.

R.A.: ¿Me aseguras que sabrás cómo hacerlo sin que nosotros paguemos las consecuencias?

O.R.: Tranquilo hermano. Sé cómo hacerlo y tú y yo quedaremos tan limpios como bebés a los que se les acaba de dar un baño.

R.A.: Si es así, entonces... adelante, y que Dios nos perdone. Tú pagas. (Se oye un ruido como de movimiento de silla)

O.R.: Así es. Anda tranquilo.

La cuarta grabación tenía un ligero problema, dado el volumen de una música de fondo, que parecería ser de vallenatos. De todas maneras, era posible escuchar la siguiente conversación:

**Voz desconocida:** A ver, mi doctor. Conozco de buena fuente que usted ha tomado todas las precauciones necesarias como para que su visita a Bogotá, y a éste, su humilde servidor, pase totalmente desapercibida, lo cual me agrada sobremanera. Pero dígame, mi querido amigo, ¿en qué mismo le puedo ser útil?

**Oswaldo Rojas:** Bueno, he seguido al pie de la letra las instrucciones que recibí en Quito de parte de su “representante”. Como usted sabe, unos amigos mutuos mexicanos me indicaron la forma de contactarlo. A mí me conviene, usted comprenderá, que no queden vestigios de esta visita (la que nunca ha sucedido), para mí y para todo el mundo. Este delicioso whisky que nos vamos a tomar, jamás lo habré ingerido. Esto, para mí, es de fundamental importancia. ¡Yo no lo conozco! ¡Usted no me conoce! ¡Nunca hemos cruzado media palabra!

**Voz desconocida:** En eso estamos totalmente de acuerdo, mi doctor. Si así no fuera, mi pequeña..., digamos, “industria”, dejaría de existir. Más aún, mis clientes, a más del dinero que significa el desembolso por el trabajo que me solicitan, saben que tienen otro pago por efectuar, y éste, de por vida: se trata del silencio. Si alguien se va de lengua, debe saber que tengo el brazo muy, pero muy largo.

**Oswaldo Rojas:** Bueno, no hay problema entonces. Creo que estamos claros los dos. ¿Hablamos del asunto, entonces?

**Voz desconocida:** Por favor, adelante. Le escucho atentamente.

**Oswaldo Rojas:** Mire, el tema es el siguiente: con un amigo, cuyo nombre no viene al caso, hemos invertido una enorme suma de dinero en levantar una candidatura presidencial que tiene todas las de ganar. Tenemos un candidato poseedor de un enorme carisma, es excelente orador; bastante ambicioso y con metas muy altas, que plantea un programa de acción que gana cada día más adeptos, y que tiene, como uno de sus puntos centrales, la lucha contra la corrupción. Sí, en efecto, no se sonría, eso es lo que la gente quiere escuchar y lo que el candidato, sinceramente, ofrece cumplir. Ahora, como es obvio que mi amigo y yo tendremos posiciones claves en el futuro gobierno, un cártel de la droga nos ofreció una suma substancial como apoyo a la candidatura, bajo el compromiso nuestro de que, una vez en el poder, cooperaríamos en operaciones de blanqueo de dinero. Aceptamos el ofrecimiento y adquirimos el compromiso.

**Voz desconocida:** Comprendo. ¿Cuál es el problema?

**Oswaldo Rojas:** Que ese dinero, como es obvio, tenía que ingresar en una cuenta corriente, que en este caso fue la mía, para luego hacer las transferencias; tanto a la cuenta de mi socio como a la cuenta corriente de la campaña. Un joven ejecutivo bancario, que maneja dichas cuentas y que se las da de muy recto (aunque en realidad es otro corrupto), “en cumplimiento de su deber”, según me dijo, rastreó el origen del dinero y ahora intenta chantajearme. Este problema es el que requiere de una solución definitiva.

**Voz desconocida:** Pero, ¿cómo? ¿En su país no se controlan los ingresos que financian las campañas políticas?

**Oswaldo Rojas:** Existe la Ley, claro. Pero, en realidad, los controles son muy laxos. Además, yo tengo facultad para ingresar y sacar cualquier cantidad que sea necesaria para los fines de la campaña. Entre paréntesis, lo irónico, si cabe el término, es que mi candidato ofrece presentar un proyecto de ley en esta materia, una vez sea electo Presidente, que fortalezca el sistema de control e información sobre el origen y destino de los recursos y se puedan detectar aquellas operaciones que pudieran favorecer la comisión de delitos.

**Voz desconocida:** Bueno, dejemos de lado esos temas y regresemos al nuestro. ¿Quién es ese cabroncito?

**Oswaldo Rojas:** Se llama Emir Barro McAnthony. Es muy respetado como eficiente ejecutivo bancario y conoce personalmente a mi candidato, de quien tiene también a su cargo su cuenta personal y le asesora en sus inversiones privadas.

**Voz desconocida:** ¡Vaya muchachito! ¿Algún otro dato que sea importante?

**Oswaldo Rojas:** Sí, es soltero. Vive solo en su apartamento y, algo muy importante, es gay y gusta de levantarse jovencitos, de paga o no.

**Voz desconocida:** ¡Vamos! Este último dato es especialmente importante. ¿Sabemos dónde podemos ubicarlo?

**Oswaldo Rojas:** Estaba seguro de que me lo iba a preguntar y por ello lo traje por escrito. Aquí está la dirección del banco y la de su apartamento, así como una foto instantánea suya tomada cuando salía del banco.

**Voz desconocida:** ¿Quién tomó la foto? ¿Podemos estar empezando mal!

**Oswaldo Rojas:** Despreocúpese. Fui yo, y, por supuesto, él ni se lo sospechó.

**Voz desconocida:** ¿Alguna otra cosa que me quiera decir?

**Oswaldo Rojas:** Sí. Es importante que su muerte aparezca como algo totalmente ajeno a su trabajo y que nunca se sepa quién lo hizo ni por qué.

**Voz desconocida:** Eso que usted me pide es la marca de fábrica de mi trabajo, mi querido amigo. Puede usted estar seguro. A ver si nos ponemos de acuerdo en el precio.

**Oswaldo Rojas:** ¿Cuánto me pide usted por él?

**Voz desconocida:** Para que continuemos siendo amigos: ciento cincuenta mil dólares. Pensará que es un poco caro cuando se puede conseguir sicarios que cobran doscientos dólares. Pero este caso exige un especialista. Y yo garantizo la perfección de su trabajo. A ello habrá que sumar el segundo pago al que me referí antes: su total y permanente silencio.

**Oswaldo Rojas:** No lo regateo. De acuerdo. ¿Cómo quiere que le haga el pago?

**Voz desconocida:** Lo prefiero en “cash”. De hoy en ocho días, exactamente el próximo jueves, un individuo que dirá llamarse “Don Manuel” visitará su casa en horas de la noche para entrevistarle y hablar, específicamente, sobre la última encuesta electoral. Esta persona le presentará una credencial, falsa por supuesto, de la CNN; a él le entregará el dinero. El trabajo será hecho aproximadamente en un mes. Usted se enterará por la prensa.

**Oswaldo Rojas:** ¡Vaya! Sacar ciento cincuenta mil dólares en efectivo pueden llamar la atención de ojos curiosos. Programemos el pago para dentro de quince días, lo que me permitirá sacar del banco ese dinero paulatinamente.

**Voz desconocida:** No hay problema. Será, entonces el jueves, dentro de dos semanas. Salud, por el éxito de su candidato.

La última grabación también parecía incompleta, pero lo grabado era altamente decidor:

R.A.: Eso, lo único que te demuestra, es que nuestro candidato con frecuencia es bien “candidote”. Su virginidad en el campo de la política, no pocas veces me ha llevado a pensar sino es más bien tonto. Un tonto carismático y útil, pero tonto, al fin.

O.R.: Tonto, definitivamente, no lo es. Ingenuo, sí. La ventaja es que nosotros terminamos imponiendo nuestro criterio, y siempre haciéndole pensar que es él quien tiene la última palabra. Y Beatriz, sin quererlo y sin darse cuenta, es nuestra aliada.

R.A.: Creo que nos irá muy bien en el gobierno, amigo. Brindemos por el Presidente Capdevila. Salud.

O.R.: Por el Presidente “Cap”devila y sus fieles colaboradores. Jeje. Salud.

R.A.: Oswaldo, pasando a otro tema, ¿solucionaste ya el tema de las empresas fantasmas que nos pidieron constituir?

O.R.: Sí, eso está ya listo. Están ya en funcionamiento dos empresas: la “Flor de Oro”, destinada a la exportación de flores tropicales y semillas, y la “SerAI”, que provee servicios de auditoría internacional. Estas empresas servirán de fachada para el blanqueo de dólares. Pero, además, he quedado con Margarito Granados en que vamos a manejar transferencias bancarias con seis o siete bancos en el exterior; cada uno, obviamente, en un país distinto. Creo que con estas dos modalidades podremos mover una buena cantidad de dinero al mes, y nuestro diez por ciento se convertirá en una suma bonita. ¿Qué te parece?

R.A.: Tú eres el experto en estos temas, Oswaldo. Tú sabrás cómo lo haces. Y si ellos están de acuerdo, pues ni hablar.

O.R.: Mira, modestia aparte, creo haber hecho las cosas tan bien que jamás podrían descubrirnos. Y cuando acabe el gobierno de Alejandro (¡nuestro Gobierno!), creo que me retiraré a Europa, no sé si a Montecarlo o a las Canarias; a tomar sol, estar con mujeres lindas y disfrutar del buen vino y de la buena mesa.

R.A.: Jeje, ¡es en lo único que piensas, gordinflón! Dentro de poco vas a ver cómo, por una genialidad mía, la campaña de Zambrano terminará por derrumbarse, y así nos aseguramos, de una vez por todas, el triunfo.

O.R.: Cuéntame: ¿qué hiciste o qué vas a hacer?

R.A.: Todo a su tiempo, profesor. Todo a su tiempo.

Carlos se quedó de una sola pieza. La información que había conseguido era de tal gravedad que él era consciente de que no podría guardarla. Esto tenía que llegar a manos de las autoridades. Pero, ¿cómo hacerlo de modo apropiado? ¿Cómo podría él explicar la manera en que esa información llegó a sus manos? Pero que las autoridades tenían que intervenir era un hecho. ¡Había un crimen..., no, varios crímenes de por medio!

Ya era muy tarde. “Mejor si descanso (a ver si puedo dormir), y mañana, si me atrevo, les hago oír las grabaciones a Gabriel y a María Esther. Creo que son las únicas personas en las que puedo confiar este terrible asunto”.



*Simplemente inconcebible*

Como era de esperarse, Carlos tuvo un sueño inquieto y poco reparador. Se despertó varias veces en la noche y se levantó en un par de ocasiones a tomar un vaso de agua. Por fin, a las siete de la mañana decidió que lo mejor era levantarse, tomar una larga ducha y desayunar con su madre, que siempre lo hacía a esas horas.

Efectivamente, cuando salió de su habitación, Gloria de Maldonado estaba ya en la cocina preparando el desayuno. Al verlo, sonrió y se acercó a él para darle un beso.

—Qué lindo que podamos desayunar juntos. Desde que murió tu padre (y ya son tres años), la mayoría de las veces desayuno sola y todavía no me acostumbro.

—Mamita linda, me encantaría poder desayunar contigo todos los días, pero tú sabes de mis extraños horarios.

—Así es, mi amor. No te preocupes. Pero debo decirte que tienes una cara que da lástima. ¿Qué pasó, no pudiste dormir bien? Porque oí que llegaste a casa a hora temprana. ¿Algún problema con Elizabeth?

—No, viejita. Ninguno. Creo que tal vez me cayeron mal unos emparedados que me preparé anoche y eso no me dejó dormir. Pero dime, ¿tú estás bien?

—Sin problemas, mi hijito. Por mí ni te preocupes.

Luego de desayunar con su madre, Carlos terminó de arreglarse, puso su portátil en la mochila y se marchó rumbo a El Tiempo, a esperar que lleguen María Esther y Gabriel. No tuvo que aguardar mucho tiempo puesto que pronto, casi simultáneamente, entraron las dos personas a quienes pensaba confiar este desagradable secreto.

María Esther fue la primera en darse cuenta de que algo pasaba con Carlos. Es que Carlos siempre tenía la sonrisa presta y se lo podía catalogar como un joven alegre, que veía a la vida de frente y con optimismo. Esta vez, el rostro de Carlos estaba sombrío y su expresión era de desánimo y de cansancio.

—¿Qué pasó, amigo?—, preguntó María Esther—. ¿Problemas con tu novia?

—Eres la segunda persona que me pregunta eso. No, mi relación con Elizabeth no puede estar mejor. El problema, María Esther, es que no he dormido y ustedes son las únicas personas a las que puedo confiar la causa de mi insomnio.

—¡Hombre, Carlos, me preocupas!—, dijo en tono serio Gabriel—. Dinos: ¿qué es lo que te pasa?

—Bueno, déjenme hacerles una pequeña introducción. Tú sabes, Gabriel, lo feliz que estaba cuando conseguí la pasantía en la campaña de Capdevila, dado que en algún momento pensé en dedicarme a la política y, al trabajar en la campaña, iba a recibir, gratis, un curso universitario sobre el quehacer político; iba a hacer trabajo de campo que es donde más se aprende. Y Capdevila es un candidato que ofrece limpiar la actividad política, a fin de volverla a sus orígenes, a que regrese a ser el arte de buscar el bien común.

—Así es. ¿Qué pasó, estás arrepentido?

—Permíteme continuar. “Cap” tiene dos asesores que son como sus dos manos: Rodrigo

Avilés y Oswaldo Rojas. Como te había dicho, María Esther, a Avilés no lo trago pero Rojas me era simpático. Percibía, sin saberlo explicar, el olor a corrupción en estos dos personajes, e intuía que manipulaban al candidato sin que éste se diera cuenta. Bueno, antes de ayer, en el despacho de Rojas (que ahora está en Cuenca con “Cap”), me topé de buenas a primeras con una caja fuerte que no estaba cerrada. Entre paréntesis, no sé si les he dicho que Oswaldo Rojas es el hombre más desordenado del mundo. La curiosidad en mí fue más fuerte y abrí la caja para ver su contenido, y me extrañó que el mismo se limitara a una muy pequeña grabadora digital con sus cables y un papel escrito a mano por Oswaldo (su letra es inconfundible), con leyendas raras como “Toma de grave decisión” o “Encuentro en Bogotá”. Decidí que regresaría al día siguiente, o sea, ayer, y transferiría esas grabaciones a mi laptop; lo que efectivamente hice. Quería conocer más sobre Oswaldo, saber con quién estaba yo trabajando. Quería desde hace rato descubrir su verdadera personalidad. Actué como un fisgón cualquiera, ya lo sé, y no me enorgullezco de aquello; pero quiero que ustedes oigan estas grabaciones y me digan qué debo hacer.

Esta declaración de Carlos les tomó a los dos por sorpresa. Gabriel no se imaginaba a este muchacho violando correspondencia ajena o escuchando grabaciones subrepticamente.

—Bueno, escuchemos lo que tengamos que escuchar y después hacemos todos los comentarios que sean del caso—, dijo en tono muy serio.

Carlos abrió su mochila, extrajo la computadora portátil, la prendió y se aseguró de que el volumen de los parlantes estuviera al máximo posible. Acto seguido, y antes de poner a funcionar el reproductor, hizo la siguiente aclaración:

—Las grabaciones corresponden a conversaciones entre Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés; excepto una que es entre Rojas y un desconocido. Si no identifican a alguno, me hacen una seña, pero la reproducción y les explico de quién se trata.

Un movimiento de cabeza hizo Gabriel asintiendo, luego de lo cual se empezaron a escuchar las voces grabadas.

Conforme iba pasando el tiempo, la palidez fue apareciendo en el rostro de los presentes que no pronunciaron palabra y que siguieron en silencio, por un momento que pareció interminable. Una vez que terminó la grabación, dijeron:

—¡No puede ser, es simplemente inconcebible! —dijo con voz temblorosa María Esther, quien fue la primera en romper el silencio. —Estas son conversaciones de criminales y de gente que debe estar en la cárcel, ¡no manejando una campaña política!

—Carlos, debo confesarte que cuando contaste que habías robado (discúlpame, pero no es otro el término), esas grabaciones, me sentí muy mal porque mi opinión sobre ti se me vino abajo. Pero ahora debo confesarte que, por tu olfato, hemos descubierto algo muy, pero muy gordo. A mí no se me ocurre otra cosa que hacerle escuchar estas grabaciones a Ramiro. Él, como policía, sabrá mejor que nosotros cómo proceder en este caso. Otra cosa: me preocupa ver cómo podemos salvar a “Cap” de la avalancha de lodo que le caerá encima.

—¿En qué posición voy a quedar yo?—, preguntó Carlos. —No se olviden de que he obtenido estas pruebas (que no sé si las serán ante un juez) de manera ilegítima.

—Ramiro nos ayudará a definir todo. Quisiera que nos reunamos con él en un sitio totalmente reservado, por ejemplo, mi apartamento. ¿Qué les parece si le propongo que sea a las ocho de la noche?

—Proponle —dijo María Esther.

Gabriel tomó su teléfono celular y habló con Ramiro, quien, ante la urgencia que le planteó Gabriel, aceptó. Quedaron en que Carlos llevaría a María Esther y Gabriel les esperaría en su apartamento.

*Una prueba ilícita*

A las ocho en punto de la noche estaban los tres reunidos en el apartamento del Gato, en pleno centro de la ciudad. Nerviosos, salieron al balcón desde donde se divisaban los techos de esa maravillosa ciudad que es Quito, así como las torres iluminadas de sus iglesias coloniales, para ver si presenciaban la llegada del Mayor de Policía, Ramiro Recabarren. En efecto, pocos minutos después, un auto negro aparcó en la puerta de la casa y de allí bajó Ramiro, vestido de civil y con una bolsa en la mano.

Cuando entró, y luego de saludar a los presentes, dijo:

—Disculpen este ligero atraso, pero como me suponía que Gabriel no nos daría nada de comer y, francamente, me muero de hambre, me detuve a comprar unas hamburguesas.

—Ante todo, Ramiro, permíteme presentarte a Carlos Maldonado; alumno y amigo mío, quien, junto con María Esther, me está colaborando en el estudio que estamos llevando a cabo sobre los candidatos a la Presidencia de la República. Bueno, Carlos que trabaja también en la campaña de Capdevila como asistente de Oswaldo Rojas y participa en las reuniones del Comité Político, hizo un descubrimiento que no quiero calificarlo y que requerimos que tú nos digas cómo proceder.

Encantado de conocerte, Carlos —dijo Ramiro estrechándole la mano y continuó— Pero antes de que veamos el mapa del tesoro, les propongo que despachemos estas hamburguesas, o, caso contrario me voy a poner muy, pero muy malgenio.

—A sus órdenes, mi Mayor —dijo con una sonrisa María Esther.

En cinco minutos, lo único que atestiguaba que habían existido unas hamburguesas era el papel de sus envolturas.

—Ahora sí, díganme de qué se trata —pidió Ramiro, luego de limpiarse boca y manos con una servilleta de papel.

—Si me permite, Mayor, quisiera explicar de qué descubrimiento se trata.

—Adelante, Carlos. Pero antes, déjame decirte que si eres amigo de Gabriel, eres amigo mío, y mis amigos me llaman Ramiro y no Mayor.

—Gracias, Ramiro. De veras lo aprecio. Mira, la historia es como sigue: hace algunos meses, dada mi inclinación por la política, solicité hacer una pasantía en la campaña de Alejandro Capdevila, quien me atrajo por su manera de enfocar la política como un instrumento de búsqueda del bien común y libre de corrupción. Tuve la gran suerte de que me aceptaran y, no solamente eso, sino también de que me asignaran para trabajar como asistente del doctor Oswaldo Rojas, quien es el jefe de la campaña. Creo que a Rojas le gustó mi forma de ser y mi trabajo y le pidió a Capdevila que me permitiera asistir a las reuniones del Comité Político; lo que vengo haciendo regularmente.

El candidato tiene dos asesores principalísimos: Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés, quien es el estratega y comunicador de la campaña. Avilés es, para mí, un hombre brillante (bueno, los dos son brillantes) pero carente de escrúpulos. Nada lo detiene en la búsqueda de sus objetivos. No es una persona que haya sido nunca de mi agrado. En cambio Rojas es un individuo simpático, que cae bien a la gente, aunque me sospechaba que tampoco era un dechado de virtudes. Los dos

individuos son diferentes el uno del otro; físicamente y en su personalidad. Por ejemplo, mientras Avilés es un dechado del orden, Rojas es la personificación del desorden; y esto último puede ser la explicación de mi descubrimiento. Debo anticiparte que Rojas me brindó toda su confianza y que lo que te vamos a presentar es producto de que yo haya traicionado esa confianza.

—Bueno, debo confesar que has logrado despertar mi interés, Carlos; adelante —dijo Ramiro con un rostro que delataba su curiosidad.

—Bien, el caso es que yo tengo una virtud o un defecto, dependiendo de quién lo mire: no soporto el desorden. Antes de ayer, cuando iba a salir del despacho de Rojas (que me deja utilizarlo cuando él no está), me di cuenta de que un cuadro, que es copia de uno famoso de Rembrandt, se hallaba movido; razón por la cual me acerqué a ponerlo recto. En ese momento caí en cuenta de que el cuadro tenía una función adicional, y era la de ocultar una caja fuerte, que Oswaldo, la última vez que la usó, debió de olvidar de cerrar. Abrí la caja y observé que su contenido se limitaba a una pequeña grabadora digital, sus cables y un papel manuscrito, con la letra de Oswaldo, que contenía frases raras como: “Toma de decisión difícil”, “encuentro en Bogotá”, o algo así, no las puedo repetir de memoria. El hecho es que esto despertó mi curiosidad y decidí transferir a mi computadora el contenido de esas grabaciones -alzando la mano, dijo con tono firme-. Ya sé que no actué correctamente y, a lo mejor, he cometido algún delito. Si es así, ¡estoy dispuesto a asumir las consecuencias!

—Dejemos esas conclusiones para después. Creo que lo mejor es que ahora continúes —dijo Gabriel.

—Bueno, Ramiro. Creo que la introducción está dada. Lo conveniente es que escuches esas grabaciones.

Carlos se levantó e hizo funcionar el reproductor de su computadora portátil. Interrumpió sólo cuando debió indicarle a Ramiro cuál voz correspondía a quién.

Los ojos del investigador policial se iban abriendo conforme pasaba la grabación. Cuando ésta terminó dijo:

—Perdónenme la expresión; pero haré que estas mierdas terminen en la cárcel, que es adonde pertenecen. Con estas grabaciones muchísimas cosas se aclaran Gato: quién mató a Emir Barro, cómo y por qué. No abrigo ninguna duda de que la voz desconocida es la del famoso “Don José”; este empresario de sicarios colombiano. Ya el Teniente Coronel Jairo Londoño, de la Policía de Colombia, a quien tú conoces, me lo podrá corroborar. Quedaría tan sólo por dilucidar por qué mataron a Mortiño.

—Bueno, Ramiro, ¿y qué hay de mí? —preguntó inquieto Carlos.

—Amigo, te voy a prometer una cosa: que tu nombre no aparezca para nada en este embrollo. Evidentemente, lo mínimo de que se te puede acusar es de abuso de confianza. Pero duerme tranquilo. Nada te pasará. Más aún, te debo decir que estamos en deuda contigo.

—Ramiro, ¿estas grabaciones pueden servir de prueba? —preguntó Gabriel.

—Creo que fácilmente pueden ser calificadas como “prueba ilícita”, dado que se obtuvieron como fruto de una ilicitud. Pero déjenme hablar con mi amigo, el Fiscal General Subrogante y vamos a lograr una orden de allanamiento del despacho de Oswaldo Rojas; a fin de obtener, ahí sí, de manera lícita, esas grabaciones. Pero necesito, Carlos, que me des una copia de las mismas, para hacerlas escuchar al Fiscal.

—Mira, sabía que me lo ibas a pedir. Aquí la tienes —dijo, entregándole una memoria flash.

—Perfecto. Me pongo en acción de inmediato.

Ramiro sacó su teléfono celular y marcó el número muy privado del Fiscal General Subrogante.

—Vladimiro, ¿cómo estás? Necesito verte lo más pronto posible. ¿Cuándo puedo ir a verte? Mañana, trece horas. De acuerdo. Te mando un abrazo.

—Ramiro—, le dijo Gabriel, cuando aquél estaba ya en la puerta—, quisiera pedirte que no solo protejamos a Carlos, sino a Capdevila, que va a terminar siendo una suerte de víctima inocente.

—Gabriel —, le contestó—, de lo primero me encargo yo; de lo segundo, me parece que serás tú y los medios de la prensa los que se encarguen.

*Primeras acciones*

Cuando eran las doce y cincuenta del medio día, su chofer le dejó en la puerta de la Fiscalía. Ramiro, luego de identificarse en la entrada, se dirigió al ascensor que lo llevaría al cuarto piso del edificio, en donde se hallaba el despacho de su amigo el doctor Vladimiro Cubeiro, Fiscal General Subrogante. Los dos hicieron una buena amistad en la universidad, en donde habían sido compañeros de aula, y luego la vida profesional los había juntado en muchas ocasiones. Clarita, la secretaria, conocía muy bien a Ramiro y, por ello, le ofreció un café y le dijo que el doctor le atendería en cinco minutos, tan pronto como terminara una audiencia.

La espera se prolongó un poco más. Eran las trece horas y veinte minutos cuando Ramiro pudo entrar en el despacho de su amigo.

Con gran capacidad de síntesis, Ramiro le expuso el caso al doctor Cubeiro y, antes de hacerle escuchar las grabaciones, le dijo que era necesario que Carlos quedara al margen de todo esto y sobre la manera en que él creía que se podía validar esta prueba para el juicio.

Cuando terminó de escuchar las grabaciones, el Fiscal General Subrogante exclamó:

—¿No lo puedo creer! ¿Seguro que no es un montaje?

—Tú me conoces, Vladimiro. Sabes que si tuviera la más mínima duda, ni siquiera se me habría ocurrido el molestarte.

—Si ese es el caso, vamos a proceder como se debe. Esas grabaciones, aquí, en la China o en la “Cochinchina” serían catalogadas como “prueba ilícita” dada la forma como se obtuvieron, y tu amigo estaría en problemas. En consecuencia, necesitamos obtener esas cintas de manera lícita y luego someterlas a peritaje.

—¿Qué propones?

Estoy de acuerdo contigo en la forma de validar esta prueba. Voy a dictar una orden de allanamiento al despacho de Rojas, y haremos que se descubra “por casualidad” la caja fuerte. Voy a ordenar que sea tu gente quien lo haga. La hacemos abrir e incautamos la grabadora. Luego la sometemos a un peritaje y el resto es labor tuya, ya que debes vincular esa información con la investigación que llevas adelante sobre el asesinato de Emir Barro. Por mi parte, rastreo el dinero procedente del Cártel y lo incauto. Y pido inmediata orden de prisión en contra de estos angelitos.

—Correcto. Pero, no olvides que es gente muy influyente y de muchos recursos —acotó Ramiro—. No me extrañaría que ahuequen alas. ¿Cuál sería la razón que darías para la orden de allanamiento?

—Serías presunciones de asociación ilícita para delinquir y lavado de dinero. Voy a hablar con el juez penal de turno y le pediré que disponga, entre otras cosas, de una orden de arraigo a fin de que no puedan salir del país.

—Otra cosa: mi amigo está preocupado de que esto enlode al candidato Capdevila, quien, de lo que sabemos, no tiene ni arte ni parte en este asunto. ¿Cómo crees que se podría evitar que la prensa lo involucre?

—Mira, Ramiro, esto va a ser un escándalo mayúsculo. Parece obvio, al escuchar las

grabaciones, que Capdevila no tiene nada que ver, pero nadie lo va a salvar de aparecer como un gran huevón: que escogió a dos individuos de lo peor para que fueran quienes manejaran su campaña. Yo mismo pensaba votar por él, ¡ahora ya no sé!

—¿Y si se le avisa y se le compromete a no hacer nada que haga que las codornices levanten vuelo?

—Dile a Gabriel Sánchez que le autorizo a hablar con Capdevila cuando él reciba mi visto bueno, que será una hora antes de que procedamos a allanar el despacho de Rojas. Darle más tiempo sería poner todo el operativo en grave riesgo.

—De acuerdo. Procederemos de esa manera. Estaré pendiente de que me dictes la orden de allanamiento. Entre tanto, tendremos estrechamente vigilados a estos dos pajaritos para evitarnos cualquier sorpresa.

*Definiciones*

Cundo salió de la oficina del Fiscal General Subrogante, Ramiro llamó a Gabriel y le dijo que necesitaban reunirse nuevamente para definir algunas cuestiones. Quedaron en que otra vez lo harían en el apartamento de Gabriel, y que, en esta ocasión, el dueño de casa se encargaría de proveer los alimentos y bebidas.

Luego se dirigió a su oficina y le pidió a su secretaria que tratara de comunicarle con el Teniente Coronel Londoño, en Bogotá. Al poco rato, la comunicación estaba lista.

—Hola Jairo, qué placer escucharte —dijo Ramiro.

—Mi distinguido amigo y colega, ¿cómo vas?

—Con la adrenalina en alto. Hemos hecho un gran descubrimiento que va a producir un escándalo de enormes proporciones. Te voy a enviar unas grabaciones en las que participan dos distinguidos hombres públicos, y, en la más larga de todas, hay una voz desconocida con acento colombiano que, sospecho, puede ser la de “Don José”. Esto lo estoy manejando con mucha reserva, razón por la cual todavía no te puedo dar los nombres de los protagonistas nacionales; pero si tu logras confirmarme la identidad de esa voz desconocida, habríamos resuelto todo el caso.

—Perfecto, Ramiro, mándame esas grabaciones y te averiguo a quién pertenece esa misteriosa voz.

—Las vas a recibir en menos de cinco minutos.

—O.K. Estaremos en contacto.

—Te mando un fuerte abrazo.

—Tú recibe lo propio.

Hecha esta diligencia, Ramiro pensó que nada más quedaba por hacer hasta la noche, así es que pidió un bocadillo para matar el hambre y se sumergió en la pantalla de su computadora a revisar el resto del trabajo.

Llegada la noche, se reunió con sus amigos en el apartamento de Gabriel y les puso al tanto de su reunión con el Fiscal General Subrogante -lo que terminó por tranquilizar a Carlos-, y el compromiso al que se llegó de que Gabriel tuviera una reunión privada con Alejandro Capdevila, apenas una hora antes de que se iniciara el allanamiento al bufete del doctor Oswaldo Rojas. Carlos, dada su cercanía con el candidato, se comprometió a lograr esa entrevista a tiempo; ya pensaría en la forma de lograrlo. Ahora, el interrogante que a todos inquietaba era ¿cómo reaccionaría el candidato ante la noticia?

*Cita aceptada*

Alejandro Capdevila, y toda la plana mayor de la campaña junto con él, habían regresado de Cuenca la noche anterior. Hoy, al caer la tarde, y por pedido expreso del candidato, se produjo una reunión ampliada del Comité Político con todo el “staff” encargado del manejo de propaganda. Eran como quince personas que llenaban el despacho de “Cap”, y, por más que se abrieron las ventanas, el ambiente empezó a sentirse caluroso y pesado, hasta que un feroz aguacero acompañado de granizo, que no duró más allá de unos quince minutos, refrescó el ambiente.

Alejandro inició su intervención recalcando ante sus colaboradores, una vez más, el ejemplo que él pensaba dar en política y que se resumía en tres palabras: respeto al adversario, a quien había que confrontarle con ideas, no con descalificaciones. La lucha política debía ser de altura. Les recordó que una forma de educar al electorado es permitiéndole que escoja cuál de los programas de gobierno le interesa o le atrae más, y no que elija al candidato que insulta más. Todo esto venía a cuento, les dijo, porque había mirado en Cuenca unos afiches que tachaban a Zambrano de ignorante. Quería pedirles también que, a estas alturas de la campaña y cuando ya faltaba algo más de treinta días para las elecciones, se pusiera de nuevo énfasis en que el ataque a la corrupción sería una de las piedras angulares sobre las que se sostendrá su gobierno. Nadie replicó al candidato y se sobreentendió que así se procedería.

Cuando la reunión terminó y todos se habían marchado, con excepción de Alejandro y Beatriz, Carlos aprovechó para acercarse al candidato:

—Doctor, tengo un encargo de nuestro común amigo, Gabriel Sánchez, que me gustaría cumplirlo —le dijo.

—Dime, ¿de qué se trata?

—Gabriel me ha pedido que le diga que tiene una información muy importante y grave que transmitirle, que puede ser de vida o muerte para su campaña y que, cuando la confirme al cien por ciento, necesitará reunirse en privado con usted. Que por favor, cuando eso sea así, usted acepte reunirse con él de inmediato, antes de que esa información llegue a manos de los medios.

—¡Hombre! esto sí que me parece raro. ¿Tú qué opinas, amor? —le preguntó a Beatriz.

—Gabriel Sánchez me parece un hombre serio. Pero, ¿de qué puede tratarse?

—Doctor, Beatriz; Gabriel Sánchez es un hombre en extremo serio, y, si él hace un pedido de esta naturaleza, es porque la información que está en su poder debe de ser grave. Otra cosa: me pidió rogarle que este pedido no lo comente con nadie, absolutamente con nadie.

—Bueno, Carlos, has logrado despertar mi curiosidad. Dile a Gabriel que si estoy en Quito cuando él quiera reunirse, lo haremos de inmediato.

—Gracias, doctor. Hoy mismo se lo transmito.

*Sugerencias*

Al día siguiente, Carlos se apresuró a ir a la oficina que les tenían asignada en el diario El Tiempo. Cuando llegó, tanto Gabriel como María Esther se hallaban ya sentados en la mesita de reuniones, tomando cada uno una taza de café. Carlos acercó una silla, se sentó y les dijo:

—Hablé ayer con “Cap”, aprovechando que estaba a solas con su mujer, y le dije que tú querías reunirte con él en privado, tan pronto como compruebes al cien por ciento la veracidad de una información extremadamente grave, que podía poner en peligro su candidatura. Aceptó.

—Perfecto, Carlos. Lo has hecho muy bien. Ahora sólo resta esperar que Ramiro me dé luz verde para pedir la entrevista.

—Aparte de contarle toda esta truculenta historia, ¿qué le vas a sugerir? —preguntó María Esther.

—Bien, no sólo tengo que contarle. ¡Necesito que él escuche las grabaciones! para que se dé cuenta cabal de la gravedad de la situación. Luego, pienso sugerirle que emita un urgente comunicado de prensa, informando a la ciudadanía que, por motivos muy graves, que pronto serán de dominio público, ha procedido a destituir de sus funciones a Rojas y a Avilés. Carlos, tendrás que contarle a “Cap” cómo obtuviste las grabaciones; espero que comprendas que eso es inevitable.

—Lo sé—, replicó Carlos—. Lo único que te ruego es que tú también le expliques que si procedí de esa manera es porque sospechaba que algo turbio estaba ocurriendo y que el gran afectado con aquello iba a ser él.

—Lo haré, no te preocupes. Estoy seguro que él comprenderá que tú lo vas a salvar de una catástrofe.

—¿Tú crees que un simple boletín de prensa sea suficiente como para salvar su candidatura? —preguntó María Esther.

—Gabriel, se me acaba de ocurrir, ¿y si cambiamos el sentido del estudio que estamos trabajando y lo enfocamos en la forma como Capdevila afrontará este problema? interrumpió Carlos.

—Me parece una buena idea —respondió Gato—. Que salga como lo que es: un estudio sobre la corrupción en la política y sobre un político que no la tolera. Creo que esa podría ser nuestra contribución para salvar la candidatura de un hombre honesto. O.K. Procederemos de esa manera.

*Delatados por un muerto*

En Bogotá, la actividad policial comandada por el Teniente Coronel Jairo Londoño era notoria para el observador informado. Luego de ser investigados tres individuos que se entrevistaron con Diego Ernesto Pizano Vélez, cada uno en un parque distinto de la ciudad, la Policía pudo comprobar que se trataba de sicarios de élite. Tras una silenciosa detención, y posterior interrogatorio, los tres individuos confesaron -a su turno y bajo presión-, que habían sido contratados por “Don José” para determinados “trabajos”, que terminaron detallando. Uno de ellos había sido, precisamente, quien acabó en Quito con la vida de alias “Mortiño”.

Cuando Ramiro le envió las grabaciones, para Jairo el panorama quedó absolutamente claro. Restaba sólo obtener una muestra de la voz de Pizano Vélez y que esta fuera confrontada por un perito con la voz desconocida de la grabación. A los pocos días, sus agentes le presentaron grabaciones de la voz de Pizano tomadas del teléfono y de una conversación casual con uno de ellos en la calle. La pericia resultó, como era de esperarse, positiva. Con todo esto en su poder, se procedió a detener a “Don José” y a “Don Manuel”. Los hermanitos Pizano Vélez, a quienes no les temblaba la mano cuando de ordenar la ejecución de alguien se trataba, se rompieron como copa de cristal fino cuando cae al suelo; apenas de ser detenidos y hablaron como loras: sin parar, durante dos días, confesando todos y cada uno de los crímenes que sus sicarios habían cometido. Francisco Pizano Vélez, más conocido como “Don Manuel”, confesó también que luego de que alias “Mortiño” despachó al imprudente de Emir Barro, fue a su vez eliminado porque conocía la identidad de su hermano. Casi le da un infarto al enterarse, por boca de Jairo, que había sido el propio Mortiño, una vez muerto, quien les había delatado.

Jairo estaba listo para pasar toda esta información a Quito, así es que pidió tener una video conferencia con Ramiro y su gente para el día siguiente, por la mañana. La cita quedó, entonces, concertada.

## 56

### *Video conferencia*

Eran las diez horas de una mañana radiante, de esas que sólo Quito tiene, en donde un cielo azul intenso daba marco a las torres blancas de las iglesias coloniales; cuando en la sala de video conferencias de la Unidad de Lucha Contra el Crimen Organizado, dio comienzo a una reunión virtual, en donde la una parte estaba situada en la capital ecuatoriana y la otra en la capital colombiana. Los participantes eran, por el lado policial, los mismos que en la video conferencia anterior. En esta ocasión, lo extraño era la presencia de tres civiles: dos hombres y una mujer, en la parte ecuatoriana.

Luego de los saludos de rigor, Ramiro decidió hacer las presentaciones respectivas:

—Jairo, como habrás notado, aparte de mi equipo estoy acompañado por un amigo que tú conoces, Gabriel Sánchez, y por dos personas más que han jugado un papel fundamental en esta investigación, también amigos míos: Carlos Maldonado y María Esther Cárdenas.

Había, a propósito, mencionado al último el nombre de María Esther, dado que Jairo fue quien dirigió en Colombia la destrucción del cártel de los hermanos Giraes, que en la práctica, manejaba el amante belga de María Esther, y quien con sus informes permitió a la Policía francesa que lo eliminaran y la detuvieran a ella. Dicho en otras palabras, el Teniente Coronel Jairo Londoño sabía perfectamente quién era María Esther Cárdenas.

No pasó desapercibido el gesto de sorpresa de Jairo al escuchar el nombre de María Esther, a la que personalmente no conocía, pero se limitó a decir: “Buen día con todos”, y pasó a comentar los resultados obtenidos en Colombia sobre la investigación: la manera en que no sólo se comprobó la identidad del famoso “Don José”, sino también la de su hermano y socio, y que, en efecto y fuera de toda duda, la famosa voz desconocida en la grabación de la conversación de Oswaldo Rojas con un tercero era la de él.

—La ironía en todo esto es que Diego Ernesto Pizano Vélez, “Don José”, ordena que una vez que Gustavo Camposano, alias “Mortiño”, cumpliera su “trabajo” con Emir Barro, se lo liquidara porque éste había descubierto su identidad. Cuando supo que, luego de muerto, Mortiño había cumplido con su propósito de desenmascararlo, ¡casi muere de infarto!

—Jairo, soy Gabriel. Dime, ¿Pizano aceptó haberse reunido con Rojas? ¿Supo “Don José” en algún momento con quién se entrevistó?

—Por supuesto, Gabriel. Él no iba a entrevistarse con alguien sin saber exactamente de quién se trataba. Y es de suponer que Rojas habría sabido que “Don José” debía de haber hecho las averiguaciones consiguientes, cuando él solicitó la entrevista. El que actuaba en desventaja era Rojas, toda vez que él jamás supo la verdadera identidad de “Don José”.

—Jairo, te voy a pedir el favor de que me envíes las declaraciones de Pizano, notariadas y apostilladas, a fin de poderlas presentar al Fiscal —dijo Ramiro.

—Me he adelantado a tu pedido, amigo. A más tardar mañana las estarás recibiendo vía DHL.

—Mil gracias.

—De nada. Pedí esta video conferencia porque quería darme el gusto de presentarles a “Don José”. Miren ustedes este corto video de su detención.

La pantalla mostró las imágenes de un hombre blanco, no mal parecido, de un metro setenta y cinco de estatura aproximadamente, de abundante cabellera y poblado bigote negro, que, con una mirada de terror, caminaba esposado y flanqueado por dos guardias armados. Atrás iba otro individuo de facciones parecidas, aunque más bajo de estatura y de contextura más ancha, que ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras.

—Dos “valientes” hombres que mandaban asesinar por encargo y que, supongo, se desmayarían al ver qué les sale sangre de la nariz —fue el comentario que surgió de los labios de Carlos.

—No estás descaminado, amigo. Son un par de cobardes sin escrúpulos, a quienes, al parecer, les puede esperar la cárcel de por vida en los Estados Unidos, pues acaban de pedir su extradición, en vista de que se los acusa de haber ordenado la muerte de dos agentes encubiertos de la DEA, a petición del Cártel de Cali.

—Bueno, mi querido amigo, otra vez, con la colaboración de ustedes, podemos solucionar este caso que nos tenía frustrados. Ya te enterarás por la prensa del escándalo político que se va a armar por estas tierras.

—Seguro. Ramiro. En media hora te llamo por teléfono, que necesito hablar contigo reservadamente sobre otro tema.

—De acuerdo, espero tu llamada. Y mil gracias por todo.

Todos se habían ya retirado. Ramiro estaba sentado frente a un informe que le acababan de presentar sobre un supuesto caso de lavado de activos y con un marcador amarillo en la mano iba subrayando aquello que le parecía de mayor interés. Estaba concentrado en este documento cuando el timbre del teléfono lo sacó de su trabajo. Era Jairo, quien, apenas iniciada la conversación preguntó:

—Oye, ¿esa María Esther Cárdenas que estaba presente en la video conferencia, ¿es la misma del caso de los hermanos Girales y su geniecito belga?

—Jajá. ¡Sabía que te iba a picar la curiosidad! Sí, es la misma. Cumplió dos años de cárcel; se rehabilitó por completo. Gabriel, que nunca dejó de amarla, la perdonó y hoy están de nuevo juntos y no me extrañaría que haya matrimonio pronto. Y con Gabriel y este muchacho Carlos Maldonado forman un equipo de investigadores aficionados que ya los quisiera tener de planta en la Policía.

—Bueno, mi Mayor, discúlpame por haberte llamado sólo por esto, pero tenía que satisfacer mi curiosidad. Eso era todo lo que quería preguntarte. Te mando un fuerte abrazo.

—Otro para ti, chao.



*Comunicado*

Temprano, en la mañana, el Fiscal General Subrogante, doctor Vladimiro Cubeiro, recibió el informe que le presentó personalmente Ramiro Recabarren sobre la identificación positiva de “Don José” como el interlocutor desconocido, en la grabación que registraba la conversación que mantuviera Oswaldo Rojas en Bogotá, y que tenía como telón de fondo música de vallenato puesta a volumen muy alto. Con esto y con las declaraciones apostilladas de los hermanitos Pizano, quedaban solucionadas, en lo que a la Policía respecta, las muertes de Emir Barro y de Gustavo Camposano, alias “Mortiño”. Restaba, ahora, la parte judicial.

—Voy a solicitar al Juez Quinto de lo Penal dicte de inmediato una orden de allanamiento al bufete del doctor Oswaldo Rojas. Dile a tu amigo Sánchez que le autorizo, a partir de este momento, a hablar con Alejandro Capdevila —le dijo a Ramiro, quien de inmediato sacó su teléfono celular y marcó el número de su amigo.

—Gato, tienes luz verde. Trata de hablar con el candidato lo más rápido que te sea posible —le dijo.

—Estoy con Carlos. Nos movilizamos para allá de inmediato.

Carlos subió solo al despacho de campaña de Alejandro Capdevila, y, al verlo que estaba con tres personas, suspiró aliviado al darse cuenta de que Beatriz estaba llegando al mismo tiempo que él.

—Beatriz —le dijo—, Gabriel Sánchez está abajo y necesita hablar urgentemente con el doctor. ¿Recuerdas lo que les dije hace poco?

—Sí, claro. Pero, ¿tú crees que yo deba interrumpirlo y sacar a las personas que se encuentran con él?

—Definitivamente, Beatriz. Tú deberías también estar presente en esa reunión. Lo único que te puedo decir es que el tiempo corre y no a nuestro favor.

—Muy bien. Hazlo subir. Yo me encargo de despachar a esa gente —dijo con tono decidido Beatriz.

Carlos, apenas escuchó esas palabras, bajó de dos en dos las gradas y se dirigió corriendo al auto que estaba estacionado a una cuadra de distancia.

—Gabriel le dijo agitado □, vamos, que te esperan.

Gabriel y Carlos subieron rápidamente las gradas que les separaba del despacho de Alejandro. Éste se estaba despidiendo de sus visitantes cuando los vio. Como Beatriz ya le había anticipado al oído, sin más trámite los hizo pasar y cerró la puerta. Por teléfono pidió a su secretaria que nadie los molestase y acto seguido le preguntó a Gabriel:

—Bueno, dime de qué se trata este misterio. Carlos me ha dicho que traes una información muy grave y eventualmente dañina para mi candidatura. Por favor, explícate.

—Bueno “Cap” (si me permites seguirte llamando así), lo que te voy a contar, mejor aún, lo

que te voy hacer escuchar, es dinamita pura; para la que seguramente no estás preparado. Te resumo lo que vas a escuchar en esas grabaciones: Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés pactaron con un cártel de la droga que, una vez en el poder, ellos blanquearían dinero del narcotráfico. Como esto se descubrió, Oswaldo contrató con un mercader de la muerte la desaparición física del ejecutivo bancario encargado de sus cuentas y, entre otras, de tu cuenta personal y de la cuenta de la campaña, dado que él fue quien hizo el descubrimiento y además lo chantajeó. El Fiscal General Subrogante, en menos de una hora, procederá a allanar el bufete de Oswaldo Rojas y a requisar una grabadora portátil que tiene dichas grabaciones. Obviamente, a continuación, el Juez dictará orden de prisión preventiva para los dos. Las conversaciones que van a escuchar, Carlos las obtuvo y reprodujo en su computadora. Como no hay tiempo que perder, les ruego, Beatriz y Alejandro, que escuchen esas grabaciones. Carlos, por favor e hizo una seña a su compañero, quien de inmediato prendió la portátil e hizo funcionar el reproductor.

Conforme el reproductor iba entregando las conversaciones grabadas, los rostros de Alejandro y su mujer iban palideciendo. Cuando la grabación estaba por terminar, la palidez en el rostro de Alejandro cambió por un rojo que mostraba la ira que empezó a embargarle.

—¿Y ustedes quieren que yo crea toda esa mierda prefabricada? —dijo con expresión de furia—. ¿Quién los manda? ¿Zambrano?

Gabriel, con toda la calma del mundo, pero poniéndose de pie, le contestó:

—Si tú no la crees, pese a estar avalada por las Policías del Ecuador y de Colombia y por todas las acciones del Ministerio Público, permíteme que te diga que entonces no mereces siquiera aspirar a la Primera Magistratura. Acepto que hayas sido engañado por ese par de truhanes, dada tu inexperiencia en el campo político, pero que pretendas defenderlos..., ¡eso, señor, es inaceptable!

—¡Cómo te atreves!

—¡Me atrevo porque he querido ayudarte y estoy con la verdad!

—Siéntate, por favor, Gabriel —dijo con voz suave Beatriz, y dirigiéndose a su marido le dijo—. Tú también, Alejandro. Si lo que te dice Gabriel es cierto, te va a hacer el favor de la vida, no lo olvides. Carlos, Gabriel dijo que tú conseguiste esas grabaciones. ¿Dime cómo y por qué lo hiciste?

Carlos, un poco azorado por la escena de Alejandro, pero alentado, a su vez, por la frontalidad y tranquilidad de Gabriel, empezó su relato:

—Todo empezó, Beatriz, con las actitudes de Rodrigo Avilés y su forma de manejar la campaña, que lo mostraban como un hombre sin escrúpulos. Debo confesarles que ese señor me ha sido antipático. En cambio, con Oswaldo la situación era inversa; él me caía bien, aunque también me parecía que no era un dechado de virtudes. Alguna vez me pareció captar que los dos pensaban que le tenían, doctor, como una persona manejable, y que, en definitiva, ellos eran y serían el poder detrás del trono. Debo empezar por confesar que Oswaldo me brindó toda su confianza y hasta me permitía ordenar sus papeles, en vista de que él es un hombre sumamente desordenado y descuidado; todo lo contrario de lo que pienso que soy yo, que soy un poco obsesivo con el orden. Ese descuido de él y esa obsesión mía por el orden se conjugaron y pude descubrir la existencia de una caja fuerte oculta tras un cuadro en el despacho de Oswaldo. Esa caja fuerte no estaba cerrada y contenía sólo una grabadora digital y un papel manuscrito por Rojas con leyendas raras que llamaron mi atención. Lo que hice a continuación no me enorgullece,

pero fue movido por la necesidad que sentía de saber con quién estaba trabajando y qué se proponía esa persona: copié en mi computadora el contenido de la grabadora digital, contenido que es el que acaban ustedes de escuchar. El objetivo principal que tiene el Fiscal al allanar el bufete de Oswaldo es abrir esa caja fuerte y hacerse con esa grabadora.

—Demás está decir que Oswaldo y Rodrigo serán acusados de ser los autores intelectuales de la muerte de Emir Barro, de asociación ilícita para delinquir y de blanqueo de dinero. Siendo, como son, las dos principales figuras de tu campaña, ¿qué piensas que sucederá con tu candidatura? —dijo en tono suave pero firme Gabriel.

Luego de un minuto de silencio, el candidato dijo:

—Discúlpenme mi exabrupto. Es que esto no me lo hubiera esperado jamás: los dos principales ejecutivos de mi campaña, unos delincuentes. ¡Creo que lo único que me resta, dada mi absoluta falta de criterio al escogerlos, es renunciar a la candidatura! Es lo único decente que puedo hacer.

—No nos apresuremos en tomar esa clase de decisiones, Alejandro —dijo Gabriel—. Escucha lo que, con Carlos, te queremos plantear: emite hoy mismo un comunicado de prensa, que será mejor que tú mismo lo leas ante los representantes de los medios de comunicación. Mediante ese comunicado informas a la ciudadanía que has cesado, con carácter definitivo e inmediato, a estos dos angelitos de las funciones que les habías encomendado, por razones que próximamente serán de público conocimiento y que, por respeto a las diversas instancias del Estado, tú no quieres develar todavía. Una vez que esas razones sean públicas y se empiece a armar el escándalo, allí deberás tener una larga presentación ante los medios y mostrar la indignación que te ha causado esta traición a los más nobles principios que tú tienes por bandera y que has jurado defender.

Luego de un momento largo de silencio, Alejandro dijo:

—Es buena idea, pero déjenme meditarla un poco

—El tiempo no corre a tu favor. No lo olvides —replicó Gabriel.

—Muchachos, dennos cinco minutos a solas. Pero, por favor, no se vayan —pidió Beatriz.

Los dos se levantaron de sus asientos y salieron al pasillo a esperar que marido y mujer sopesaran las virtudes y fallas de la propuesta que acababan de hacer.

Sorpresivamente, apareció en escena Oswaldo, con su sempiterna sonrisa, quien, luego de hacerles un gesto con la mano, golpeó una vez la puerta y entró. Claramente se oyó la voz de Alejandro que decía: “Ahora no, Oswaldo. Déjanos solos”. Rojas, amoscado y sin decir palabra, salió, cerró la puerta y se retiró.

Al poco rato, mientras Beatriz les hacía señas de que entraran, Gabriel recibió una llamada de Ramiro, quien le informó que en ese momento salían para allanar el bufete de Rojas y le preguntó si lo había visto.

—Está aquí —fue la respuesta lacónica de Gabriel.

—No por mucho tiempo. Su secretaria le llamará pronto—, dijo Ramiro y colgó.

Cuando entraron a la oficina de “Cap”, éste mostraba un rostro decidido.

—Bien, Gabriel, aceptamos tu propuesta. Quisiera que me ayudes redactando el comunicado. También voy a disponer que se convoque a los medios para dentro de..., digamos, ¿de una hora?

Mi amigo, el Mayor de Policía Ramiro Recabarren me acaba de informar que están saliendo a allanar el bufete de Oswaldo Rojas. Hasta que se entere la prensa pasará, al menos media hora o

más. Juguemos a lo seguro. Que se convoque a los medios de comunicación para dentro de media hora.

—No hay problema. Voy a pedir que lo hagan de inmediato.

—“Cap” —dijo Gabriel en voz baja y con el semblante tranquilo—, te ofrezco todo mi apoyo, porque no creo que el país se pueda dar el lujo de prescindir de un candidato honesto y capaz como tú. Te lo digo sinceramente. Y creo que mi periódico también lo hará.

Alejandro se acercó y les dio a ambos un fuerte apretón de manos. Beatriz, más efusiva, les dio un abrazo.

Ahora, sólo faltaba ponerse a trabajar en el comunicado que leería el propio candidato.

A Gabriel le pareció más prudente si iban a trabajar al café de la esquina que hacerlo en las propias oficinas de la campaña. Por ello, como Carlos tenía a la mano su laptop, se dirigieron sin pérdida de tiempo a ese local que, dada la hora, tenía varias mesas vacías. Luego de ordenar sendas tazas de café, Gabriel empezó a redactar el comunicado. Quince minutos más tarde, le dijo a su amigo y colaborador, acercando la pantalla:

—¿Qué te parece?

—Si me permites una sugerencia, en ese comunicado ya estás avisando que esos dos cometieron algún delito al mencionar que actuarán las autoridades competentes. Creo que debería evitarse aquello ,y, pensándolo bien, es mejor que “Cap” no lo lea sino que se reserve para la rueda de prensa.

—Sí, tienes razón. Voy a suprimir esa mención. Pero, si no lo lee “Cap”, ¿quién lo hace?

—¡Cualquiera que él disponga!

—Vamos a presentarle el proyecto.

Regresaron, tan rápido como pudieron. Una de las chicas que trabajaba en en la recepción del local, al ver a Carlos se acercó a preguntarle:

—Carlos, ¿sabes qué pasó con Oswaldo Rojas? Salió de aquí disparado y estaba muy pálido.

—No, linda. Ni idea —fue la contestación de Maldonado.

Al llegar a la oficina de “Cap”, Beatriz los informó que se había convocado a la prensa para dentro de media hora: a las 5:30 p.m. Carlos contó el comentario de la chica recepcionista, lo que llevaba a pensar que la secretaria de Rojas le debía haber ya informado que estaban allanando su estudio. Gabriel le mencionó a Alejandro el criterio que tenían los dos, luego de pensarlo dos veces, de que era mejor que él no leyera el comunicado, sino que lo hiciera otra persona que él designara, y que se reservara para la rueda de prensa. A continuación, le hicieron ver en la pantalla de la computadora el proyecto que acababan de redactar:

### COMUNICADO DE PRENSA

**El candidato a la Presidencia de la República por el Movimiento “Unidos por el Cambio”, doctor Alejandro Capdevila, informa al pueblo del Ecuador que, en esta fecha, ha cesado de manera inmediata e irrevocable a los señores Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés de las funciones que les había encomendado, esto es: como Jefe de Campaña y Jefe de Información de la Campaña, respectivamente; por razones que serán de público conocimiento en un futuro próximo.**

**El doctor Capdevila convocará pronto a una rueda de prensa en donde explicará, de manera exhaustiva a la opinión pública, los motivos que le movieron a tomar esta decisión.**

**Finalmente, Alejandro Capdevila reafirma su indeclinable compromiso con el país y reitera que la**

**Lucha contra la corrupción será una bandera que jamás arriará a lo largo de su gobierno y de su vida.**

—Totalmente de acuerdo. Y creo que también tienen la razón en el sentido de que me debo guardar para la rueda de prensa. Quiero que seas tú, Carlos, quien lo lea— dijo Alejandro sorprendentemente.

—¿Pero yo, a título de qué lo hago?

—De mi Secretario Particular. Te acabo de nombrar —dijo “Cap”, con una sonrisa.

—Si usted, doctor, así lo decide, entonces yo lo leo.

—Gracias, Carlos. No esperaba otra cosa.

Como veinte minutos más tarde, la sala de prensa del local de la campaña empezó a llenarse. A la hora prevista, Carlos Maldonado, luciendo una expresión seria pero muy segura, subió al podio y tomó el micrófono. Luego de pedir silencio a la veintena o más de reporteros reunidos, con la cancha propia de un viejo presentador —a pesar de que en el fondo, estaba muerto de los nervios—, dijo en voz alta:

—A nombre del doctor Alejandro Capdevila, próximo Presidente de la República, les doy las gracias por haber venido, pese a lo rápido de la convocatoria. El propósito es leerles un comunicado que, obviamente, les será entregado por escrito a cada uno de ustedes. Deploro informarles que, a más de la lectura y entrega del comunicado, no habrá sesión de preguntas y respuestas. Debo, eso sí, poner en su conocimiento que muy pronto el doctor Alejandro Capdevila les estará convocando a una rueda de prensa, ocasión en la que ustedes podrán preguntar al candidato todo aquello que les parezca conveniente y necesario. Ahora si me permiten, procedo a dar lectura del comunicado.

Y Carlos dio lectura al comunicado. Todos los reporteros presentes se preguntaban quién era el que estaba al frente de ellos y ninguno sabía la respuesta. Por ello, al terminar la lectura, el decano de todos los periodistas presentes dijo en voz alta:

—Si bien ya sabemos que no podemos hacer preguntas, quisiera a nombre de mis colegas formular una sola: ¿cuál es su nombre y su posición en la campaña?

—Encantado, eso sí puedo responderle. Mi nombre es Carlos Maldonado y soy el Secretario Particular del doctor Capdevila.

*Orden de allanamiento*

—¡Lo que ustedes están haciendo es un atropello y un ultraje intolerable a mi persona! —exclamó en tono airado Oswaldo Rojas al entrar en su bufete y encontrar al grupo de policías, encabezados por el Mayor Ramiro Recabarren dentro de sus oficinas. Éste, luego de presentarle la orden de allanamiento dictada por el Juez Quinto de lo Penal, había ordenado a sus hombres que procedieran a buscar documentos u otro tipo de pruebas que demostraran la existencia de acciones ilegales cometidas por el jurista. El Sargento Carranza, previamente aleccionado, miró detrás del cuadro copia de la “Tempestad en el Mar de Galilea” de Rembrandt y, con voz de sorpresa, dijo:

—Mi Mayor, mire usted, aquí hay una caja fuerte.

—¿Fuera usted tan gentil de abrirla, doctor? —dijo con voz suave Ramiro.

Oswaldo, ante el descubrimiento y el pedido, palideció, y dijo:

— No contiene nada de interés!

—Permítame que sea yo el que lo decida, doctor. Por favor, ábrala.

Con manos temblorosas, Oswaldo Rojas abrió la caja fuerte. Adentro de la misma, como lo esperaba Oswaldo y lo había anticipado Carlos Maldonado, el contenido era la grabadora digital, sus cables y una hoja de papel.

—Todo eso nos lo llevamos. No se preocupe, doctor, que haremos una lista detallada de las cosas que tomamos para la investigación y que le serán posteriormente devueltas. Esa lista, por supuesto, obrará en su poder —le dijo con tono conciliador.

—Pero esa grabadora, yo la uso para mi trabajo. No veo la razón por la que se la quieran llevar.

—Le repito, doctor: todo lo que nos llevemos le será devuelto a la brevedad posible. Ahora, lo único que me resta es pedirle que esté en la ciudad, que tal vez haya necesidad de requerirle alguna declaración.

—Pero, ¿sobre qué?

—Sobre la muerte de Emir Barro, ejecutivo del Banco Americano.

—Pero, ¿yo qué tengo que ver con aquello?

—Puede ser que usted nos sea de gran ayuda, doctor. Ya hablaremos. Ahora, con su permiso, nos retiramos y le dejamos tranquilo.

Un Oswaldo Rojas, totalmente diferente del agresivo, bromista y autosuficiente al que estaba acostumbrado su secretaria, se derrumbó en su asiento y se tapó la cara con las manos, sin importarle siquiera lo que Amalia pensara de la situación que acababa de pasar.

Luego de servirse una gran porción de whisky, Oswaldo empezó de a poco a intentar pensar con claridad sobre lo sucedido. ¿Qué buscaba la Policía? Hubo una requisa muy a la ligera de sus muebles, escritorio y documentos que se hallaban a la vista y todo pareció terminar cuando descubrieron la caja fuerte y, en ella, la grabadora. En realidad, daría para pensar que iban directo tras la grabadora. “¿Por qué, diablos, se le ocurrió que era una buena idea grabar todas

esas conversaciones? ¿Para tenerle agarrado por el cuello a Rodrigo, a quien no le tenía confianza? ¿Quién se imaginó que era? ¿Nixon? ¿No sabía que el derrumbe de Nixon ocurrió, precisamente, cuando se descubrieron sus grabaciones a raíz del escándalo de Watergate? Y ahora, ¿cómo las explicaba? ¡Qué grandísimo estúpido eres, Oswaldo!”, concluyó. En algún momento pensó en llamarle a Rodrigo y contarle lo sucedido, pero decidió que era más prudente no hacerlo. Tal vez sus teléfonos estaban interferidos.

Salió rápidamente de su oficina. Al llegar a la calle y subirse a su automóvil, se dio cuenta de que un coche de la Policía estaba estacionado detrás del suyo y que al ponerse en movimiento le seguía por todos lados, de manera abierta. El mensaje era claro: a donde tú vayas, nosotros iremos. Por ello, decidió dirigirse a su casa y consumir suficiente alcohol como para embriutecerse y dejar de especular en lo que le estaba pasando.

Efectivamente, y tal como lo había pensado, ya solo en su casa, apagó los teléfonos y se acabó tres cuartos de botella de Johnnie Walker, etiqueta negra, luego de lo cual se quedó dormido en la sala.

## *¿Qué diablos está pasando?*

Apenas llegaron a las oficinas de la Unidad, Ramiro entregó la grabadora para que las conversaciones fueran transcritas y el perito de turno certificara que las grabaciones no habían sido manipuladas. La transcripción de las conversaciones tomó alrededor de dos horas, ya que Ramiro fue explícito al decir que no podía haber fallos en la misma. Lo del peritaje fue otro cantar. El perito no estaba disponible hasta el otro día, por lo que toda esa documentación pudo entregarla al Fiscal General Subrogante recién pasado el mediodía siguiente. Su amigo, el doctor Vladimiro Cubeiro, con todas estas pruebas en sus manos, solicitó al Juez Quinto de lo Penal dictara orden de detención contra los ciudadanos Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés, por lo cargos de: autoría intelectual del asesinato del ejecutivo bancario Emir Barro, asociación para delinquir con el Cártel de Sinaloa y blanqueo de dinero procedente del crimen organizado. Para las dieciséis horas de aquel día, las órdenes estaban dictadas y todo quedó listo para dar ejecución a las mismas a las diecinueve horas. Las dos detenciones deberían efectuarse simultáneamente.

Ramiro estaba dispuesto a ayudar a que Alejandro saliera, si no inmune, al menos poco golpeado con este escándalo. Por ello, y seguro de que podía confiar en Gabriel, tomó el teléfono y marcó el número de su amigo:

—Gato —le dijo, —lo que te voy a contar es información confidencial, pero es bueno que cuentas con ella para preparar la rueda de prensa del candidato. A las diecinueve horas se procederá a detener a los dos hijos de puta.

—Gracias, hermano. Procederemos a convocar, a la misma hora, a la rueda de prensa. Lástima que difícilmente podrán salir las declaraciones de “Cap” en los noticieros de las veinte horas, pero sí quedarán registradas para la prensa escrita de mañana.

Cuando colgaron, Ramiro empezó a dictar las órdenes correspondientes para los dos operativos; él quería encabezar el que tomaría preso al doctor Rojas.

Carlos estaba con “Cap” cuando recibió la llamada de Gabriel.

□ La rueda de prensa “tiene”, te subrayo, “tiene” que ser hoy a las diecinueve horas. Luego les explico. Pregúntale, por favor a “Cap”, si quiere que le preparemos una especie de guion.

□ Lo tengo a mi lado. Espera, por favor.

Luego de transmitir al candidato lo que acababa de mencionar Gabriel y su pregunta, Alejandro dijo que no necesitaba de ningún guion; que quería que la rueda de prensa y sus respuestas fueran lo más espontáneas posibles. Luego de recibir esa reacción de Alejandro, Gabriel dijo que llegaría al local partidista en menos de una hora.

Para cuando llegó, la maquinaria estaba en marcha. Se había convocado y habían llegado ya representantes de la inmensa mayoría de medios de comunicación —quedaban muy pocos medios

por hacerlo-, y ya se estaba adecuando la sala de prensa del local. Notó la presencia de Rodrigo Avilés, que se paseaba nerviosamente de un lado a otro. Carlos le contó en voz baja a Gabriel que Rodrigo había pedido hablar con “Cap” sobre el comunicado de la víspera; que exigía de “Cap” explicaciones; y que éste se negaba a recibirle. Rodrigo había recibido por respuesta que el candidato estaba sumido en un trabajo muy especial y que había pedido no ser interrumpido por nadie, sin excepción. Quien entraba era exclusivamente aquella persona que el candidato llamaba.

Y a quienes llamó fueron Gabriel y a Carlos.

De forma rápida, Gabriel le expuso a Alejandro su conversación con su amigo, el Mayor Ramiro Recabarren, y la necesidad de mantener el contenido de la misma en total reserva. Alejandro consideró que era mejor que la conferencia de prensa empezara unos quince minutos después de producidas las detenciones, para que no se pensara que él estaba al tanto de lo que iba a suceder y que todo era un espectáculo orquestado. Se decidió que Carlos monitorearía radios y canales de televisión, y que apenas se diera la noticia de las aprehensiones, la rueda de prensa empezaría. Gabriel, por su parte, le pidió a Ramiro que, una vez concluidas las dos operaciones, de alguna forma los medios pudieran conocer de las mismas, a lo que Ramiro accedió.

El panorama estaba claro. Ahora sólo restaba esperar y ver cómo iba a reaccionar el público con la noticia.

Mientras tanto, Rodrigo Avilés estaba cada vez más nervioso. Él se había caracterizado siempre por ser un hombre de decisiones. El arreglo al que llegaron tres meses atrás Oswaldo y él en Mazatlán, luego de que previamente hubieran llegado a un acuerdo preliminar con Margarito Granados Vallarta, del Cártel de Los Caballeros de la Mesa Redonda, en una suite del Hotel Camino Real, en ciudad de Guatemala, en donde estaban alojados con motivo de su participación en un Seminario sobre Políticas Públicas; era una muestra de su capacidad para tomar decisiones difíciles y riesgosas. Blanquear dinero de un cártel del narcotráfico era una actividad peligrosa, que podía llevarlos muchos años a la cárcel. Claro que, si lo hacían bien, el rédito sería nada despreciable. Cuando se presentó el primer riesgo, optaron por extirparlo quirúrgicamente y la operación fue un éxito. Si bien es cierto que todo fue idea de Oswaldo y que él, en principio, se opuso, al final el asunto salió bien y todos felices; excepto, claro está, ese desgraciado de Emir Barro que debía estar pudriéndose en el infierno. Además, ante la eventualidad impensable de que llegaran a descubrir al culpable de ese, digámoslo así, “infortunado deceso”; él se había asegurado de que nada le incriminase. Por algo dejó que fuera Oswaldo el que hiciera todos los contactos, con viaje a Bogotá incluido. Desde luego, todo el pastel estaba cocinado sin ese desagradable ingrediente de los remordimientos. “El remordimiento es patrimonio de los débiles, sí señor, y ni Oswaldo ni yo lo somos. ¡Vaya que no!”.

Lo del encuentro con “Don Margarito”, o con el “Patrón”, como indistintamente le llamaban sus guardaespaldas -“guaruras”, les decía él-, no fue casualidad ni un evento caído del cielo. Necesitaban dinero para la campaña y él tenía un amigo que podía hacer el contacto con el Cártel. El negocio era interesante para ambos lados. El Cártel haría, lo que se llama, una inversión a futuro, dado que ellos, una vez en el poder, le garantizarían lavar cantidades importantes cada cierto período. Oswaldo y él, por su parte, podrían solventar con holgura los gastos de campaña y, alcanzar, gracias a “Cap”, el poder y la riqueza que tanto ansiaban.

Convencer a Oswaldo de la conveniencia del trato y de la reunión preliminar en Guatemala fue pan comido. Lo complicado, y a lo que dedicó su mayor esfuerzo, fue a trabajar el tema de

manera tal que “Cap” o Beatriz -que para el caso daba igual- nunca se enterasen. Para ello tomaron, Oswaldo y él, todas las precauciones posibles, aunque la intervención del maldito Barro les enseñó, a la brava, que no habían sido suficientes. De allí la decisión que se vieron obligados a tomar. Pero, bueno, eso ya era historia y ahora sí, las cosas estaban encarriladas.

Era historia, sí, pero siempre es bueno recordarla. Cuando Oswaldo le propuso aupar la candidatura de Alejandro Capdevila le pareció una soberana pendejada. Oswaldo y él se conocían desde jóvenes y ambos coincidían, abiertamente, en un proyecto de vida: hacerse del poder para poder lucrar de él. Y Capdevila era todo lo opuesto a ellos. Mientras Alejandro era un idealista, ellos eran pragmáticos y materialistas. Mientras “Cap” era un hombre de principios, ellos eran, por definición, inescrupulosos.

Pero sin que pasase mucho tiempo se dio cuenta de que la propuesta de Oswaldo tenía sentido: la naturaleza buena y sincera de “Cap” era un potencial que había que saber explotar, en términos electorales. Alejandro era un muy buen candidato; no sabía qué tan buen Presidente podía llegar a ser, ni le interesaba. Eso, para él, era intrascendente. Lo que sí sabía era que con “Cap” podían llegar a ser poder y lo que sí conocían era cómo utilizarlo. ¡Al poder y al futuro Presidente!

Hasta que llegó “Barritos” a meterse con ellos. ¡Pobre imbécil! Jamás pudo imaginar que esa irresponsable acción le iba a costar la vida. Tomó todas las precauciones del mundo para mandar un mensaje a Oswaldo indicándole que conocía el origen de los trescientos sesenta mil dólares que había depositado en la cuenta de la campaña, y que habían sido divididos, de acuerdo con sus instrucciones, en sesenta partes a nombre de otro tanto de ilustres desconocidos. “Deplorablemente, doctor Rojas, los he rastreado, como es mi deber, y sé que su origen es el Cártel de los Caballeros de la Mesa Redonda. Necesito que me llame a mi teléfono privado y desde una cabina pública”. Cuando Oswaldo, temeroso por el mensaje, hizo lo solicitado, Barro le dijo que, “Por favor, le agradecería mucho se gratifique mi silencio con un depósito equivalente a un módico diez por ciento en la cuenta xxx del CITIBANK en Nueva York, de la que soy el titular. Le haré llegar los detalles para la transferencia”. El miserable le dio dos horas a Oswaldo para pensar y le exigió que su contestación la hiciera también desde una cabina pública. Oswaldo decidió ir a un centro comercial del sur de la ciudad para llamarlo, aceptar su oferta y decirle que necesitaba cuarenta y cinco días para cumplir con su exigencia; sólo después de ese plazo dispondría del dinero para hacerlo. Y el muy tarado aceptó, sin saber que esa promesa nunca se cumpliría.

Cuando Oswaldo le contó, él obviamente no lo pudo creer. Pese a su fachada de hombre al que nada le perturba, la ira interior le consumió y cuando su amigo le presentó la solución, en un principio se opuso; no por razones morales sino porque la consideró muy riesgosa. Pero al final, cedió ante Oswaldo y pasó lo que pasó.

Rodrigo no quiso enterarse de la manera por la que Oswaldo contactó con el sicario, aunque era de suponerse que debió haber sido a través de sus nuevos amigos mexicanos. “En ciertos temas, mientras menos sepas, mejor”, se dijo.

Pero ahora, ¿qué diablos estaba pasando? Si todo estaba bien hecho sin posibilidad de que nadie se enterara. ¿A qué se debe el ser públicamente despedido de la campaña, junto con Oswaldo, mediante un comunicado leído por un muchachito al que le permitieron ser parte del Comité Político? ¿Por qué “Cap” no quiere recibirle? ¿Sería posible que se haya descubierto todo?

## *Rueda de prensa*

Gabriel llamó a María Esther para anticiparle de la convocatoria a la rueda de prensa y le pidió que se acercara al local de la campaña, en donde ésta iba a tener lugar. Cuando era alrededor de las dieciocho horas, María Esther se reunió con su novio y con Carlos, y empezaron los tres, a los que se sumó más tarde el propio candidato, a preocuparse seriamente al constatar que Rodrigo Avilés no se marchaba, y si eso continuaba así, su detención se iba a producir delante de todos los medios de comunicación que, a la hora prevista, estarían presentes. Dicho en otras palabras, su detención se podía a producir “en vivo y en directo”, lo cual significaría un momento muy desagradable para todos.

Gabriel llamó a Ramiro y le comentó lo que estaba pasando y cómo a “Cap” y a ellos les gustaría ahorrarse ese espectáculo. Decidieron que lo mejor era contactar a la secretaria de Rodrigo y hacer que lo llamara para decirle que estaba la Policía en el lugar y que necesitan hablar urgentemente con él. En efecto, pocos minutos más tarde, pudieron observar que Rodrigo contestaba el celular y que luego salía del local partidista, observación que trajo tranquilidad a todos los complotados.

A las diecinueve horas, el local estaba al explote y, de acuerdo con uno de los encargados de prensa, todavía podían llegar algunos medios radiales que no estaban presentes; eso sí, todos los canales de televisión ya habían instalado sus cámaras que eran las que más espacio ocupaban. “Cap” permanecía en su oficina, acompañado por Beatriz y Gabriel, mientras Carlos monitoreaba la situación en la sala.

Eran las diecinueve horas con quince minutos cuando Ramiro llamó a decir que Oswaldo había sido ya detenido y se esperaba sucediera lo propio, de un instante al otro, con Rodrigo. Sectores de la prensa estaban ya al tanto de la situación.

Con esta información en la mano, Alejandro Capdevila, acompañado por su Secretario Privado, Carlos Maldonado, se dirigió a la sala para dar inicio a la rueda de prensa.

Al entrar en la sala saludó con un “Buenas noches a todos”, para luego, una vez al frente y subido a una pequeña tarima que había sido colocada, continuar: “Les agradezco muy sinceramente el que hayan respondido a mi invitación. Como ustedes conocen, el día de ayer mi Secretario Particular, el licenciado Carlos Maldonado, aquí presente, hizo pública mi decisión de destituir, con efecto inmediato, a los señores Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés de las funciones a las que les había asignado desde el inicio de la campaña; esto es, la de Jefe de Campaña y la de Jefe de Información de la Campaña, respectivamente, por motivos que voy de inmediato a explicar.

Todos ustedes saben que una de las banderas que he levantado, quizás la más importante, ha sido la de la lucha contra la corrupción, en todos sus niveles. Esta lacra social, cual sanguijuela, ha chupado los recursos de este país que debían haber servido para satisfacer tantas y tantas necesidades de nuestro pueblo y los ha desviado hacia los sucios bolsillos de gente sin

conciencia. Todo mi equipo se ha plegado a esta lucha; inclusive, se suponía, que también lo habían hecho esas dos personas que he mencionado, que tenían puestos claves en mi campaña y que, con toda seguridad, aspiraban también a tener puestos de gran importancia en mi futuro gobierno. Gracias a Dios, y muy a tiempo, se ha logrado desenmascararlos gracias a la acción valiente de colaboradores leales.

Debo informarles que esos dos ciudadanos se hallan en estos momentos detenidos, como se me acaba de informar, imputados de cargos gravísimos que no me corresponde a mí el mencionarlos. Serán las autoridades las que les comuniquen de las acusaciones precisas que pesan sobre estos dos individuos.

Quiero finalmente reiterar que Alejandro Capdevila jamás cederá un ápice en cuestiones de principios o de integridad. No obstante este golpe, que lo siento como una traición, me reconforta saber que el resto de mi equipo está formado por gente íntegra e inteligente, muchos de ellos jóvenes, cuyo concurso será de enorme importancia para el futuro del país.

Muchas gracias y estoy dispuesto a responder a unas pocas preguntas que ustedes quieran formularme”.

Los flashes de los fotógrafos no cesaban de ser disparados, encegueciendo al candidato y a Carlos. Varias manos se alzaron y el Secretario Particular anotó a los tres primeros en hacerlo.

—Oscar Guevara, de TeleNoticias —dijo Carlos, señalando con la mano al periodista.

—Doctor Capdevila —dijo el aludido—, ¿me podría confirmar un dato que me acaban de pasar desde el estudio?, en el sentido que Rojas y Avilés están acusados de ser los autores intelectuales de un asesinato y de estar colaborando con el Cártel de Sinaloa en el blanqueo de dinero.

—Si las autoridades han dado esa información, entonces no tengo nada que añadir.

—Pero, ¿es cierta o no esa acusación?

—Yo no soy juez. Serán las autoridades competentes las que definan el o los delitos cometidos por estos señores. Lo único que les puedo afirmar, con toda claridad, es que esos individuos no podían continuar estando junto a personas honestas como lo somos nosotros.

—Rafael Pérez, de Reuters —dijo Carlos, dando paso a otra pregunta.

—Doctor Capdevila, ¿acepta usted que se equivocó al designar a esas personas para cargos tan importantes en su campaña?

—Por supuesto que me equivoqué. No pensé que iba a ser objeto de tamaña traición. Pero, ahora, lo importante no es si me equivoqué al designarlos, cosa que podía suceder; lo importante es que no me equivoqué al destituirlos, como lo hice ayer.

“Muy buena respuesta”, se dijo a sí mismo Gabriel. Le gustaba también el hecho de que “Cap” haya mencionado dos veces la palabra “traición”, lo que reforzaba su posición ante la opinión pública.

—Juan Fernando Villa, del periódico La Mañana —dijo Carlos—. Esta será la última pregunta.

—Doctor Capdevila, ¿cómo cree que afectará a su campaña este incidente?

—Veo difícil calificarlo sólo como un incidente. ¡Es una tragedia! No se puede calificar de otra forma al hecho de haber convivido íntimamente, y sin saberlo, con dos alimañas. Disculpenme lo duro de la expresión, pero me siento indignado. En cuanto a su pregunta, espero que no afecte a la campaña; antes bien, aspiro a que el pueblo lo tome como un anticipo de la

manera en que enfrentaré los actos de corrupción que se llegasen a presentar. Muchas gracias, amigos. ¡Dejemos ahora que las autoridades se pronuncien! Que tengan todos muy buenas noches.

Dicho esto, Alejandro bajó del estrado y, acompañado siempre por Carlos, su flamante Secretario Privado, se dirigió a su oficina en donde le esperaba Beatriz para darle un abrazo y un beso.

Gabriel estaba contento. Pensaba que Alejandro se había batido bien y que el resultado sería positivo; María Esther estaba de acuerdo. Mañana, las encuestas dirían si sus percepciones eran las correctas. Antes de abandonar el local del Movimiento, Gabriel regresó para hablar con Alejandro.

—Alejandro —le dijo—. Estaba dudando en darte o no esta otra noticia, pero creo que es muchísimo mejor que tú estés informado. Martín Carrión y Luis Antonio Peña, otros colaboradores cercanos tuyos, hace casi dos meses viajaron a Miami para entrevistarse con un conocido banquero que está prófugo de la justicia, y aceptaron un aporte de un millón de dólares para la campaña, no sé bajo qué condiciones. ¿Y a qué no sabes quienes fueron el vínculo con el banquero? Nada menos que tu hermano Bernardo y su amigo Raymundo Granizo.

—¿Cómo? Esto sí que es “tras piedras, palos”. Despreocúpate. Esos dos, Martín y Luis Antonio, si me compruebas lo que me acabas de decir, saldrán de mi círculo de inmediato. Al menos, a ellos, no les esperará la cárcel. Y me cuidaré de que mi hermano y su carnal Raymundo desaparezcan de la órbita de la Presidencia, Ministerios y demás instituciones públicas. Para ello, daré una orden expresa a quien corresponda.

—El dato le llegó a la Policía; de acuerdo con lo que me acaba de decir mi amigo, el Mayor Recabarren, hace muy poco, a través de Interpol. A ese empresario lo tiene vigilado la Policía de Florida, por sospechas de lavado de dinero. Por ello, creo que será fácil comprobar la noticia.

—Bien. Te repito que si me lo compruebas, les echaré con una patada en el fondillo. Aunque me digan que lo hicieron, desesperados, por falta de aportaciones a la campaña. ¡No pueden jugar con mi integridad!

Rodrigo necesitaba hablar con Oswaldo y el muy pendejo no contestaba. “Carajo, ¿qué diablos estaba pasando?”. Sintió la radio del coche y el mundo se le vino abajo. Oswaldo había sido detenido y de acuerdo con el reportero, se esperaba que de un momento a otro se produjera la suya.

“No puedo regresar a mi oficina ni permanecer en mi apartamento”, se dijo. “Obviamente, Oswaldo no me contestó antes de que lo detengan porque esto lo tomó de sorpresa. Estoy convencido de que ese maricón al primer síntoma de peligro, me hubiera llamado o me hubiera buscado. ¡Carajo, esto me huele mal!”, se dijo muy intranquilo.

¿Qué hacer? Esa era la pregunta que Rodrigo se formulaba a sí mismo con insistencia. Su cerebro, normalmente frío y analítico, funcionaba ahora a cinco mil revoluciones por minuto. Lo único que tenía claro era que no podía ir a su oficina pero, en cambio, debía ir a su apartamento; tenía que ir, claro que por breves minutos, y tendría que hacerlo rápido antes de que la Policía se acercara por allí. Ahí había una buena cantidad de dinero en efectivo en la caja fuerte, que le permitiría alejarse lo suficiente, hasta poder salir del país y, quién sabe, pedir asilo en algún país

aduciendo persecución política.

Llegó a su apartamento con el corazón en la boca. No se veían señales de presencia policial en los alrededores, lo que lo tranquilizó un poco. Dejó el coche estacionado en la calle y esperó con impaciencia la llegada del ascensor. Atropelladamente, abrió la puerta de su vivienda y se dirigió rápidamente a su dormitorio. En una esquina del ropero estaba la caja fuerte a la que abrió con alguna dificultad, dado que por su nerviosismo se equivocó en dos ocasiones con la clave. De allí extrajo cuarenta y cinco mil dólares en billetes de cien y su pasaporte. Metió todo en un portafolio grande, salió fugazmente del apartamento rumbo a la calle y se subió a su automóvil, sin examinar si alguien lo seguía.

¿A dónde ir? Esa era la pregunta para la que todavía no tenía respuesta. Alejarse de Quito era primordial y urgente. Llenó el tanque de su coche en la primera estación de combustibles que encontró y decidió salir para Míndo, un hermoso lugar situado en un bosque nublado, a unas dos horas de viaje al noroccidente de la capital -un sitio muy visitado por observadores de aves y que posee una gran biodiversidad. Pero ninguna de estas razones fue el motivo para que él escogiera dirigirse a ese lugar. Lo fundamental era que ese sitio estaba al norte, más cerca de Colombia, país al que de un momento a otro había escogido, por cercanía geográfica, para tratar de ingresar. Estaría apenas una noche ya que por la hora no podría viajar más. Al día siguiente trataría de llegar a la frontera.

Le surgió otra preocupación: la Agencia Nacional de Tránsito, a pedido de la Policía y a través del 911, debía ya haber pedido se localizara su coche a todas las estaciones de Policía del país. Por ende, debía abandonar su automóvil en algún lugar y viajar en transporte público.

Llegó a una conocida hostería en Míndo y, luego de dar una buena propina al encargado de la recepción, se alojó en la misma bajo un nombre falso. Más tarde, fue en su automóvil al pueblo, y en una calle apartada lo abandonó sin dejar un solo papel que indicara quién era su propietario. Caminó al centro y alquiló un taxi que lo llevó de regreso a la hostería.

Ya un poco más tranquilo, pidió que le llevaran una botella de refresco y un emparedado a su habitación. Luego de consumirlos, vestido como estaba, procuró conciliar el sueño.

# 61

## *Hay que hablar con el equipo*

Sus percepciones sobre los sondeos de opinión habían sido las correctas. Reunidos en el despacho de Alejandro, a primera hora del día siguiente, un grupo alegre comentaba los resultados de la encuesta que fue realizada, por encargo, luego de la conferencia de prensa. El candidato alcanzaba un extraordinario 62% de aceptación. La rueda de prensa, además, tuvo una cobertura fantástica. Todas las cadenas de televisión se las arreglaron para incluir, al menos, fragmentos de la misma en sus noticieros estelares de la noche; las radios la transmitieron en directo; y los periódicos matutinos le dieron un gran despliegue. Titulares como Capdevila destapa corrupción en su campaña” o “Nunca cejaremos en la lucha contra la corrupción: Capdevila” estaban en primera página.

Pero a la alegría de los colaboradores se añadía, como contraparte, un sentimiento de estupor, que iba creciendo conforme se iban conociendo detalles de los delitos cometidos por los dos individuos, con los cuales todos habían convivido con especial intensidad en los últimos tres meses. El “no lo puedo creer” era ya un lugar común. Por ello, Gabriel pensó que había que hacer algo para que este hecho no afectara la psiquis de tanto colaborador joven, que era la mayoría. Luego de pensarlo un poco, se acercó dónde estaban Alejandro y su mujer y les dijo:

—“Cap”, noto que junto con esa euforia por el resultado de la encuesta hay un sentimiento de estupor ante lo sucedido. El grupo es mayoritariamente joven y sin mayor experiencia en la vida y, en forma fácil, me temo que podría surgir dentro del mismo, sospechas, desconfianza de unos con otros. Pienso que sería muy útil crear un mayor ambiente de camaradería, que se sientan de verdad amigos y colegas.

—¿Qué propones? —preguntó Alejandro.

—Creo que debes hablar con ellos. Decirles que tienen toda tu confianza, que este incidente ha sido en cierta forma afortunado ya que te permitió deshacerte de malos elementos antes de que empiece tu gobierno.

—Y hablarles también de mi falta de criterio al haberlos escogido. Es un tema que no puedo soslayar. Falta de criterio que espero no vuelva a repetirse, aunque sin entrar en paranoias. Es buena idea. Ahora mismo les hablo.

*Rumbo a Colombia*

Al día siguiente y muy temprano, Rodrigo salió a pie de la hostería, y cargado sólo con su maletín, se dirigió hacia la carretera. Caminó por alrededor de quince minutos rumbo al pueblo, cuando, al ver que se aproximaba un autobús de pasajeros, empezó a hacerle señas y logró que el conductor se detuviera. El vehículo tenía como destino final la ciudad de Esmeraldas y él pagó su pasaje con un billete de cincuenta dólares. Ante la reacción del chofer, “No tengo para darle cambio, señor” , él le respondió que no se preocupara, que podía quedarse con el vuelto.

Una propina tan alta no recibía el chofer todos los días, lo que levantó sus sospechas respecto de quién sería el pasajero generoso. ¿Narcotraficante, tal vez? Al aproximarse el vehículo a la ciudad de Esmeraldas, se comunicó con su base y les hizo saber que tenía entre sus pasajeros a un individuo finamente trajeado y, al parecer, con mucha lana, que destacaba de entre el resto del pasaje. Ante el pedido de la operadora, hizo una breve descripción física de aquel caballero. Ella, muchacha soltera y pizpireta, encontró en este tema un motivo suficiente para llamar al Subteniente Galarza; hombre joven, guapo y, -lo más importante- soltero, que en algún momento le demostró interés.

En ese momento empezó a escribirse el párrafo final de la tentativa de fuga de Rodrigo Avilés. Cuatro policías lo esperaban al descender del autobús para llevarlo a un automóvil patrulla de la Institución, vehículo en el que sería de inmediato conducido a la ciudad de Quito.

## 63

### *¿La última cena?*

—Yo no voy a perder más de tres millones de dólares, sólo porque unos pendejos decidieron grabarse para comprobar las lindas voces que tenían, y quedarme tranquilo cruzado de brazos. ¡No, señor, quien piense lo contrario está muy, pero muy equivocado!

—¿Qué dispone que hagamos, Patrón?

—El mensaje tiene que ser claro, “güero”. Me eliminas a ese par de hijueputas. Y otra cosa, a ese Don José, en Bogotá, hay que también quebrarlo porque puede cantar muchas cosas.

—Eso va a estar jodidamente difícil, Patrón. Al Don José ese ya lo extraditaron. Está en el tarro, pero en Gringolandia, junto con su hermano. Con los de Quito, no hay problema.

—¡Mala suerte, puta! Bueno, al menos me arreglas lo de esos dos en Quito.

—Despreocúpese, Patrón. Dele por hecho.

Prohombres como Oswaldo Rojas y Rodrigo Avilés no van a parar con sus huesos en celdas oscuras y húmedas. De ninguna manera. Luego de haber sido detenidos y pasado el “shock” inicial, los dos compañeritos de aventura hablaron muy claramente con el jefe de los guías penitenciarios: dos mil dólares mensuales si los tenían en una habitación decente, con baño privado; “¡Ah!, y otra cosa, ellos no iban a comer esa bazofia que sirven en las cárceles. Debería permitir que de dos restaurantes conocidos les llevaran, todos los días, las tres comidas decorosas que un ser humano necesita”. No hubo problema en sellar el trato. Para el jefe de los guías, dos mil dólares mensuales libres de impuestos no le caían mal, y, eventualmente, los señores podrían ser inclusive más generosos.

Fueron trasladados de inmediato a dos oficinas contiguas que disponían de un baño y Rodrigo solicitó, además, tener conexión a Internet, para preparar con Oswaldo su defensa.

Los restaurantes indicados se fueron turnando en el envío de la comida. Un día el uno y el siguiente, el otro. Su cocina era reconocida y su clientela estaba formada principalmente por ejecutivos de diversas ramas.

Por ello, nadie pudo explicarse cómo fue que, a los siete días de haber sido detenidos y con breves minutos de intervalo, el doctor Oswaldo Rojas y el señor Rodrigo Avilés hubieran muerto en la cárcel, víctimas de envenenamiento, según lo dictaminó el forense, una vez practicadas las autopsias de ley.

**FIN**